

DECLARACIÓN COMÚN DEL PAPA BENEDICTO XVI Y DEL ARZOBISPO DE CHIPRE CRISÓSTOMO II

*«Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo,
que nos ha bendecido con toda clase de bendiciones
espirituales, en los cielos, en Cristo» (Ef 1,3).*

1. Nosotros, Benedicto XVI, papa y obispo de Roma, y Crisóstomo II, arzobispo de Nueva Justiniana y de todo Chipre, con alegría damos gracias a Dios por este encuentro fraterno, en la fe común en Cristo resucitado, llenos de esperanza para el futuro de las relaciones entre nuestras Iglesias. Esta visita nos ha permitido constatar que han progresado esas relaciones, tanto a nivel local como en el ámbito del diálogo teológico entre la Iglesia católica y la Iglesia ortodoxa en su conjunto. La delegación de la Iglesia de Chipre siempre ha dado una aportación positiva a este diálogo, entre otras maneras, acogiendo en 1983 al Comité de coordinación de la Comisión mixta internacional para el diálogo teológico, de modo que los miembros católicos y ortodoxos, además de llevar a cabo el arduo trabajo preparatorio, pudieran visitar y admirar las grandes riquezas artísticas y espirituales de la Iglesia de Chipre.

2. En la feliz circunstancia de nuestro encuentro fraterno junto a las tumbas de san Pedro y san Pablo, los corifeos de los Apóstoles como indica la tradición litúrgica, queremos declarar de común acuerdo nuestro sincero y firme deseo,

en obediencia a la voluntad de nuestro Señor Jesucristo, de intensificar la búsqueda de la unidad plena entre todos los cristianos, realizando todos los esfuerzos posibles y que consideremos útiles para la vida de nuestras comunidades. Deseamos que los fieles católicos y ortodoxos de Chipre vivan fraternamente y con plena solidaridad, fundada en la fe común en Cristo resucitado. Asimismo, queremos sostener y promover el diálogo teológico, que a través de la competente Comisión internacional se dispone a afrontar las cuestiones más arduas que han marcado las vicisitudes históricas de la división. Es necesario alcanzar un acuerdo sustancial para la plena comunión en la fe, en la vida sacramental y en el ejercicio del ministerio pastoral. Con este fin aseguramos nuestra ferviente oración de pastores en la Iglesia y pedimos a nuestros fieles que se unan a nosotros en una invocación coral para «que todos sean uno, a fin de que el mundo crea» (Jn 17, 21).

3. En nuestro encuentro hemos considerado las contingencias históricas en que viven nuestras Iglesias. En particular, hemos examinado la situación de división y de tensiones que caracterizan desde hace más de treinta años la isla de Chipre, con los trágicos problemas diarios que afectan también a la vida de nuestras comunidades y de las familias. Desde una perspectiva más amplia, hemos considerado la situación de Oriente Próximo, donde la guerra y los enfrentamientos entre los pueblos corren el riesgo de extenderse, con consecuencias desastrosas. Hemos invocado la paz «que viene de lo alto». Nuestras Iglesias quieren desempeñar un papel de pacificación en la justicia y en la solidaridad, y para que todo eso se realice deseamos promover las relaciones fraternas entre todos los cristianos y un diálogo leal entre las diversas religiones presentes y operantes en la región. Que la fe en el único Dios ayude a los hombres de estas antiguas e ilustres tierras a recuperar una convivencia amistosa, con respeto recíproco y una colaboración constructiva.

4. Por consiguiente, dirigimos este llamamiento a todos los que, en cualquier parte del mundo, alzan la mano contra sus mismos hermanos, exhortándolos con firmeza a deponer las armas y a esforzarse por cicatrizar las heridas causadas por la guerra. Además, los invitamos a trabajar para que se defiendan siempre, en todas las naciones, los derechos

humanos: respetar al hombre, imagen de Dios, es un deber fundamental para todos. Asimismo, entre los derechos humanos que hay que defender se debe incluir el derecho primario de la libertad de religión. No respetarlo constituye una ofensa gravísima a la dignidad del hombre, que es herido en lo más íntimo de su corazón, donde habita Dios. Así, profanar, destruir y saquear los lugares de culto de cualquier religión es un acto contra la humanidad y la civilización de los pueblos.

5. También reflexionamos sobre una nueva oportunidad que se abre para un intenso contacto y una colaboración más concreta entre nuestras Iglesias. En efecto, avanza la construcción de la Unión europea, y católicos y ortodoxos están llamados a contribuir a crear un clima de amistad y cooperación. En un tiempo de creciente secularización y relativismo, los católicos y ortodoxos en Europa están llamados a dar un renovado testimonio común de los valores éticos, siempre dispuestos a dar razón de su fe en Jesucristo, Señor y Salvador. La Unión europea, que no podrá limitarse a una cooperación meramente económica, necesita sólidas bases culturales, referencias éticas compartidas y apertura a la dimensión religiosa. Es preciso vivificar las raíces cristianas de Europa, que han hecho grande su civilización en el decurso de los siglos, y reconocer que las tradiciones cristianas occidental y oriental tienen, en este sentido, una importante tarea común que realizar.

6. En nuestro encuentro consideramos asimismo el largo camino de nuestras Iglesias y la gran tradición que, partiendo del anuncio de los primeros discípulos que llegaron a Chipre desde Jerusalén, después de la persecución contra san Esteban y siguiendo el mismo itinerario de san Pablo desde las costas de Chipre hasta Roma, como nos narran los Hechos de los Apóstoles (cf. Hch 11, 19; 27, 4 ss), llega hasta nuestros días. El rico patrimonio de fe y la sólida tradición cristiana de nuestras tierras, deben estimular a católicos y ortodoxos a dar un renovado impulso al anuncio del Evangelio en nuestro tiempo, para ser fieles a nuestra vocación cristiana y responder a las exigencias del mundo de hoy.

7. Suscita seria preocupación el modo como se afrontan las cuestiones concernientes a la bioética. En efecto, existe el peligro de que ciertas técnicas aplicadas a la genética, concebidas con el fin de salir al paso de necesidades legítimas, de

hecho ofenden la dignidad del hombre, creado a imagen de Dios. La explotación del ser humano, las experimentaciones abusivas, los experimentos de una genética que no respeta los valores éticos, constituyen una ofensa a la vida, atentan contra la incolumidad y la dignidad de toda persona humana y no pueden ni deben justificarse o permitirse en ningún momento de su existencia.

8. Al mismo tiempo, estas consideraciones éticas y la preocupación común por la vida humana nos *llevan a* invitar a las naciones que con la gracia de Dios han conseguido significativos progresos en el campo de la economía y de la tecnología a no olvidar a sus hermanos que habitan en los países azotados por la pobreza, el hambre y las enfermedades. Por tanto, invitamos a los responsables de las naciones a favorecer y promover una justa repartición de los recursos de la tierra, con espíritu de solidaridad con los pobres y con todos los indigentes del mundo.

9. También han sido concordes nuestras preocupaciones por el peligro de destrucción de la creación. El hombre la ha recibido para poder realizar con ella el plan de Dios. Pero, poniéndose a sí mismo como centro del universo, olvidando el mandato del Creador y encerrándose en una búsqueda egoísta de su propio bienestar, el ser humano ha gestionado el medio ambiente en que vive realizando opciones que ponen en peligro su misma existencia, mientras que el medio ambiente ha de ser respetado y protegido por parte de todos los que lo habitan.

10. Juntos elevamos nuestra oración al Señor de la historia para que fortalezca el testimonio de nuestras Iglesias a fin de que el anuncio de salvación del Evangelio llegue a las nuevas generaciones y sea luz para todos los hombres. Con esta finalidad, encomendamos nuestros deseos y compromisos a la Theotokos, la Madre de Dios Odigitria, que indica el camino hacia nuestro Señor Jesucristo.

Vaticano, 16 de junio de 2007

LA GRACIA
QUE OS HA SIDO DADA EN CRISTO
CATÓLICOS Y METODISTAS
PROSIGUEN SU REFLEXIÓN
SOBRE LA IGLESIA

*Informe de la Comisión Internacional
de diálogo entre la Iglesia Católica
y el Consejo Metodista Mundial.
2006**

PREFACIO

Nos encontramos actualmente en el octavo informe publicado por el diálogo internacional entre la Iglesia Católica y el Consejo metodista mundial, que comenzó casi inmediatamente después del Concilio Vaticano II. Estos informes han sido publicados cada cinco años, y han sido presentados simultáneamente en las conferencias quinquenales del Consejo metodista mundial y en la Santa Sede.

Como decía en 1995 la Encíclica *Ut unum sint* del Papa Juan Pablo II, "El diálogo no es sólo un intercambio de ideas.

* Traducción del texto en lengua francesa de la Prof^{sa} Dr^a Rosa Herrera García, UPSA, tomado de: PCPUC, *Service d'Information* n.123 (2006/ III-IV) 138-174. Revisión técnica y teológica de Dr. Juan Cruz Arnanz Cuesta

Siempre es de todos modos un “intercambio de dones” UUS 28). Desde hace 40 años nuestro diálogo ha dedicado una gran atención a este “intercambio de ideas”. Era necesario, dada “la importancia fundamental de la doctrina” con vistas a la verdad (18). De modos diferentes e informales, un “intercambio de dones” ha comenzado entre católicos y metodistas. El presente informe ofrece ahora una lectura profunda de nuestra historia, tanto común como separada, y de nuestras doctrinas, bien propias o compartidas, como base del intercambio más deliberado de dones que se puede considerar en adelante. Se han propuesto recomendaciones prácticas para un intercambio inmediato de tales dones, y una perspectiva abierta para que se puedan intercambiar otros dones a más largo plazo.

El informe de 2006 puede ser visto como una nueva etapa hacia el cumplimiento de la promesa contenida en el título del informe de 1986, *Hacia una declaración sobre la Iglesia*. Este informe formulaba claramente la meta final como “una comunión plena en la fe, la misión y la vida sacramental” (20). Con este objetivo el diálogo de ideas debe continuar con el fin de llegar a lo que el informe de 1991, *La Tradición apostólica*, consideraba como un “consenso doctrinal”. Este informe señalaba que llegar a la unidad buscada deberá “depender de una iniciativa fresca y nueva de reconciliación que reconozca la actividad múltiple pero una del Espíritu Santo a través de los tiempos. Esto incluirá un acto común e obediencia a la Palabra soberana de Dios” (94). Fruto de un “intercambio de ideas”, este informe marca una progresión hacia un “consenso doctrinal”. Con sus propuestas prácticas para un “intercambio de dones”, busca también preparar el acto de “reconciliación” que deberá sellar nuestra unidad. Este informe sugiere puntos de la fe y de la vida de la Iglesia que podrían ser temas de estudio para nuestra Comisión en su próxima serie de encuentros a la búsqueda de “un consenso doctrinal” y fomentar la preparación de un “acto de reconciliación” decisivo entre católicos y metodistas.

Nuestro diálogo ha estado siempre acompañado por la oración, tanto en el interior de nuestra Comisión como en numerosas personas que se han comprometido en el restablecimiento de la unidad visible plena de la Iglesia de Cristo. Pedimos que semejantes cuidados y preocupaciones acom-

pañen a este informe y la prosecución de nuestro trabajos. Mientras tanto, esperamos que el texto suscite la reflexión, tanto sobre sus fundamentos teológicos como sobre sus proposiciones prácticas.

Prof. GEOFFREY WAINWRIGHT
Copresidente metodista
Monseñor MICHAEL PUTNEY
Copresidente católico
Obispo de Townsville (Australia)

Pentecostés 2006

ESTATUTO DEL DOCUMENTO

El informe publicado aquí es obra de la Comisión internacional de diálogo metodista-católico. Los miembros de esta Comisión han sido nombrados por el Consejo metodista mundial y el Pontificio Consejo para la unidad de los Cristianos de la Santa Sede. Las autoridades que han dado el mandato a la Comisión han autorizado la publicación de este informe para que pueda ser objeto de un amplio debate. Se trata de un informe común de esta Comisión, no de una declaración autorizada que emana de la autoridad de la Iglesia católica o del Consejo metodista mundial que examinarán y evaluarán este documento a su debido tiempo.

MEDITACIÓN DE LA ESCRITURA

1 Corintios 1,1-10

“Pablo, llamado a ser apóstol de Cristo Jesús por la voluntad de Dios y Sóstenes el hermano a la Iglesia de Dios que está en Corinto, a los santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos, con cuantos en cualquier lugar invocan el nombre de Jesucristo, Señor nuestro y de ellos, gracias a vosotros y paz de parte de Dios, Padre nuestro, y del Señor Jesucristo.

Doy gracias a Dios sin cesar por vosotros a causa de la gracia de Dios que os ha sido otorgada en Cristo Jesús, pues en él habéis sido enriquecidos en todo, en toda palabra y conocimiento, en la medida en que se ha consolidado entre vosotros el testimonio de Cristo. Así ya no os falta ningún don de gracia

a los que esperaréis la Revelación de nuestro Señor Jesucristo. Él os confirmará hasta el fin irreprehensibles en el día de nuestro Señor Jesucristo. Pues fiel es Dios por quien habéis sido llamados a la comunión con su hijo Jesucristo, Señor nuestro”.

1. La escucha de la Palabra de Dios ha acompañado las deliberaciones y discusiones de nuestra Comisión en el curso de los años. En esta octava fase de nuestro diálogo, nuestra atención se ha visto atraída desde el principio por la introducción de la primera carta de san Pablo a la Iglesia de Corinto, que está en consonancia con lo que es nuestra experiencia.

2. Dirigiéndose a una comunidad que tenía que vérselas con desacuerdos, conflictos y divisiones, los versículos que introducen la epístola de san Pablo esbozan su visión de la Iglesia, a la vista de la cual exhorta a los cristianos de Corinto a poner fin a sus divisiones y sus desacuerdos. Dondequiera que esté la Iglesia ha sido llamada por Dios a comunicar a su Hijo Jesucristo; ha sido santificada y colmada de dones espirituales para una vida de unidad y de comunión.

3. Pablo dirige su carta a la Iglesia de Corinto. Pero antes de saludar a los corintios invocando sobre ellos la gracia y la paz de Dios (v.3) señala que la comunidad de Corinto no constituye toda la realidad de la Iglesia. No es la única en honrar a Jesús como Señor. Existen otras y en otros lugares que “invocan el nombre de Jesucristo” (v.2b).

4. Sin embargo, mientras Pablo invoca sobre todas las Iglesias “gracias y paz de parte de Dios, Padre nuestro, y del Señor Jesucristo” (v.3), metodistas y católicos en el curso de la historia desgraciadamente no siempre han podido desearse “gracia y paz” unos a otros como muestras los capítulos uno y tres de nuestro informe. El hecho de ser Iglesias diferentes no se resume simplemente para nosotros en el hecho de “invocar el nombre de Dios en lugares diferentes” (cf. v.2b). Es, por el contrario, un caso de diversidad sin unidad, el resultado de una división y de una separación, como muestra también el Capítulo I de este documento. En lugar de “gracia y paz”, nuestras Iglesias han utilizado en el pasado un lenguaje enojoso e incluso violento una con la otra.

5. Pablo declara a los cristianos de Corinto que su Iglesia ha sido llamada a ser santa (v.2) y a comunicar a Jesús, el Hijo de Dios (v.9). Creemos con Pablo que Dios nos ha llamado a

comunicar a su Hijo y nos ha santificado en él. Estas llamadas divinas, que están en la base de la realidad de la Iglesia, caracterizan también su vida en profundidad. Así metodistas y católicos consideran “santidad” y “comunidad” como rasgos esenciales de la Iglesia. Los metodistas creen que la santidad es la base de la unidad y de la comunión de la Iglesia. Los católicos, de acuerdo con el símbolo de los apóstoles, sitúan la comunión de los santos justo tras su profesión de fe en la santidad de la Iglesia¹. Nuestro capítulo II explora, entre otros, estos aspectos de la Iglesia.

6. Las divisiones y las separaciones que fueron causadas por acontecimientos de la historia y las determinaciones confesionales que derivaron de ellas, han afectado mucho y han ensombrecido estos aspectos de la Iglesia.

7. Sin embargo, “donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia” (Rm 5,20). A través de las fases de diálogo precedentes, los miembros metodistas y católicos de la Comisión mixta han sido llevados a reconocer cada vez más la existencia de elementos auténticos de la Iglesia en el interlocutor del diálogo. Así, sobre el fondo de los acuerdos que el Espíritu ha llevado a nuestra Comisión a descubrir en los diálogos precedentes, es en adelante posible ver a través y más allá del velo de la separación, y

- 1) considerar cómo, solos o con los otros, nosotros constituimos la Iglesia;
- 2) descubrir los dones espirituales que enriquecen a cada una de nuestras Iglesias.

8. Esto es lo que nuestra Comisión pretende mostrar en los Capítulos III y IV de este informe. Los católicos descubren y nombran los dones que Dios ha concedido a los metodistas. Van incluso más lejos, expresan su apertura a compartirlos. Los metodistas hacen lo mismo con los católicos. Este descubrimiento ha reconfortado nuestros corazones y nos ha permitido decir con Pablo: “Doy gracias a Dios sin cesar por vosotros a causa de la gracia de Dios que os ha sido otorgada en Cristo Jesús” (v.4).

¹ Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica* 946.

9. Esta capacidad, que hemos comenzado a cultivar sólo en los últimos tiempos, de respetar nuestra identidad eclesial mutua y a alegrarnos de las cualidades que son propias a unos y a otros (incluso a compartirlas) es seguramente fruto del movimiento ecuménico y del diálogo de nuestra Comisión. Pero es más la obra del Espíritu Santo. En el poder del Espíritu, la Iglesia no tiene sólo la fuerza de confesar que Jesús es Señor (1Cor 12,3), sino también descubre y vive una vida de comunión. Ahí se encuentra la vocación más profunda de la Iglesia; y es hacia este futuro común hacia donde nuestro compartir los dones nos conduce.

10. Finalmente, es significativo que Pablo asocie este futuro común con la idea de “unidos en un mismo espíritu y en un mismo pensamiento” (v.10). La unidad fundamental en la fe y en la profesión de la fe es necesaria para la Iglesia para su vida de comunión y para su testimonio ante el mundo.

CAPÍTULO I. NUEVA EVALUACIÓN MUTUA

UN CONTEXTO NUEVO PARA UNA RECONCILIACIÓN MUTUA

11. La reconciliación entre metodistas y católicos exige una nueva evaluación mutua que necesita ella misma una nueva interpretación del pasado. Desde los comienzos del metodismo en el siglo XVIII, metodistas y católicos se han formado una opinión unos sobre los otros. Algunas de estas evaluaciones se fundaban sobre una auténtica comprensión de la fe y de la vida del otro. Pero estaban muy a menudo marcados por los conflictos religiosos, sociales y políticos que han caracterizado normalmente las relaciones entre protestantes y católicos y se alimentaban de la ignorancia recíproca, de interpretaciones erróneas o de opiniones parciales de unos sobre los otros. La fase actual de este diálogo ha sido guiada por una búsqueda histórica que sitúa los desarrollos de los tres últimos siglos en su propio contexto.

12. Cuarenta años de diálogo entre el Consejo Metodista Mundial y la Iglesia católica han reforzado tanto la intención metodista, en cuanto “parte de la Iglesia universal, ... de tra-

bajar por la unidad” en todos los niveles de la vida eclesial², como el deseo católico, expresado en los documentos del Concilio Vaticano II, de conducir hacia un “espíritu ecuménico y a una estima mutua” más grande entre todos y a intentar “restaurar la unidad entre todos los cristianos”³. El objetivo último es nada menos que “la comunión plena en la fe, la misión y la vida sacramental”⁴. Nos alegramos hoy de que el Espíritu haya creado condiciones que nos permiten estar mejor informados y mantener relaciones más amistosas que las del pasado, y que nos ofrece nuevas posibilidades para el futuro.

13. Ni metodistas ni católicos deben considerar su separación como aceptable. Unos pueden pensar que ciertas separaciones eran en otro tiempo necesarias para el bien del Evangelio. Otros pueden considerar todas las separaciones como fracasos tanto de un lado como del otro, incluso de ambos lados, que han arrojado una sombra sobre la unidad de la Iglesia de Cristo. En 2003, el Arzobispo de Cantorbery ha dicho a propósito de la historia de la Iglesia de Inglaterra y de la Iglesia metodista de Gran Bretaña: “Wesley lleva al punto de pensar que él y sus discípulos sólo podían obedecer plenamente a Jesucristo corriendo el riesgo de la división. Nadie puede juzgar fácilmente esta costosa decisión y nadie pretende hacerlo; podemos estar seguros de que, bajo la dirección de Dios, ha dado frutos de testimonio y de servicio al Reino de Dios en esta nación y en muchos otros lugares”⁵. Igualmente, la historia del metodismo y la de la Iglesia católica pueden mostrar que en cada uno de ellos Dios ha actuado con vistas al cumplimiento del designio divino. Un mejor reconocimiento recíproco ha confirmado la convicción de que “todo concurre para el bien de los que aman a Dios” (Rm

² Constitución de la Iglesia metodista unida, artículo V, *Book of Discipline of the United Methodist Church* [BD], 2004, 23.

³ *Unitatis redintegratio* [UR] 19,1.

⁴ Comisión mixta de la Iglesia católica romana y del Consejo metodista mundial, *Hacia una declaración sobre la Iglesia. Relación de Nairobi (1982-1986)*, en A. González Montes, *Enchiridion Oecumenicum*, vol. 2, Salamanca 1993, n. 20 [761]

⁵ Rowan Williams, con ocasión de la firma de una alianza entre anglicanos y metodistas, Abadía de Westminster, Londres, 1 de noviembre de 2003.

8,28). Cada una de nuestras comunidades ha manifestado aspectos de la vida cristiana que no son tan visibles en el otro. Es importante que cada uno reconozca estas cosas buenas en la vida del otro, que se abra a su recepción como dones y se prepare para compartirlos en un futuro común. Existe entre nosotros un amplio campo en el que puede tener lugar un “intercambio de dones”⁶ mutuo y fructífero.

14. No se pueden excusar las separaciones de los cinco últimos siglos, aunque no pueden ser simplemente condenadas y sus responsables censurados. Como respuesta a la pregunta: “¿Por qué Dios ha permitido la división de los cristianos?”, el papa Juan Pablo II ha dicho: “¿No es posible que estas divisiones hayan sido el camino que, sin tregua, ha conducido a la Iglesia a descubrir la riqueza inefable contenida en el Evangelio de Cristo y en su redención? Quizá toda esta riqueza no hubiera podido aparecérsenos por ningún otro camino...”⁷. El estudio del pasado sugiere que Dios ha conducido a cada una de nuestras Iglesias por caminos nuevos trazados por nuestras separaciones. Los católicos pueden reconocer que Dios se ha servido del metodismo, en sus comienzos y en toda su historia, para desarrollar dones que deberían en definitiva enriquecer a todos los cristianos. Igualmente los metodistas pueden reconocer que Dios ha actuado en la preservación por la Iglesia católica de tradiciones importantes y en su búsqueda de modos más actuales de presentar el Evangelio para beneficio de todos los creyentes cristianos. El Espíritu de Dios ha renovado a nuestras dos Iglesias y en el misterio de la divina providencia, esto ha hecho nacer nuevas ocasiones de dar testimonio del Reino de Dios. El diálogo actual busca recoger estos bienes y preparar a las Iglesias con vistas al futuro común hacia el que les guía el Espíritu de Dios.

NACIMIENTO DEL METODISMO

15. Un hecho histórico marca las relaciones mutuas entre católicos y metodistas: el movimiento metodista no procede de una ruptura con la Iglesia católica. El metodismo tiene su

⁶ Cf. *Ut unum sint* [UUS] 1995, n. 28.

⁷ Juan Pablo II, *Cruzando el umbral de la esperanza*, 1994.

origen en la Iglesia histórica de Inglaterra y de Irlanda, de la que se separó de diversos modos a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX. Puesto que no hubo “ninguna experiencia de separación oficial entre sus dos Iglesias”⁸, la sombra de ningún anatema viene a pesar sobre las relaciones entre católicos y metodistas, como fue el caso entre los cristianos en el siglo XVI. Además, dado que el metodismo tiene su origen en la Iglesia de Inglaterra, comparte ciertos rasgos que son comunes a la fe y la práctica del cristianismo occidental tradicional. Desde 1975, sin embargo, cuando la Conferencia metodista se comprometió en el camino de la independencia con relación a la Iglesia de Inglaterra, diversos acontecimientos han aproximado el metodismo al catolicismo, otros han tenido el efecto contrario.

16. Para una aproximación correcta a las relaciones entre metodistas y católicos es importante comprender cómo y por qué el metodismo se separó de la Iglesia de Inglaterra y cómo percibe su propia contribución a la Iglesia universal. Contrariamente a las divisiones nacidas de las graves querrelas doctrinales de la Reforma, el metodismo se separó de la Iglesia de Inglaterra sin graves desacuerdos sobre el Evangelio o sobre la fe. En América del Norte, la separación fue una consecuencia de la independencia americana. La Conferencia metodista de 1784 aprobó la fundación de la Iglesia metodista episcopaliana, aprovechando así un momento y una misión históricas en los territorios americanos. En Gran Bretaña y en Irlanda los metodistas confieren cada vez más a sus predicadores itinerantes la responsabilidad de guiar el culto, de alimentar la búsqueda espiritual y de asegurar el servicio pastoral. Tras la muerte de John Wesley el Programa de pacificación (1795) autorizó a los predicadores itinerantes a celebrar el bautismo y la eucaristía, dando efectivamente así al metodismo británico una vía eclesial propia.

17. En sus orígenes el metodismo era ante todo un movimiento de renovación, preocupado de la evangelización del pueblo y deseoso de promover la santidad personal y colectiva en respuesta a la proclamación del Evangelio. Es

⁸ Comisión mixta de la Iglesia católica romana y el Consejo metodista mundial, *Relación de Denver (1971)*, en A. González Montes, *Enchiridion Oecumenicum*, vol. 1, Salamanca 1986, n. 6 [1913].

significativo que los metodistas no hicieran esfuerzos particulares para formular su doctrina de la Iglesia. John Wesley reconocía a la Iglesia de Inglaterra como la Iglesia una, santa, católica y apostólica en Inglaterra. Los esfuerzos se concentraban sobre todo en la vocación del metodismo de difundir la santidad según la Escritura. Tan importante era esta misión que pasaba por delante de las cuestiones de estructura eclesial aunque los metodistas no sean indiferentes a estos temas. La santidad se convirtió en el pensamiento metodista en la marca decisiva de la Iglesia, lo que permitió a los metodistas reconocer a los otros como pertenecientes a la Iglesia universal, cualquiera que sea su identidad eclesial particular. Así la unidad de la Iglesia fue en primer lugar considerada como unidad de santidad y sólo después en términos de relaciones estructurales. La santidad era el signo y el criterio de la catolicidad, y la apostolicidad de la Iglesia residía en la continuidad de la misión apostólica de conducir a las gentes a Cristo. Para el metodismo, estas son las características particulares que debería ser salvaguardadas a toda costa.

EVOLUCIÓN CATÓLICA

18. Signos de renovación se manifestaron en la Iglesia católica en el momento mismo en que se formaba el metodismo. Los decretos reformadores del Concilio de Trento (1545-1563) habían inspirado una renovación espiritual, notablemente por la formación del clero diocesano en los seminarios. Nuevas comunidades religiosas y movimientos laicos aparecieron, con sus carismas centrados en la educación, los servicios médicos, el ministerio junto a los pobres, la responsabilidad social y la búsqueda de la santidad. Numerosas devociones o formas de piedad se popularizaron (por ejemplo, hacia el Santo Sacramento, el Sagrado Corazón de Jesús), mientras que autores espirituales como Francisco de Sales y el Cardenal Pierre de Bérulle animaban a los creyentes a profundizar en su relación personal con Cristo. Se llevaron a cabo iniciativas misioneras en América, en Asia y en África, que comportaron en ocasiones el martirio de l que buscaban extender el Evangelio. La santidad y la misión sobre las que el metodismo insistía particularmente eran también rasgos dominantes de la Iglesia católica en esta época.

19. Esta renovación iba a la par con controversias teológicas y tensiones internas en la Iglesia católica, especialmente sobre la gracia (con interpretaciones rígidas de la doctrina de san Agustín sobre la gracia, como en el jansenismo). Se ponía en cuestión la autoridad papal por parte de aquellos que reclamaban una concepción más conciliar de la autoridad en la Iglesia, mientras que otros deseaban una concentración mayor de la autoridad en la sede de Roma. Como respuesta a la Reforma, la teología católica subrayaba su preocupación por una continuidad vital con la Iglesia de los apóstoles y la Iglesia de todos los tiempos. La preocupación por la unidad y la apostolicidad de la Iglesia llevaba a la Iglesia católica a definirse en oposición a los que se habían separado de ella, sugiriendo así que los protestantes se habían desgajado de la Iglesia fundada por Cristo. además del contexto social y político más amplio que hacía difícil el establecimiento de relaciones entre la Iglesia católica y el movimiento metodista en vías de formación, estos factores militaban contra todo esfuerzo por parte de los metodistas y de los católicos de apreciarse unos a otros.

ANTIGUAS IDEAS METODISTAS A PROPÓSITO DE LA IGLESIA CATÓLICA

20. Hasta la mitad del siglo XX, los metodistas generalmente han tenido la misma actitud anticatólica que los protestantes ingleses y americanos y este era igualmente el juicio que John Wesley tenía sobre la Iglesia católica. Sacerdote anglicano del siglo XVIII con conocimientos teológicos variados, estaba convencido de que varios dogmas, por ejemplo, la transustanciación y el purgatorio, así como diversas prácticas de la Iglesia católica eran contrarias a la Escritura. Creía que los católicos adoraban los santos y las imágenes santas y practicaban algunos falsos sacramentos. Se oponía al rechazo católico del cáliz en la santa comunión y en el empleo de una lengua litúrgica que la mayoría de los fieles no podían comprender. Consideraba el recurso católico a la tradición como una amenaza para la autoridad de la Palabra de Dios en la escritura y el poder del papa como un abuso.

21. Wesley tenía una actitud ambivalente frente a la tradición de la Iglesia. mientras experimentaba un gran respeto por el período patrístico, su visión del período medieval era

sobre todo negativa, aunque bebía a veces en las enseñanzas de la Iglesia occidental. Se vinculaba a la Iglesia primitiva y deseaba que el metodismo entrañara una renovación en la Iglesia de Inglaterra de acuerdo con el cristianismo primitivo. Wesley aceptaba las decisiones de los cuatro primeros concilios ecuménicos. Pensaba sin embargo que una decadencia moral de la vida y de la doctrina cristianas, que él consideraba que había comenzado ya en los primeros siglos de la Iglesia, caracterizaba el largo período entre Constantino y Martín Lutero.

22. Aunque fiel a la Reforma inglesa, John Wesley estaba dispuesto a tender la mano a los católicos de modos significativos. En su Carta a un católico que redactó en 1749 en Irlanda, con un tono conciliador afirmaba sinceramente compartir con los católicos una fe y una doctrina comunes. Wesley pedía a los católicos y a los protestantes “reflexionar juntos” en lugar de lanzarse a “querellas interminables sobre cuestión de opiniones”. Reconocía a los católicos como cristianos, a pesar que lo que él pensaba que eran errores y supersticiones de su Iglesia. Tenía una fuerte deuda con *La imitación de Cristo* de Tomás Kempis, cuya lectura recomendaba a los metodistas junto con la de los primeros Padres de la Iglesia. Señalaba también otros autores católicos tales como Francisco de Sales, como modelos de perfección cristiana o guías espirituales.

23. El más eminente de los católicos del siglo XVIII que habló del metodismo fue Richard Challoner (1691-1781), vicario apostólico del distrito de Londres a partir de 1758. En *A Caveat against the Methodistes* (1780), Challoner citaba numerosos pasajes bíblicos para mostrar que la Iglesia fundada por Cristo era universal, una, santa y ortodoxa en su doctrina, que gozaba de la sucesión ininterrumpida de pastores y de doctores bajo de dirección del Espíritu Santo. Afirmaba: “Los metodistas no son el Pueblo de Dios; no tienen el verdadero Evangelio; y su reciente Sociedad no es la verdadera Iglesia de Cristo, y no forma parte de ella”⁹.

⁹ *A Caveat against the Methodist, showing how unsafe it is for any Christian to join himself to their society, or to adhere to their teachers*, 1760.

24. Respondiendo al *Caveat* de Challoner, Wesley reconocía que la Iglesia es universal, una, santa y ortodoxa, pero encontraba difícil reconocer estas mismas características de la Iglesia en “la Iglesia de Roma y su forma presente”. Para él, la Iglesia católica fundada por Cristo es “el cuerpo entero de los hombres que tienen la fe y actúan en el amor, dispersos por toda la tierra, en Europa, en Asia, en África y en América”¹⁰. En todo tiempo y en todas las naciones la Iglesia es el cuerpo de Cristo. Esta Iglesia es santa, pues “ningún hombre profano puede ser miembro de ella”. Es ortodoxa en todo lo que es necesario para la salvación, protegida del error en lo que es esencial por la presencia perpetua de Cristo y constantemente dirigida por el Espíritu de verdad. Wesley consideraba que “no sólo los metodistas” sino “todos los protestantes” poseían mejor estas características que la Iglesia católica. No obstante admitía que algunos católicos pertenecen individualmente a la Iglesia, a pesar de las deficiencias de su institución. En su sermón de 1785 titulado “Sobre la Iglesia” decía de la Iglesia de Roma: “allí no hay ni predicación de ‘la pura palabra de Dios’, ni sacramentos ‘administrados como deben’”. No obstante estaba dispuesto a acoger a las asambleas que pertenecen a la Iglesia católica que confesaban “un solo Espíritu, una única esperanza, una sola fe, un solo Dios y Padre de todos”¹¹. En algunos momentos, pues, Wesley rechazaba a la Iglesia católica; sin embargo dudaba en excluir de la Iglesia a sus miembros individuales, incluso a asambleas enteras.

25. Cuando la Iglesia metodista episcopal fue fundada en los Estados Unidos en 1784, Wesley el remitió una versión abreviada de los 39 Artículos de Religión. Varios de esos artículos repetían los ataques de los Reformadores contra la doctrina católica, suministrando así una base a la crítica metodista del catolicismo en América. Tras la muerte de Wesley, sus discípulos en Inglaterra se acordaron de su oposición al catolicismo. La Conferencia metodista wesleyana publicó panfletos y libros que exaltaban la Reforma y atacaban al papado. Las relaciones internacionales no hicieron más que complicar aún más la situación. Para la mayoría de los meto-

¹⁰ Frank Baker (ed.), *Works of John Wesley*, Edición del bicentenario, Oxford/Nashville 1975-, 1984-, 21: 304s.

¹¹ “Of the Church”, 19, en: *Works of John Wesley*, 3: 52.

distas de los dos lados del Atlántico, la lealtad al papa, soberano extranjero, hacía de los católicos súbditos virtualmente desleales, peligrosos para el orden social.

PRIMERAS IMPRESIONES CATÓLICAS CON RESPECTO AL METODISMO

26. Hubo pocas reacciones católicas al metodismo debutante. Las que se expresaron reflejaban el principio de que la Reforma había sido un mal absoluto. Los Recusadores, cuyo pensamiento padecía la servidumbre a las leyes penales contra los católicos y sus sacerdotes, rechazaban generalmente como heréticos los 39 Artículos de la Iglesia de Inglaterra. En Francia, el influyente obispo Jacques Bénigne Bossuet enseñaba que la Reforma había inaugurado una serie de divisiones infinitas y reduplicaciones en razón de la ausencia de un verdadero magisterio doctrinal y de sus interpretaciones incontroladas de la Escritura¹². Richard Challoner se adhería a las ideas de Bossuet y asimilaba el metodismo a las sectas entusiastas que se habían separado de la Iglesia de Inglaterra en el curso del siglo XVII. Denunciaba al metodismo como un nuevo aspecto del proceso de desintegración que muchos identificaban como la herencia principal de la Reforma en cuanto a la estructura de la Iglesia.

27. En cuanto a la doctrina, Challoner consideraba que el Concilio de Trento había defendido la tradición apostólica auténtica, en oposición a la enseñanza de los Reformadores. Habiendo condenado el Concilio “la vana confianza de los heréticos” (*inanem haereticorum fiduciam*) en su sesión sexta (1546)¹³, Challoner criticaba la doctrina metodista de la seguridad de la salvación en la que sólo veía “ilusión y presunción sin fundamento”. Animó a los católicos a considerar el metodismo como un desarrollo sectario tardío que expandía falsas doctrinas y prácticas malsanas en una Iglesia que era ya cismática y herética. Cuando las sociedades metodistas se separaron de la Iglesia de Inglaterra, estos juicios hostiles fueron automá-

¹² Jacques Bénigne Bossuet, *Essai sur les variations des Eglises protestantes* (1692).

¹³ Denzinger-Schönmetzer [DS], *Enchiridion Symbolorum*, 1533, 1562-1566.

ticamente transferidos al metodismo. Diccionarios teológicos publicados en Francia en los siglos XVIII y XIX reflejaban igualmente esta opinión negativa. Una de estas descripciones del metodismo concluía: “Se ve aquí una imagen, un eco, no jerarquías angélicas..., pero de este imperio de confusión y de desorden en el que reinan los malos espíritus”¹⁴.

28. Algunos formularon un juicio diferente, aunque aún ambiguo, pero muy pocos lo entendieron. En las conferencias de cuaresma que él hizo en 1850 en el Oratorio de Londres, John Henry Newman declaraba a sus antiguos colegas anglicanos: “Si quisierais hacerlos aunque sólo fuera una muy pequeña idea de las cualidades sobrenaturales que constituyen la concepción de lo que es un santo católico, dirigiós a Wesley y a sus semejantes” (aunque “personalmente a mí no me gusta, es por su profunda confianza en sí y su suficiencia”). Igualmente, proseguía, Wesley y sus compañeros “debutando en Oxford en el ridículo, ayunando y orando en el aire frío de la noche, yendo después a predicar por todas partes, insultados por los ricos y las gentes cultivadas, maltratados y arrastrados a prisión por el populacho, y convirtiendo al servicio de Dios a miles de pecadores” podrían evocar a los grandes misioneros católicos de otro tiempo, “si no hubiera sido por su orgullo y su excentricidad, su doctrina fanática y su devoción atormentada”¹⁵.

29. Una aproximación más medida del metodismo comenzó a tomar forma en la obra de Johann Adam Möhler (1796-1838). En un estudio de los principales símbolos y confesiones de fe formulados después de la Reforma, clasificaba al metodismo como “una de las más pequeñas sectas protestantes”; reconocía igualmente que John Wesley se distinguía “por grandes talentos, una cultura clásica y (lo que todavía vale más) un celo ardiente por el reino de Dios”¹⁶. Aun censurando a Wesley por –así pensaba él– haberse hecho obispo

¹⁴ Rene Rohrbacher, *Histoire universelle de l'Église Catholique*, Gaume, Paris 1864-1869, 1849.

¹⁵ John Henry Newman, *Certain Difficulties felt by Anglicans in Catholic Teaching*, vol. 1, Christian Classics, Westminster 1969, 88-91.

¹⁶ J.A. Möhler, *Symbolism*, Crossroad Publishing Company, New York 1997, 436 [Traducción española: *Simbólica*, Cristiandad, Madrid 2000, 568].

y haber ordenado sacerdotes, fue el primero en sugerir la existencia de una semejanza entre el origen del metodismo y la inspiración “que conducía al origen de las instituciones monásticas” en la Iglesia católica. En esta perspectiva el metodismo aparecía ante todo como una fuerza de renovación. Esta evaluación positiva, sin embargo, no dio fruto en el pensamiento católico antes del siglo XIX.

CONVICCIONES SUBYACENTES

30. En este repaso a la historia de nuestra evaluación mutua, donde está claro que los juicios polémicos de unos sobre otros se fundaban en una falta de conocimiento recíproco, es posible también ver en cada lado un deseo de preservar el Evangelio y su proclamación. Se constata que el metodismo quería proteger la santidad de la Iglesia en función de sus propias concepciones. En el contexto nuevo de la industrialización de Inglaterra, de una emigración masiva proveniente de Irlanda, del desarrollo de los Estados Unidos como nación y de una amplia colonización, el metodismo pretendía poner la santidad según la Escritura al alcance de las gentes corrientes inmersas en vastas mutaciones sociales. Adoptaba nuevos estilos de predicación y de culto para dar a conocer el Evangelio. Para los metodistas, era el Espíritu Santo el que suscitaba las vocaciones de dirigentes para las nuevas Iglesias adoptando nuevas estructuras de gobierno. Se apasionaban por la transformación de las vidas individuales y una reforma de las sociedades de suerte que la santidad fuera allí más visible.

31. Con su memoria plurisecular de la unidad cristiana, la Iglesia católica buscaba preservar la unidad del pueblo de Dios de todos los modos posibles. Los católicos estaban perturbados por las tendencias a la fragmentación del protestantismo. La Iglesia católica deseaba proteger la continuidad visible del ministerio y de la enseñanza en la Iglesia; la catolicidad estaba según ella estrechamente vinculada a estos últimos. Las separaciones del siglo XVI representaban a sus ojos verdaderas pérdidas para la Iglesia de Dios, y ella veía en las divisiones que seguirían en el seno de las Iglesias protestantes un alejamiento ulterior de la unidad, de la apostolicidad y de la catolicidad.

OTROS FACTORES QUE AFECTAN A LAS RELACIONES

32. Aunque que la doctrina y la teología tienen una importancia mayor para la vida de las Iglesias, no se puede separar la experiencia religiosa de los fieles en su contexto social. En todas las sociedades la mayoría tiende a restringir la libertad de las minorías. Cuando en el pasado los metodistas formaban parte de una mayoría o de una dominación protestantes, tenían la tendencia a contribuir a la marginación de los católicos en la sociedad y en la imposición de medidas contra el libre ejercicio de su fe. Igualmente, allí donde dominaba el catolicismo, tendía a marginar a los protestantes, incluidos los metodistas, para impedir su plena participación en la sociedad y para limitar la libre práctica de su fe.

33. Tales situaciones políticas y sociales alimentaban la hostilidad más que la caridad. En el espíritu popular de cada comunidad, se alimentaban el recuerdo de la opresión o de la discriminación, engendrando incomprensión y desconfianza. Las rivalidades nacionales entre países mayoritariamente protestantes o católicos se nutrían de oposiciones religiosas que a su vez alimentaban. Cuando gracias a la actividad misionera se establecieron nuevas Iglesias a través del mundo, muchas de estas divisiones y prejuicios se transmitieron a los nuevos cristianos y a sus responsables.

EL MOVIMIENTO ECUMÉNICO Y EL VATICANO II

34. Los metodistas ocuparon un lugar importante en el movimiento ecuménico que comenzó a finales del siglo XIX y se desarrolló en la primera mitad del siglo XX. En el origen esta actividad encontró su fuerza motriz en el compromiso misionero y la predicación evangélica universales, que llevaron tanto a los metodistas como a otros a unirse para establecer nuevos organismos de colaboración. Comprendían que la colaboración entre cristianos es necesaria para la prosecución concreta de la misión. Las palabras del tipo “evangelización del mundo en esta generación” (Movimiento benévolo estudiante) y “que todos sean uno” (Federación mundial de estudiantes cristianos) incitaron a los metodistas a establecer sólidas relaciones de trabajo con otros protestantes. Al hacer esto buscaban vivir la enseñanza de John Wesley según el cual

una persona “de espíritu católico” es una persona que “tiende la mano” a todos aquellos cuyo “corazón late al unísono con el suyo”. Esta persona considera como “amigos”, “hermanos” a todos los “que creen en el Señor Jesucristo” y que “aman a Dios y al hombre”. “Les ayuda con todas sus fuerzas en todas las cosas espirituales y temporales. Está dispuesta a consagrar su tiempo y a gastarse por ellos, incluso a dar su vida por ellos”. Al abrirse hacia el exterior el corazón de esta persona “se ensancha hasta las dimensiones de la humanidad”. “Ahí está el amor católico o universal. Y el que lo posee tiene un espíritu católico”¹⁷.

35. Este compromiso a favor de un espíritu católico conducía a los metodistas a profundizar en su compromiso en los organismos ecuménicos a nivel local, nacional y universal. Cuando después de 1910 el movimiento ecuménico comenzó a tomar forma en estructuras eclesiológicas, las Iglesias metodistas se comprometieron sin dificultad en ellas. Después de más de un siglo de existencia autónoma, las Iglesias metodistas comenzaron a reflexionar sobre el lugar que ocupaban en un mundo cristiano más amplio. La Iglesia metodista británica, aun reclamando un lugar en “la santa Iglesia Católica que es el Cuerpo de Cristo”¹⁸, estimaba que las “confesiones” existentes, no siendo más que “una encarnación parcial e imperfecta del ideal del Nuevo Testamento” tienen “el deber de hacer causa común en la búsqueda de la expresión perfecta de esta unidad y de esta santidad que ellas poseen ya en Cristo”¹⁹.

36. La actitud e los metodistas con relación a los católicos comenzó a cambiar en el curso del siglo XX. El momento decisivo fue el del Concilio Vaticano II (1962-1965) y la creación del Secretariado para la Unidad de los Cristianos. La invitación del papa Juan XXIII a las Iglesias ortodoxas, anglicanas y protestantes de que enviaran observadores oficiales al Concilio Vaticano II fue acogida con gozo por los metodistas. Las relaciones que los observadores metodistas establecieron

¹⁷ “Catholic Spirit” (1750), § III.4-5, en: *Works of John Wesley*, 2:94-95.

¹⁸ Iglesia metodista de Gran Bretaña, *Deed of Union*, 1932, «Doctrina».

¹⁹ *La nature de l'Église chrétienne selon l'enseignement des méthodistes*, 1937, III.3.

con los participantes católicos en el Concilio contribuyeron a mejorar su comprensión mutua. Los metodistas pudieron así profundizar en su comprensión de la enseñanza católica y acogieron favorablemente la nueva presentación de la doctrina católica contenida en los documentos conciliares, en particular en la constitución dogmática sobre la Iglesia (*Lumen gentium*), el decreto sobre el ecumenismo (*Unitatis redintegratio*), el decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia (*Ad gentes*), la constitución dogmática sobre la revelación divina (*Verbum Dei*), la constitución sobre la sagrada liturgia (*Sacrosanctum concilium*) y la constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo moderno (*Gaudium et spes*)²⁰.

37. *Unitatis redintegratio* propulsó a la Iglesia católica al movimiento ecuménico y se convirtió en la guía reguladora de su participación en este movimiento. El decreto expresaba la convicción de que es el Espíritu Santo el que está en el origen del movimiento ecuménico y lo guía y que la búsqueda de la unidad cristiana está intrínsecamente vinculada a la identidad y a la misión de la Iglesia. el concilio reconocía que elementos de la Iglesia fundada por Jesucristo están ya presentes en otras Iglesias y Comunidades eclesiales, y que su relación con la Iglesia católica es la de una comunión parcial o imperfecta que encierra un dinamismo interno dirigido hacia la comunión plena bajo la guía del Espíritu Santo (LG 8, UR 3). La promoción del diálogo, la colaboración con vistas al bien común y el ecumenismo espiritual estaban presentes como los principales medios de fomentar la unidad entre los cristianos. La enseñanza conciliar, que quiere que las relaciones ecuménicas necesiten la conversión interna y el arrepentimiento de los pecados contra la unidad (UR 7) y que esta conversión, yendo a la par con la santidad de la vida, esté en el centro del movimiento ecuménico (UR 8) está especialmente cerca de la convicción metodista según la cual la búsqueda de la perfección evangélica debería estar en el centro de la vida cristiana.

38. Tomando *Unitatis Redintegratio* (1964) como punto de partida y construyendo sobre la enseñanza conciliar, se

²⁰ Los textos del Concilio se abrevian como sigue: LG (*Lumen Gentium*), UR (*Unitatis Redintegratio*), AG (*Ad Gentes*), DV (*Dei Verbum*), SC (*Sacrosanctum Concilium*), GS (*Gaudium et Spes*).

ha constituido un *corpus* de textos que guía la participación católica en la búsqueda de la unidad cristiana. De él forman igualmente parte las páginas del código de derecho canónico revisado (1983) dedicadas al ecumenismo, un Directorio de normas que regulan la participación católica en el movimiento ecuménico (primera edición 1967-1970; nueva edición 1993), una encíclica pontificia (1995) y un vasto *corpus* de enseñanzas pontificias e instrucciones del Pontificio Consejo para la unidad de los cristianos. Para el papa Juan XXIII, la unidad de los cristianos debía ser considerada como uno de los objetivos del concilio; en el curso de los pontificados que siguieron esta búsqueda se ha transformado en una preocupación pastoral cada vez más acuciante. En su encíclica *Ut unum sint* el papa Juan Pablo II afirmaba que la búsqueda de la unidad cristiana no es un *addendum* o un apéndice; al contrario, es el camino que debe seguir la Iglesia y es parte integrante de su esencia y de su actividad pastoral²¹.

39. Nuestras dos comuniones reconocen que sus relaciones se modificaron gracias al Concilio Vaticano II. Durante cuarenta años nuestro diálogo ha proseguido en la línea de esta apertura. Justo después del Concilio, se tomaron medidas para hacer arrancar el diálogo teológico entre la Iglesia católica y el Consejo metodista mundial. El trabajo comenzó en 1967. Católicos y metodistas han participado también en los trabajos de la Comisión Fe y Constitución del Consejo Ecuménico de las Iglesias. De modos diversos, nuestras dos comuniones se han comprometido en la oración común, el testimonio común, la misión común y el diálogo a nivel local. Se ha construido muchas relaciones nuevas y es un espíritu de amor mutuo el que ha sido alimentado en lugar de la indiferencia o la hostilidad que prevalecían antes entre católicos y metodistas. En consecuencia, hemos pasado de la polémica al diálogo, de la acusación al respecto, de la ignorancia a la confianza. El deseo de unidad se ha encontrado reforzado al mismo tiempo y más ampliamente extendido. Hemos aprendido a tener mayor estima por el carácter eclesial de la otra confesión y ésta se ha manifestado concretamente en relaciones más estrechas.

²¹ UUS 20.

40. La visión que católicos y metodistas tenían unos de otros estaba influida por sus respectivas interpretaciones de la Reforma, por las críticas que ellos formulaban en la época y las que han seguido formulando a continuación. La visión metodista de la Iglesia católica ha cambiado en el curso del siglo XX, como ha cambiado el modo en que los católicos consideraban el metodismo. Esta nueva evaluación mutua está vinculada en parte a nuestra interpretación del fenómeno mismo de separación.

41. Los católicos pueden ahora ver que John y Charles Wesley y el movimiento metodista “se caracterizaban por el deseo de dar a conocer el amor de Cristo, de reformar la vida interna de la Iglesia, de fomentar la celebración de la Eucaristía, de servir a los pobres, de dar a los que se dicen cristianos la pasión de un testimonio franco por amor a Cristo”²². Constatando en los metodistas la existencia de numerosos signos de la presencia del Espíritu Santo, pueden ver que el metodismo era capaz de renovar la Iglesia de Inglaterra de su tiempo. Cualesquiera que fueran en otro tiempo sus actitudes, los católicos pueden reconocer que John Wesley tenía la unidad de la Iglesia en alta estima, pero sentía también como un deber ser fiel a su misión de predicar “la santidad según la escritura”. Él y sus discípulos persiguieron su misión con mucha entrega, a pesar de las trágicas consecuencias acarreadas por las divisiones en la Iglesia.

42. Que el movimiento se separase de la Iglesia de Inglaterra fue el resultado de muchos factores, teológicos y no teológicos. La separación es lamentable pero es imposible a esta distancia, e incluso poco deseable, querer juzgar a los grupos implicados. Era comprensible que los católicos vean en la separación de los metodistas de la Iglesia de Inglaterra un nuevo ejemplo del impulso desintegrador de la Reforma. El mundo cristiano estaba ya dividido y un movimiento inverso inspirado por el Espíritu Santo para el restablecimiento de la unidad no era aún claramente identificable. La renovación de

²² Cardenal Walter Kasper, *Homilía a la Iglesia metodista de Roma*, 22 de junio de 2003 (celebración del centenario del nacimiento de John Wesley).

la Iglesia por la predicación metodista de la “santidad de la escritura” iba finalmente a favorecer el objetivo de la unidad cristiana. Desgraciadamente mientras que esta orientación se aseguraba una base estable, la prosecución de la misión por el metodismo provocaba también una división suplementaria. Los católicos pueden afirmar con confianza que es bueno que este carisma metodista –obrar en el mundo entero para la santidad según la escritura– haya sobrevivido para que todos puedan participar en él.

43. Los metodistas han comprendido que las numerosas divisiones de la Iglesia han debilitado el testimonio cristiano. Reconocen la validez de la aproximación católica a la unidad en la diversidad de la que pueden sacar enseñanzas. Como los católicos, los metodistas atribuyen una gran importancia al pasado, y sin embargo los católicos han tomado más en serio que los metodistas su continuidad con la Iglesia primitiva y medieval. Wesley apreciaba la comprensión católica de la santificación; esto podría incitar a los metodistas a revisar su visión del catolicismo también bajo este aspecto. Metodistas y católicos están todos comprometidos a favor de la santidad personal y social y se han hecho profundamente solidarios trabajando juntos por la justicia social.

44. Las comunidades cristianas separadas se acercarán necesariamente unas a otras al acercarse a Cristo. Han sido formadas por el Espíritu para ser una y no divididas. Si los metodistas y los católicos no están en comunión plena, es en razón de cuestiones doctrinales todavía no resueltas que unos y otros estimaban esenciales en el Evangelio de Jesucristo. Sin embargo, somos conscientes de que el Espíritu Santo nos impulsa sin cesar hacia una *koinonia* más profunda. Todas las separaciones son sólo temporales para los que buscan seguir a Cristo, no pueden ser nunca definitivas. Sólo Cristo sabe cuándo se reunirán sus discípulos. En cuanto a ellos, sólo tienen que servirlo y responder de todo corazón a los movimientos del Espíritu vivificador.

CAPÍTULO II. JUNTOS EN CRISTO

LA IGLESIA, VISIBLE E INVISIBLE

45. ¿Qué es la Iglesia? ¿Cuál es su meta en la tierra?. La palabra “Iglesia” puede tener diversos significados: el edificio en el que uno se reúne para el culto, la comunidad cristiana local, una “confesión” particular (por ejemplo, metodista o católica), el conjunto de cristianos del mundo entero o incluso el *liderazgo* colectivo de la comunidad cristiana. Para la mayoría de la gente, “Iglesia” significa algo completamente visible y tangible. Las palabras griega y latina para “Iglesia” (*ekklesia*, *ecclesia*) implican la idea de agrupamiento y de reunión. La Iglesia es la asamblea del pueblo de Dios reunida para escuchar la Palabra de Dios y responderle. La palabra inglesa *church* viene del griego *kyriake* que significa “lo que pertenece al Señor”. La Iglesia es el pueblo que Dios reúne, localmente y a través del mundo, el pueblo que pertenece a Dios en Cristo por el poder del Espíritu Santo. Reunirse en una comunidad visible, unida en la fe y el amor, está en el centro de lo que significa “Iglesia” para la mayoría de los cristianos.

46. El diálogo entre católicos y metodistas es necesario en razón de las divisiones entre los cristianos; este estado de división atenta contra nuestra comprensión de la Iglesia. Sin embargo, metodistas y católicos pueden expresarse con una misma voz sobre numerosos temas que conciernen a la Iglesia y muchos elementos de la Iglesia que podemos reconocer unos en otros. Este capítulo presenta varios aspectos clave de nuestra comprensión común de la naturaleza y misión de la Iglesia.

47. No se puede definir la Iglesia como se definiría cualquier otra organización internacional. La Iglesia es más que una comunidad visible de personas que comparten una misma visión particular del mundo, de su origen y de su destino. La Iglesia es, en efecto, una realidad visible; su visibilidad es esencial a su naturaleza y a su misión. Pero hay en la Iglesia mucho más que lo que se puede ver a simple vista; solo el “ojo de la fe” puede discernir su realidad más profunda, su invisible “misterio”.

48. La palabra “misterio” que se utiliza en este capítulo, aparece varias veces en los informes precedentes de esta Comisión. Tiene su origen en el uso que hace san Pablo de

la palabra griega *mysterion* para designar el plan divino de la salvación, en otro tiempo oculto, pero ahora revelado por el Cristo encarnado, el invisible hecho visible. Dios nos ha dado a conocer “el misterio de su voluntad” (Ef 1,9). San Pablo recibió la gracia de “anunciar a los gentiles la riqueza de Cristo y esclarecer cómo se ha dispensado el misterio escondido desde siglos en Dios, creador del universo” (Ef 3,9). San Pablo tenía una conciencia viva del íntimo vínculo nupcial que existe entre Cristo y su esposa, la Iglesia. Esto es en sí “un gran misterio” (Ef 5,32) y es a través de la Iglesia como el misterio de la gracia salvífica de Dios debe ser revelado al mundo. La palabra griega *mysterion* fue finalmente traducida como *sacramentum* en las traducciones latinas de la Biblia y en los escritos patrísticos latinos. La Iglesia, creación de la Palabra de Dios, es “el misterio o sacramento del amor de Dios al mundo”²³. Lo invisible y lo visible van a la par y el primero se ha manifestado a través del segundo. Esta unión de lo invisible y lo visible es esencial para nuestra comprensión de la Iglesia, en cuanto católicos y metodistas. Se arraiga en Cristo mismo, Palabra invisible hecha visible en la carne, plenamente divina y plenamente humana.

49. ¿Cuál es entonces la realidad escondida más profunda de la Iglesia, el misterio que está en el centro de su naturaleza y de su misión? Es la presencia invisible del Dios Trinidad, el único Dios que es Padre, Hijo y Espíritu Santo, el Dios que es el santo amor. Como dice Pablo VI, “la Iglesia es un misterio. Es una realidad inmersa en la presencia escondida de Dios”²⁴. La Iglesia es el fruto de la gracia divina; su naturaleza y su misión no pueden comprenderse fuera del misterio del plan misericordioso de Dios para la salvación de toda la humanidad. El pueblo peregrino de Dios está “llamado a vivir de la fe en Dios, cuya generosidad no merecida es el alfa y la omega de la existencia misma de la Iglesia” (CLP, 5.6).

50. En cuanto católicos y metodistas, confesamos que la vida y las acciones de la Iglesia peregrina han hecho a veces

²³ Conferencia Metodista Británica, *Called to Love and Praise: The Nature of the Christian Church in Methodist Experience and Practice* [CLP] 1999, 3.1.10.

²⁴ Discurso de apertura, segunda sesión del Concilio Vaticano II, 29 de septiembre de 1963.

difícil ver más allá de su visibilidad, la presencia invisible de Dios. La Iglesia es una comunidad de hombres débiles y vulnerables que a menudo cometen faltas y caen, individualmente y todos juntos. “La Iglesia peregrina en este mundo es llamada por Cristo a esta reforma permanente de la que ella, como institución terrena y humana, necesita continuamente” (UR 6). La Iglesia está llamada a purificarse y a renovarse y debe arrepentirse de muchas cosas (cf. CLP 2.2.7). Existe el peligro de querer presentar una imagen idealizada de la Iglesia, que se parece poco a la realidad visible de la Iglesia tal como ella ha pasado a lo largo del tiempo y ha luchado en el curso de la historia. No obstante, creemos que Dios permanece fielmente presente en la Iglesia y que nos llama a la santidad, cualesquiera que sean nuestra debilidad humana y nuestros pecados. Esta fe se funda en la promesa de Jesús resucitado: “Estoy con vosotros hasta el fin de los tiempos” (Mt 28,20).

PARTICIPAR EN LA VIDA DE LA TRINIDAD

51. El misterio de la Iglesia se arraiga en el misterio de la Santísima Trinidad y en el misterio de la vida, de la muerte y de la resurrección del Verbo Encarnado. La vida interior de la Iglesia es una participación en la vida de Dios y en la misión de la Iglesia una participación en la misión del Hijo de Dios y del Espíritu. “Porque Dios ha amado tanto al mundo, envió a su Hijo y al Espíritu Santo para conducirnos a la comunión con él. Esta participación en la vida de Dios que resulta de la misión del Hijo y del Espíritu Santo, encuentra su expresión en una *koinonia* visible de los discípulos de Cristo, la Iglesia”²⁵. La *koinonia* (o comunión) se encuentra en el corazón mismo de la forma en que católicos y metodistas comprenden la naturaleza de la Iglesia.

52. La Iglesia nace de una iniciativa de la Santísima Trinidad y procede de la esfera de la gracia divina. “La revelación de Dios Trinidad es la fuente de la fe de la Iglesia, de su misión y de su vida sacramental”²⁶. La Iglesia no ha nacido de su

²⁵ *Hacia una declaración sobre la Iglesia*, n. 1.

²⁶ Comisión mixta internacional de diálogo entre la Iglesia católica y el Consejo metodista mundial, *La Palabra de vida. Informe de Río de*

propia iniciativa: “nace en el acto redentor de Dios en Cristo y vive en unión con la muerte y la resurrección de Cristo, reconfortada y guiada y poderosamente ayudada por el Espíritu Santo”²⁷. En cuanto miembros de la Iglesia de Cristo hoy, y en comunión con los cristianos de todos los tiempos, creemos continuar así formando parte de la vida y del misterio pascual del Hijo encarnado, sostenidos por el Espíritu de Dios.

53. El Nuevo Testamento proporciona una gran variedad de imágenes y de modelos, muchos de ellos reflejando la presentación del pueblo elegido de Dios en el Antiguo Testamento, para expresar lo que quiere decir ser la Iglesia, aunque “ninguno puede expresar de modo exhaustivo o suficientemente exacto lo que es la Iglesia, la totalidad de su misterio”²⁸. Todo esfuerzo teológico por describir a la Iglesia debería reflejar algo del misterio de la Santísima Trinidad. Tanto metodistas como católicos afirman la Iglesia como pueblo y familia de Dios Padre, cuerpo y esposa de Cristo, Dios Hijo encarnado y templo vivo de Dios Espíritu Santo. La *koinonia* o comunión de los discípulos de Cristo es un reflejo visible de la eterna *koinonia* o comunión de Dios Trinidad que es la fuente, el sentido, la meta y el destino de la Iglesia. De hecho, “la Iglesia es por esencia participación en la comunión de amor entre las tres Personas de la Trinidad”²⁹.

PUEBLO Y FAMILIA DE DIOS PADRE

54. “Dios es amor” (1Jn 4,8.16). El misterio de Dios es el misterio de su amor eterno. El amor superabundante del Padre crea la humanidad para comulgar con Él y es éste amor creador el que une a los discípulos de su Hijo en la comunidad visible de la Iglesia. Dios hace el don libre de su alianza y el pueblo de Israel se convierte en el pueblo real,

Janeiro (1996).

²⁷ *Hacia una declaración sobre la Iglesia*, n. 6.

²⁸ *Hacia una declaración sobre la Iglesia*, n. 4; cf. Comisión mixta internacional de diálogo entre la Iglesia católica y el Consejo metodista mundial, *La Tradición apostólica. Relación de Singapur (1991)*, en: A. González Montes, *Enchiridion Oecumenicum*, vol. 2, Salamanca 1993.

²⁹ *La Palabra de vida*, n. 109.

sacerdotal y profético de Dios mismo, elegido para ser una luz para las naciones. Por el don del Padre de una alianza nueva y eterna, sellada en la sangre de Cristo, Cordero de Dios, los que son “en Cristo” se convierten en “linaje elegido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido” para que se proclamen “las alabanzas de Aquel que os ha llamado de las tinieblas a su admirable luz” (1Pe 2,9). Por el poder unificador de su Espíritu de Amor, el Padre nos introduce en una comunión de vida con su Hijo bienamado. En Cristo nos convertimos en hijos e hijas adoptivos de Dios Padre, miembros de su familia real y consagrada, la Iglesia. Todo esto es fruto del amor creador del Padre que nos reúne.

CUERPO Y ESPOSA DE JESUCRISTO, DIOS HIJO ENCARNADO

55. “Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo el crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna” (Jn 3,16). Católicos y metodistas afirman juntos su fe en Jesucristo, el Dios encarnado, “Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero... de la misma naturaleza que el Padre”³⁰. Él es el *logos*, la Palabra, que es Dios desde toda la eternidad, que se hizo carne y habitó entre nosotros (cf. Jn 1,1-14). “Al comienzo” (Gn 1,1), por su Palabra el Padre ha creado todo lo que existe (cf. Jn 1,3). Por su Palabra encarnada el Padre comenzó su obra de creación nueva y reunió a los hijos de Dios dispersos. Es por la Palabra de Dios que se expresa a través de Cristo como la Iglesia fue y es “el lugar donde la Palabra de Dios es anunciada y escuchada, creída y confesada”³¹. La Palabra de Dios nos llega a través de las palabras de la sagrada escritura, y es Cristo por el Espíritu Santo el que nos abre la inteligencia para entender las escrituras en la vida, el culto y el testimonio ininterrumpidos de la comunidad de la Iglesia a lo largo de los tiempos (cf. Lc 24,54).

56. Los orígenes de la Iglesia están en Cristo mismo: “el cristianismo ha nacido de la vida, de la muerte y de la resurrección de Jesús... Como muestra el agrupamiento de los que marchaban con él y compartían con él una vida común, espe-

³⁰ Símbolo de Nicea-Constantinopla.

³¹ *La Tradición apostólica*, n. 15.

cialmente los Doce, el ministerio de Jesús creó una comunidad. Tras la resurrección, esta comunidad compartió la vida nueva conferida por el Espíritu y, muy pronto, se llamó Iglesia. Bautizados en la fe y proclamando al Señor crucificado y resucitado, los miembros estaban unidos por el Espíritu y una vida marcada por la enseñanza apostólica, la oración común, la fracción del pan y, con frecuencia, por una cierta comunidad de bienes; y los que se convertían y eran atraídos hacia ellos se convertían en parte integrante de esta *koinonia*³². Esta comunión fecunda con Cristo resucitado es tan profunda que llamamos a la Iglesia “esposa de Cristo” y “cuerpo de Cristo”. Cristo es la verdadera viña y nosotros somos sus sarmientos que produce fruto porque él permanece en nosotros y nosotros permanecemos en él (cf. Jn 15,1-17).

A él, la piedra angular,
Las piedras vivas están unidas;
Uno son Cristo y su Iglesia,
Un solo cuerpo, una sola viña³³.

Si permanecemos fieles a su mandamiento de amor, nosotros mismos vivimos en su amor; si vivimos en el amor que permite el sacrificio de sí mismo, a ejemplo de Cristo, entonces el gozo de Cristo viene a nosotros y el nuestro es completo. Así hemos sido elegidos para ir, dar fruto y que este fruto permanezca (cf. Jn 15,16). Esta unión íntima con Cristo es el don de Dios a su Iglesia; es conservado, profundizado y renovado por el anuncio de la palabra y la fracción del pan.

Oh tú, que has partido en Emaús
Este pan misterioso,
Vuelve para alimentar nuestras almas
Y habla a tus discípulos.
Quita el sello al volumen de tu gracia
Haznos vivir el Evangelio,
Abre nuestros ojos para ver tu rostro,
Nuestros corazones para conocer al Padre³⁴.

³² *Hacia una declaración sobre la Iglesia*, n. 2.

³³ Charles Wesley, Himno *See where our great High Priest* (*Hymns & Psalms*, n.622).

³⁴ Charles Wesley, Himno *O thou who this misterious bread* (*Hymns & Psalms*, n.621).

Para los católicos y los metodistas la llamada a la santidad y la llamada a ser Iglesia van a la par, espiritualidad y teología son inseparables.

57. Como la primera comunidad de los discípulos de Cristo y la comunidad de los fieles a lo largo de los tiempos, la Iglesia está hoy arraigada en la Palabra del Padre y en el poder del Espíritu Santo que nos reúne. La Iglesia ha sido llamada por Cristo resucitado que se dirige a cada uno de nosotros diciéndonos: ven, sígueme y ve en mi nombre. Somos transformados por su presencia y nos convertimos en un pueblo nuevo, dispuesto y capaz de seguirlo y de vivir una vida nueva en Cristo. Nos envía al mundo para anunciar con gozo la buena nueva del amor de Dios para toda la humanidad y para “hacer discípulos de todas las naciones” (Mt 28,20). La llamada de Jesús a la comunión con él (“Ven”) es inseparable de su llamada a comulgar en su misión (“ve en mi nombre”). Jesús sabía que él había sido enviado por el Padre. Si nosotros estamos verdaderamente unidos a Cristo como su esposa y su cuerpo y como los sarmientos de la viña, seremos también arrastrados a su misión de llevar al mundo el amor salvífico de Dios y de invitar a los hombres al banquete del Reino.

EL ESPÍRITU SANTO, TEMPLO VIVO DE DIOS

58. Sin la presencia del Espíritu Santo que vivifica, refuerza y transforma, nada de esto sería posible para la Iglesia. metodistas y católicos afirman juntos su fe en el Espíritu Santo “Señor y dador de vida”³⁵. Al comienzo el Espíritu de Dios planeaba sobre las aguas del caos para darles luz y vida, y Dios lo insufló en Adán, su creación humana. El mismo Espíritu inspiraba a los profetas, prometiendo un comienzo nuevo, una creación nueva, una alianza nueva. En este comienzo nuevo, el Espíritu Santo planeaba sobre la Iglesia aportando la vida nueva prometida por Cristo, el nuevo Adán, el Espíritu es el vínculo invisible de comunión (cf. 2Cor 13,13) que une a los cristianos a Cristo y unos a otros, igual que las comunidades locales unas a otras en la única Iglesia de Cristo. En la Iglesia, el Espíritu es el vínculo de comunión y de conexión a

³⁵ Símbolo de Nicea-Constantinopla.

través del espacio y el tiempo. El Espíritu eterno de Dios es el gran don escatológico de Dios (cf. Jl 2,28-29) que nos da desde ahora un anticipo del banquete eterno y de nuestra eventual comunión plena con la Santísima Trinidad.

59. Residiendo en la Iglesia, el Espíritu Santo preserva la comunión eclesial con los apóstoles y con los fieles a través de los tiempo, así como guía a la Iglesia hacia la verdad entera. Inmutable de generación en generación, el Espíritu es la continuidad viva de la Iglesia que hace posible el memorial de Cristo por el que nosotros participamos aquí y ahora en la vida, la muerte y la resurrección del Señor; y esperamos su retorno en la gloria. Este mismo Espíritu estimula el peregrinaje de la Iglesia. “Por el poder y la presencia del Espíritu, los fieles reciben gracia sobre gracia”³⁶. El Espíritu Santo es también el poder del amor transformador de Dios, que llama a todos los hombres a la santidad y que actúa en el corazón de los creyentes y en sus comunidades para obtener la renovación y la conversión que necesitan. El Espíritu Santo da testimonio de Cristo en el mundo (Jn 15,26), unge a todos los creyentes para la obra de testimonio y para el anuncio de la buena nueva de Jesucristo. El don del Espíritu a la Iglesia aporta muchos dones que sirven a su unidad y a su misión. “El Espíritu es el hilo invisible que corre a lo largo de la acción de la Iglesia en el mundo, permitiendo a nuestras inteligencias oír y recibir la Palabra... y dándonos bocas para expresarla (Jn 14,26; 16, 13-14; Hech 4,31). Poniéndonos en relación unos con otros y con Cristo, nuestro Jefe, el Espíritu Santo da al pueblo de Dios una forma coherente y variada. En el seno de este pueblo, tal como es y para este pueblo tal como será, el Espíritu Santo nos invita a participar en el servicio de Aquel que vino para servir”³⁷.

LA COMUNIÓN VISIBLE COMO SIGNO DE LA KOINONÍA INVISIBLE

60. La Iglesia es por naturaleza una “sociedad de interrelaciones”, “una red viva de relaciones interactivas”. Metodistas y católicos ven una dimensión esencialmente ‘conectiva’

³⁶ *La tradición apostólica*, n. 32.

³⁷ *La tradición apostólica*, n. 52.

en la llamada de Cristo invitándolos a seguirlo, a la santidad y a la misión que son siempre dones de Dios, arraigados en nuestra participación en la *koinonía* invisible que es la vida de la Santísima Trinidad. Desde la primera llamada de Jesús a sus apóstoles, ser ‘llamados’ significa ‘ser reunidos’ –en comunidades locales (Iglesias) y en una sola comunión (la Iglesia). Un cristianismo privado e individualista no podría existir. Ser cristianos es estar reunidos en Cristo, por el poder del Espíritu Santo. “La fe es siempre personal, pero no es nunca privada, pues agrega al creyente a la comunidad de fe”³⁸. Este principio de conexión deriva de la misma comprensión que católicos y metodistas tienen de la santidad: la santidad no es nunca un asunto privado, sino una llamada a un amor perfecto para Dios y los unos para los otros. “Y porque el amor es la verdadera medida de la santidad, esta santidad tiene su medio natural en la fraternidad cristiana y no fuera” (CLP, 4.3.9). Porque nuestra comunión se arraiga en el amor santo del Dios vivo, significa participar en una vida de santidad y de amor mutuo. Esta vía de comunión incluye “una profunda unión entre los participantes, a la vez visible e invisible, que encuentra su expresión en la fe y la estructura eclesial, en la oración y los sacramentos, en la misión y el servicio”³⁹.

61. Esta dinámica de conexión y de comunión no pertenece sólo a los discípulos localmente reunidos en una comunidad, sino también a la comunidad de estas comunidades locales o a nivel mundial, unidas en una sola Iglesia, el Cuerpo de Cristo. La Iglesia de Cristo está verdaderamente presente y activa en todas las asambleas locales de los fieles reunidos para la predicación del Evangelio y para la celebración de la eucaristía. Pero para ser verdaderamente eclesial, cada comunidad debe abrirse a la comunión con las otras comunidades. Los cristianos y sus comunidades están esencialmente vinculados entre ellos en una red de relaciones e interdependencias mutuas. En san Pablo, la imagen de la Iglesia como Cuerpo de Cristo expresa poderosamente esta conectividad fundamental: “Cada órgano o miembro tiene una función distinta pero pertenece a un todo vivo. De la misma manera, ni

³⁸ *La Palabra de vida*, n. 113.

³⁹ *Hacia una declaración sobre la Iglesia*, n. 23.

los cristianos ni las Iglesias, tomados individualmente funcionan eficazmente de modo aislado, sino que dependen de un conjunto más amplio. Y esto que es verdadero para los individuos y las Iglesias es igualmente verdadero para las Iglesias regionales y nacionales. La Iglesia de Cristo es un conjunto interdependiente pues en definitiva no hay más que ‘un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y padre de todos que reina sobre todos, actúa por todos y permanece en todos’ (Ef 4,5-6)” (CLP, 4.3.9). El bautismo es la puerta por la que accedemos a la comunión en Cristo y a estas relaciones que constituyen la Iglesia de Cristo. Esta visión conectiva de la Iglesia significa que católicos y metodistas reconocen la necesidad de ministerios pastorales de unidad y de supervisión (episcopé) tangibles en la Iglesia única de Cristo. Católicos y metodistas creen firmemente que Cristo quiere la unidad visible de la Iglesia universal, aunque puedan tener opiniones diferentes sobre las estructuras que consideran necesarias para esta comunión plena.

62. La Iglesia está llamada a ser para el mundo un signo concreto del plan salvífico y de unidad de Dios para toda la humanidad, y un anticipo de nuestra reunión final por Dios en el cielo. La unidad visible es pues esencial a la naturaleza y la misión de la Iglesia. Toda división es contraria a la voluntad de Cristo para su Iglesia –que “todos sean uno” (Jn 17,21)– y obstaculiza gravemente la misión de la Iglesia. Como católicos y metodistas, estamos comprometidos a seguir juntos el camino que lleva a la unidad plena y visible en la fe, la misión y la vida sacramental⁴⁰.

Tocados por el imán de tu amor,
Que nuestros corazones estén de acuerdo,
Y marchen siempre uno hacia otro
Y marchen siempre hacia Ti⁴¹.

⁴⁰ *Hacia una declaración sobre la Iglesia*, n. 20.

⁴¹ Charles Wesley, Himno *Jesus, united by thy grace* (*Hymns & Psalms*, n.773).

63. La comunión es mucho más que coexistencia, es una existencia compartida. El intercambio mutuo está en el corazón de una vida de santidad (CLP 3.1.8). La comunión significa tener en común los numerosos dones que Dios a ofrecido a la Iglesia. Cuanto más compartimos estos dones, más estamos en comunión unos con otros. Estamos en comunión plena cuando compartimos juntos todos estos dones esenciales de gracia que creemos que han sido dados por Dios a la Iglesia. Metodistas y católicos todavía no están de acuerdo sobre lo que constituye estos dones esenciales en los campos de la doctrina, los sacramentos y la estructura eclesial. No obstante, reafirmamos juntos con gozo las palabras del papa Juan XXIII: “Lo que nos une es mucho más fuerte que lo que nos divide”⁴²; el diálogo que prosigue entre nosotros no es sólo un intercambio de ideas, sino siempre, de algún modo, un “intercambio de dones” (UUS 28).

64. Participamos juntos del don del Espíritu que es fuente de nuestra comunión en Cristo. Metodistas y católicos viven ya en una comunión verdadera aunque imperfecta, unos con otros. Nos alegramos de descubrir recíprocamente en nuestras comunidades numerosos miembros esenciales de la Iglesia de Cristo. Nuestra comunión se intensifica cuando aprendemos a reconocer los dones de Dios unos en los otros.

MARCADOS POR EL SIGNO DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

65. Una comunidad visible que está en *koinonia* con Dios muestra necesariamente signos visibles, aunque imperfectos, de la presencia invisible del Dios Trinidad. El misterio de la Iglesia lleva la marca del misterio de Dios. Metodistas y católicos confiesan con gozo, en el símbolo de Nicea-Constantinopla, a la “Iglesia, una, santa, católica y apostólica”. Estas cuatro marcas o características tradicionales de la Iglesia derivan de su creación por la divina Trinidad y de su comunión con ella, que es una en la comunión de las Tres Personas, perfecta en un santo amor, que engloba todo en su plan de

⁴² Citado por Juan Pablo II, UUS 20.

reconciliación, y supremamente generosa en el envío del Hijo y del Espíritu Santo (CLP 2.4).

66. Unidad, santidad, catolicidad y apostolicidad son ya dones de Dios a su Iglesia, signos de la presencia ininterrumpida y fiel de Dios. Pero somos un pueblo en peregrinación; y estas marcas son a la vez dones y objetivos, ya presentes pero todavía no completamente realizados. Como buscamos en ponernos, nosotros y nuestras comunidades, al servicio de la misión divina, buscamos también, por la gracia de Dios, progresar hacia una santificación plena: “Lo mismo que la Iglesia aspira a la unidad de sus miembros en el amor y ora por esto en la liturgia, también espera en la esperanza los dones espirituales que la llevarán a un mayor grado de santidad, una plenitud cada vez más evidente de catolicidad, y una fidelidad mayor en la apostolicidad. La búsqueda de la perfección en las notas de la Iglesia dadas por Dios implica un imperativo ecuménico. Todas las Iglesias cristianas están obligadas a orar y trabajar con vistas a una restauración eventual de la unidad orgánica”⁴³.

MARCADOS POR LOS SIGNOS DE LA VIDA, DE LA CRUZ Y DE LA RESURRECCIÓN DE CRISTO

67. La vida, la muerte y la resurrección de Jesús, así como el don del Espíritu Santo, “determinen la identidad, constituyen el mensaje y hacen posible la misión de la Iglesia” (CLP 2.3.4). Si la Iglesia vive en unión con Cristo, llevará signos visibles de su misterio salvífico.

68. “El reino de Dios es una realidad a la vez presente y futuro” (BD, p.44). Cristo anunció que el reino de su Padre estaba cerca. Este anuncio estaba en el corazón de su mensaje; permanece pues en el corazón de la misión de su Iglesia. Cristo hizo milagros, como signo del poder del reino de Dios, que él encarnaba. Su Iglesia anuncia el reino; y ella es un signo colectivo vivo del reino de Dios: “la Iglesia está llamada a ser el lugar en el que se identifican y se reconocen los primeros signos del reino en el mundo” (BD, P. 44; cf. LG 5). En

⁴³ *Decir la verdad en el amor*, n. 28.

el nombre de Cristo, y con el poder de su Espíritu, la Iglesia sirve al reino de Dios actuando para la curación y la transformación del mundo aquí y ahora.

69. Católicos y metodistas reconocen como uno de los aspectos esenciales de su vocación el compromiso a servir a los pobres y los oprimidos de nuestra época. Ven en la Iglesia un instrumento que puede servir a llevar la paz y la justicia de Dios a todo el pueblo de Dios: “La salvación personal implica siempre un compromiso en la misión y el servicio a los otros. Uniendo el corazón y la mano, afirmamos que la religión personal, el testimonio evangélico y la acción social cristiana son recíprocos y se refuerzan mutuamente. La santidad según la escritura implica más que una piedad personal; el amor de Dios está siempre vinculado al amor al prójimo, la pasión por la justicia y la renovación de la vida” (BD, p.47). Como Cristo se ponía a la escucha de los reprobados de la sociedad de su tiempo con el fin de devolver al dignidad a su existencia, así la Iglesia está llamada a estar atenta en su nombre con el fin de alcanzar y transformar la vida de los ‘intocables’ y de las personas marginadas de nuestro mundo. Cristo llama a sus discípulos a ser los servidores de todos (cf. Mc 9,35).

70. En cuanto signo colectivo en el mundo de Cristo en la cruz, la Iglesia está llamada a una vida de amor que pasa por el don de sí y busca siempre servir más que ser servido, a una vida de *diakonia* humilde y desdibujada en la que estamos dispuestos a lavar los pies de aquellos entre los que vivimos, a compartir las penas del pueblo de Dios y a sufrir con ellos en comunión con el Servidor sufriente que fue conducido al suplicio como un cordero. Por el bautismo en Cristo hemos sido bautizados “en su muerte” (Rm 6,3). La Iglesia está llamada a comulgar en la muerte de Cristo, a morir con él, crucificada con él. Como el Señor resucitado cuando se apareció a sus discípulos, la Iglesia estará marcada por signos de la crucifixión en testimonio, ante nuestro mundo que duda, del amor vivo del Señor resucitado.

71. Hemos sido bautizados ya en la muerte de Cristo con el fin de que participemos en su resurrección y de que “lleemos una vida nueva” (Rm 6,4). Metodistas y católicos afirman juntos con gozo la resurrección de Jesucristo. La convicción profunda de que “Cristo ha resucitado” está en el corazón de todo lo que tienen en común. La Iglesia está llamada a ser una

comunidad pascual, distinguiéndose por el gozo de la resurrección del Señor. Como María de Magdala y los apóstoles, los cristianos hoy no deben buscar a Cristo entre los muertos, sino que deben proclamarlo resucitado y vivo:

Apresuraos, pues, almas que habéis creído las primeras,
Que osáis acoger la palabra del Evangelio,
Con gozo confesad vuestra fe
Con osadía sed testigos de Jesús.
Id, decid a los discípulos del Señor
Que su Jesús ha vuelto a la vida.
Vive, para que ellos puedan encontrar su vida.
Vive para despertar a la humanidad entera⁴⁴.

El Concilio Vaticano II resumió la misión de toda la Iglesia en su descripción de la vocación de cada individuo: ser “delante del mundo el testigo de la resurrección y de la vida del Señor Jesús y signo del Dios vivo” (LG 38).

MARCADOS POR EL SIGNO DE PENTECOSTÉS

72. Los apóstoles, después de la crucifixión, tenían naturalmente miedo y se encerraron en la habitación de arriba. La Iglesia puede tener la tentación de hacer lo mismo frente a sociedades y culturas cuyas actitudes van de la apatía hacia la enseñanza y los valores del Evangelio a la persecución. El Señor resucitado vino a los apóstoles con palabras de paz para disipar su temor e infundió sobre ellos el Espíritu. La llamada que les dirigió es también su llamada a toda la Iglesia fundada sobre ellos: “Como el Padre me envió así os envío yo a vosotros” (Jn 20,21). Los cristianos y sus comunidades pueden tener la tentación de interesarse sólo por su “familia de fieles” y su culto, descuidando la misión y el testimonio. Como esto tuvo lugar en Pentecostés, el Espíritu Santo viene con poder a inflamar los corazones y los espíritu de celo por Cristo y su Evangelio. Nos hace salir de nuestras “habitaciones de arriba” para ir hacia el mundo a anunciar la gozosa noticia de que Cristo ha resucitado. Nuestra enseñanza de metodistas y católicos exige

⁴⁴ Charles Wesley, Himno *All ye that seek the Lord who died* (*Hymns & Psalms*, n.188).

que cada comunidad de Iglesia lleve las marcas de Pentecostés, los signos del Espíritu Santo: “En este espíritu, estamos llamados a participar en la misión de Cristo. En este Espíritu, nos convertiremos en el pueblo de Pentecostés, los apóstoles de nuestro tiempo”⁴⁵. Escuchamos al Señor que nos dice de nuevo: “recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén... hasta los confines de la tierra” (Hech 1,8). Así, nos convertimos verdaderamente en una comunidad de fe y de amor, que anticipa y marcha hacia nuestro destino final con y en Dios.

PARTICIPAR EN LA MISIÓN DIVINA

73. Participar en la misión del Hijo y del Espíritu en el mundo está en el centro de nuestra comprensión común de la naturaleza de la Iglesia. La naturaleza y la misión de la Iglesia son inseparables. La llamada a una santidad personal, la llamada a la comunión y la llamada a la misión forman parte de un todo: “Nuestra conexión y comunión los unos con los otros sirve para nuestro crecimiento hacia la santidad y nuestra participación en la misión de Dios”⁴⁶. “La fe se exterioriza en misión”⁴⁷; y “la comunión cristiana como *koinonia* incluye necesariamente la comunión en la misión”⁴⁸.

74. Metodistas y católicos profesan juntos una visión fundamental trinitaria de la naturaleza y de la misión de la Iglesia que es querida por el Padre, nos es confiada por Cristo y que finalmente el Espíritu Santo nos da fuerza para llevarla a cabo. Como dice el Concilio Vaticano II: “Por su naturaleza, la Iglesia, durante su peregrinación sobre la tierra, es misionera, porque ella misma tiene su origen en la misión del Hijo y la misión del Espíritu Santo según el designio de Dios Padre (AG 2). La misión de la Iglesia es una participación en la misión siempre activa del Hijo y del Espíritu Santo,

⁴⁵ Juan Pablo II, *Homilía para una ceremonia de confirmación*, Coventry (Inglaterra) 1982.

⁴⁶ *Decir la verdad en el amor*, n. 48.

⁴⁷ *Decir la verdad en el amor*, n. 9.

⁴⁸ *Decir la verdad en el amor*, n. 123.

que expresa el amor del Padre por toda la humanidad⁴⁹. La comunión en el Dios Trinidad es la vida misma de la Iglesia, la comunión en la misión del Hijo de Dios y del Espíritu es la misión misma de la Iglesia.

75. Esta visión común del don que el Padre hace a la Iglesia de participar en la misión del Hijo y el Espíritu tiene sus raíces en nuestra afirmación común de la libre decisión de Dios de permitirnos tomar parte en su obra de salvación. Esto tiene lugar en virtud de su gracia, que nos viene en primer lugar como don gratuito de Dios. “La Iglesia, como comunidad de la nueva alianza, participa en el ministerio de gracia de Cristo a través de los tiempos y en el mundo entero” (BD, p.89).

76. La Relación de Brighton confirmaba nuestra doctrina común de ‘colaboración’ por la gracia y la ‘participación’ en la obra de Dios, que nos permite llamar a los cristianos, con san Pablo, ‘colaboradores de Dios’ (cf. 1Cor 3,9). “Los metodistas y los católicos están, (...) de acuerdo en que Dios actúa a través de los hombres en cuanto servidores, signos e instrumentos de su presencia y su acción. Aunque no se limite a estos modos de actuar, afirmamos gozosamente juntos que eligió libremente actuar sirviéndose de comunidades humanas y de individuos, aptos para esto por su gracia. La Iglesia entera está llamada a ser un canal de la gracia de Dios al mundo; en el seno de la Iglesia los individuos y las instituciones se convierten en agentes del Señor y así en servidores de sus hermanos y hermanas”⁵⁰.

77. Este acuerdo entre católicos y metodistas sobre la necesidad de una “participación libre y activa, por la gracia, en la obra de la salvación de Dios”⁵¹ se sitúa en el corazón mismo de la posibilidad de avanzar juntos hacia una concepción común de la naturaleza y la misión de la Iglesia, que utiliza conceptos asociados a la ‘sacramentalidad’: “El misterio de la Palabra hecha carne y el misterio sacramental de la eucaristía orientan hacia una visión de la Iglesia fundada sobre la idea sacramental, es decir que la Iglesia obtiene su

⁴⁹ Cf. *La Palabra de vida*, n. 73; *La tradición apostólica*, n. 7.

⁵⁰ *Decir la verdad en el amor*, n. 49.

⁵¹ *Decir la verdad en el amor*, n. 52.

forma de la Encarnación de la que proviene y de la acción eucarística por la que su vida se renueva sin cesar”⁵². Aunque algunos hayan dudado en referirse a la Iglesia como a un sacramento, numerosas fases de nuestro diálogo han tratado del concepto de Iglesia como ‘medio de gracia’, tema sobre el que metodistas y católicos están de acuerdo. Llena del Espíritu de Dios, la Iglesia “se hace capaz de servir como signo, como sacramento y como precursor del Reino de Dios en este tiempo entre el ‘ya’ y el ‘todavía no’”⁵³. Cristo resucitado está presente en el corazón de la vida de su Iglesia, actuando en y por la Iglesia que él une a sí como signo común e instrumento de su presencia salvífica. Sólo la presencia del Espíritu Santo permite a la Iglesia ser signo o sacramento del Cristo resucitado para el universo entero⁵⁴. Metodistas y católicos afirman juntos que “en todas las situaciones, la verdad subyacente de la naturaleza y del fin de la Iglesia sigue siendo la misma: mediante su vida y su testimonio, la Iglesia *muestra* la realidad última del Reino de Dios, que se realiza en Jesucristo; por su participación y su culto, ella lo *anticipa*; y por su misión, es *un instrumento* de éste” (CLP, 2.3.19; el subrayado es nuestro).

78. En el curso de nuestro diálogo, cada uno de nosotros ha progresado en su comprensión y su reconocimiento de los ‘medios de gracia’ de los que el otro está ricamente dotado. No hemos llegado todavía a un acuerdo completo sobre la naturaleza de los medios de gracia pero hemos constatado una convergencia sustancial: “Los metodistas y los católicos constatan una convergencia significativa en la comprensión de los medios de gracia. Estamos de acuerdo en que Dios ha prometido estar con su Iglesia hasta el fin de los tiempos (cf. Mt 28,20), y que todos los medios de gracia, ya se trate de sacramentos o de sacramentales, de medios prudenciales o instituidos de gracia, son canales de la fidelidad de Dios a su promesa”⁵⁵. Católicos y Metodistas reconocen plenamente sus celebraciones del sacramento del bautismo. Nuestro bau-

⁵² *Hacia una declaración sobre la Iglesia*, n. 10.

⁵³ *Hacia una declaración sobre la Iglesia*, n. 8; véase LG 5; CLP 3.1.10, 3.2.1.

⁵⁴ Cf. la enseñanza del Concilio Vaticano II sobre la Iglesia “como sacramento universal de salvación” (LG 48).

⁵⁵ *Decir la verdad en el amor*, n. 61.

tismo común en el nombre de la Trinidad es nuestro vínculo sacramental de unidad, el fundamento visible de la profunda comunión que existe ya entre nosotros y que nos impulsa a una unidad cada vez más profunda de unos con otros así como a participar cada vez más en la vida y la misión del mismo Cristo.

79. Mientras que afirmamos con gozo la participación de la Iglesia en la misión divina, debemos tener humildemente conciencia “de apoyarnos en la primacía de la gracia de Dios, que puede sobre todas las debilidades y limitaciones humanas, y en la presencia invisible, activa y poderosa del Espíritu Santo que sopla donde quiere”⁵⁶. Damos gracias juntos al Padre de que el poder de su Hijo pueda brillar a través de nuestra debilidad humana: “Tú eliges a los débiles y los haces fuertes en el testimonio que dan de ti por Jesucristo, nuestro Señor”⁵⁷.

80. La realidad más profunda de la Iglesia es su comunión invisible con el Señor resucitado, por el poder del Espíritu Santo. El Hijo de Dios es el ‘Enviado’ y ser arrastrado a la vida de Cristo implicará siempre ser arrastrado a la misión que él recibió del Padre. La comunión con la persona de Cristo nos compromete en la comunión en la misión de Cristo. “Semejante participación en la misión de Cristo sólo es posible por la efusión del Espíritu Santo (...). En el Espíritu la comunidad de la proclamación se convierte ella misma en un evangelio vivo dirigido a todos”⁵⁸. Es precisamente el Espíritu Santo el que da la fuerza a todo el pueblo profético de Dios, laicos y ministros reunidos, para dar testimonio de él y participar en su misión; por su poder, nos atrae hacia una profunda comunión con Cristo mismo.

81. Compartir la misión del Hijo de Dios y del Espíritu Santo no podría ser una opción para los cristianos y sus comunidades: “No puede haber escapatatoria, ni delegación de esta responsabilidad; o la Iglesia es fiel en cuanto comunidad en el testimonio y el servicio a los otros, o pierde su vitalidad y su influencia sobre un mundo incrédulo” (BD, p.90). La evangelización, anuncio verdadero de la buena nueva de

⁵⁶ *Decir la verdad en el amor*, n. 52.

⁵⁷ Misal romano. Prefacio de los mártires.

⁵⁸ *La Palabra de vida*, n. 75.

Jesucristo en el mundo es “la gracia y la vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda”⁵⁹. Éste es el sentido más rico de la palabra ‘tradición’: la Iglesia debe proseguir en el espacio y en el tiempo, para todos los pueblos y todas las generaciones, la misión redentora de Cristo realizada de una vez para siempre”⁶⁰.

COMUNIÓN CON EL PASADO Y EL FUTURO

82. Las dimensiones pasada, presente y futura de la obra salvífica de Dios deben ser conservadas juntas. El Verbo encarnado habla por la Iglesia, prosiguiendo y transmitiendo su obra de salvación de generación en generación. Al servicio de Cristo, la comunión dinámica, la conectividad y la continuidad de su Iglesia peregrina con la Iglesia del pasado y del futuro son hoy esenciales: “La comunión significa, pues, comunión con la Iglesia de los que nos han precedido en la fe a lo largo de los tiempos”⁶¹.

Vayamos, reunámonos con nuestros amigos
Que han sido recompensados
Y sobre alas de águila de amor
Subamos hacia los gozos celestes:
Que todos los santos de la tierra canten
Con los que están en la gloria:
Pues todos los servidores del Rey
Son uno sobre la tierra y en el cielo.
En él somos una familia,
Una Iglesia en lo alto y abajo,
Todavía separados por el río
El estrecho río de la muerte:
Un solo ejército de Dios vivo,
Nos inclinamos a sus órdenes:
Una legión ha atravesado las aguas,
Otra las atraviesa ahora⁶².

⁵⁹ Pablo VI, Encíclica *Evangelii nuntiandi* (1975), n. 14.

⁶⁰ *La Palabra de vida*, n. 74.

⁶¹ *La Palabra de vida*, n.126; cf. *La Tradición apostólica*, n. 18.

⁶² Charles Wesley, Himno *Come, let us join our friends above* (*Hymns & Psalms*, n.812).

83. El Espíritu Santo es la fuente de nuestra comunión con los apóstoles y con la Iglesia a través de los tiempos; por él, la Iglesia transmite a su vez la fe apostólica al mundo de hoy y de mañana. La Iglesia no vive en el pasado y no podemos simplemente repetir lo que las generaciones pasadas han hecho o dicho. El Espíritu de Verdad funciona en una dinámica de continuidad y cambio, formando y enriqueciendo la memoria de la comunidad, hablando a la Iglesia de cosas por venir y conduciéndola hacia el futuro con esperanza⁶³. El Espíritu es el poder de comunión vital que hace posible nuestra participación aquí y ahora en los acontecimientos salvíficos de la vida, la muerte y la resurrección de Cristo anticipando su retorno: “Es esta permanencia en Cristo y en el Espíritu la que da a la Iglesia su identidad y la comprensión de éste, y la mantiene en la fidelidad al Evangelio que tiene como misión proclamar al mundo”⁶⁴.

GUIADOS POR EL ESPÍRITU DEL SEÑOR

84. Preservar la tradición apostólica ha sido a veces para la Iglesia un combate. Católicos y metodistas difieren en su evaluación de algunos de los signos de fidelidad y perseverancia del pasado; pero “estamos ciertamente de acuerdo en que la fidelidad de Dios ha preservado a su Iglesia, a pesar de las faltas, los errores y los fallos evidentes de su historia”⁶⁵. Toda la comunidad de fe ha recibido el sello del Don del Espíritu Santo que “preserva en la Iglesia la verdad del Evangelio proclamado por Cristo y los apóstoles”⁶⁶. Porque la Iglesia ha recibido la promesa de la presencia del Espíritu, está “ungida en la verdad”, “permanece en la verdad” y está “preservada en la verdad”, de tal modo que los cristianos juntos pueden ser “cooperadores en la verdad”, bajo la guía del Espíritu de Verdad⁶⁷. Con acentos diversos, metodistas y católicos afirman “a la vez la fragilidad humana y la indefectibilidad, dada por Dios, de la Iglesia de Cristo. El tesoro del misterio de

⁶³ Cf. Jn 16,13; *La tradición apostólica*, n. 35, 31, 20.

⁶⁴ *La tradición apostólica*, n.33.

⁶⁵ *La Palabra de vida*, n. 127.

⁶⁶ *Decir la verdad en el amor*, n. 118.

⁶⁷ Cf. *Decir la verdad en el amor*, n. 30-45.

Cristo está contenido en las vasijas de barro de la existencia cotidiana de la Iglesia peregrina, que es una comunidad que necesita permanentemente purificación y reforma”⁶⁸

85. Toda renovación, toda reforma verdadera en la Iglesia es obra del Espíritu Santo que dispone la comunidad de fieles a la escucha de la palabra de Dios y les permite avanzar juntos en la vida, la fe y el testimonio. Afirmamos juntos la naturaleza esencialmente dinámica de la Iglesia peregrina, que no sólo tiene una necesidad permanente de renovación sino que está siempre en camino hacia la santidad y la verdad, guiada por el Espíritu infalible de Santidad y Verdad⁶⁹. Este proceso sobreentiende una evolución en la comprensión que tiene la Iglesia de su doctrina, pero más aún: “debe crecer en el amor para llegar a un conocimiento aún más íntimo de las riquezas de la fe. En otras palabras, debe crecer en santidad”⁷⁰.

DON Y DONES DEL ESPÍRITU

86. El don del Espíritu Santo, la presencia transformadora del Espíritu de amor perfecto están en el centro de nuestra visión común de la Iglesia. Esta naturaleza fundamental de la Iglesia en cuanto don da su fruto en la abundancia de dones y gracias confiados por Dios a la Iglesia que con gozo, para muchos de entre nosotros, reconocemos y confirmamos en las comunidades de unos y otros. Tal afirmación mutua es una dimensión vital de nuestro deseo “de reconocimiento mutuo del carácter eclesial de nuestras comunidades”⁷¹. “Incluso en nuestro estado de separación, se han desarrollado muchos dones diversos en nuestras tradiciones. Aunque compartimos ya algunas de nuestras riquezas, aspiramos a compartir más a medida que nos acercamos más a la unidad plena”⁷².

⁶⁸ *Decir la verdad en el amor*, n. 39.

⁶⁹ Cf. Charles Wesley, Himno *Captain of Israel's host, and Guide Hymns & Psalms*, n.62). donde la Iglesia se dice que es “conducida por tu inefable Espíritu”.

⁷⁰ *La Palabra de vida*, n. 61.

⁷¹ *Hacia una declaración sobre la Iglesia*, n. 22.

⁷² *Hacia una declaración sobre la Iglesia*, n. 23.

87. Todos estos dones reunidos son elementos y bienes que construyen y vivifican la Iglesia (cf. UR 3). Tienen como objetivo servir a la comunión y la misión de la Iglesia. Comprenden “la palabra de Dios escritas, la vida de la gracia, la fe, la esperanza y la caridad, otros dones interiores del Espíritu Santo y otros elementos visibles” (UR 3). Entre los elementos visibles figuran los medios de gracia que son determinantes en la vida de nuestras dos tradiciones, en particular el bautismo y la eucaristía, así como otros ritos de los que se puede decir que tienen una cualidad sacramental⁷³. Otro don esencial es el ministerio apostólico, que comprende un ministerio específico de ‘supervisión’ (*episcopé*). Para los católicos, estos dones del Espíritu Santo incluyen el episcopado en la sucesión apostólica y el ministerio petrino del Obispo de Roma. Los metodistas en cuanto a ellos incluyen la ‘Conferencia cristiana’.

88. El mismo Espíritu actúa en todos los bautizados a través de las generaciones y en el universo entero. La comunidad entera ha recibido la unción del Espíritu Santo que le da su fuerza. Esta confianza en que el Espíritu nos colma de dones no significa que estemos ciegos ante la incapacidad de los cristianos, solos o reunidos, para responder a su presencia y usar sus dones: “existen, seguro, períodos en los que los cristianos no siguen las orientaciones del Espíritu como deberían hacerlo. Les falta fidelidad a Cristo; son tibios en el culto de Dios; muestran poco amor unos a otros y su acción misionera se debilita”⁷⁴. Pero el Espíritu de Dios permanece con la Iglesia como su fuente de vida y de esperanza.

MINISTERIO AL SERVICIO DE LA COMUNIÓN Y DE LA MISIÓN

89. Católicos y metodistas afirman juntos que en el servicio apostólico de toda la comunidad, “ha habido desde el principio un ministerio únicamente llamado y habilitado para edificar el cuerpo de Cristo en el amor”⁷⁵. Católicos y metodistas consideran este ministerio como un don de Dios a la Iglesia, un servicio en la gracia de la comunión viva de la Igle-

⁷³ Cf. *Decir la verdad en el amor*, n. 60.

⁷⁴ *La Tradición apostólica*, n. 62.

⁷⁵ *La Palabra de vida*, n. 84.

sia con Cristo a través del mundo y de los tiempos. “La Iglesia es como una célula viva cuyo núcleo es Cristo; la comunidad, creciendo y multiplicándose, conserva su designio inicial. Las comunidades apostólicas necesitan gentes para que hagan en su época lo que los apóstoles hicieron en la suya: apacentar, enseñar y servir bajo la autoridad del Buen Pastor y Maestro, el Señor Servidor”⁷⁶.

90. En el curso de nuestro diálogo, nuestras visiones recíprocas del ministerio ordenado se han aproximado considerablemente; lo consideramos de hecho como un medio de gracia por el que Cristo sigue guiando y sirviendo a sus discípulos: “Reconocemos juntos que Cristo, el Buen Pastor, comparte su tarea pastoral con otros”⁷⁷, y que “en el servicio pastoral del que son objeto, los fieles tienen conciencia de ser guiados por el Buen Pastor que ha dado su vida por las ovejas”⁷⁸. Este lenguaje ha abierto la posibilidad de una comprensión sacramental común del ministerio ordenado como participación en la gracia en la guía pastoral permanente de Cristo mismo⁷⁹.

91. Un ministerio ordenado comprendido de esta manera es uno de los ‘elementos eclesiales’ que buscamos cuando deseamos afirmar en la medida en que eso es posible el carácter eclesial de nuestras dos comunidades de fe. Varios informes precedentes de esta comisión han tratado la cuestión del ministerio ordenado y de la autoridad. Estamos de acuerdo en numerosas cuestiones que clasificamos entre los elementos eclesiales que reconocemos unos en otros. “Afirmamos juntos con alegría que los ministerios y las instituciones de nuestras dos comuniones son medios de gracia por los cuales Cristo resucitado conduce, guía, enseña y santifica en persona a su Iglesia en el camino de su peregrinaje”⁸⁰. Estamos igualmente

⁷⁶ *La Palabra de vida*, n. 86.

⁷⁷ *La Palabra de vida*, n. 120.

⁷⁸ *La Tradición apostólica*, n. 73.

⁷⁹ Cf. *Decir la verdad en el amor*, n. 63-68. En *Bautismo, Eucaristía y Ministerio* (BEMI), texto de convergencia adoptado por unanimidad en 1982 por la Comisión *Fe y Constitución* del Consejo Ecuménico de las Iglesias, la ordenación era llamada “signo sacramental” («Ministerio» 41), por el que “Dios... entra sacramentalmente en las formas contingentes históricas de las relaciones humanas y las utiliza para sus propios fines” («Ministerio», 43).

⁸⁰ *Decir la verdad en el amor*, n. 68.

de acuerdo en lo que concierne más particularmente al ministerio doctrinal normativo, importante para la misión: “Los católicos y los metodistas afirman que al llamar a las personas a ser agentes de discernimiento de lo que es verdaderamente el Evangelio, Dios se sirve de ellas como medios de gracia, como canales creíbles. Todas las formas de ministerio son comunes y colegiales. Intentan preservar y reforzar toda la comunidad de fe en la verdad y el amor, en el culto y la misión. En las dos Iglesias el gobierno es ejercido de modo que comporta la solicitud pastoral, constituyendo la autoridad la enseñanza y la predicación. Los metodistas y los católicos pueden alegrarse de que el Espíritu Santo se sirva de los ministerios y las estructuras de las dos Iglesias como medios de gracia para conducir al pueblo a la verdad del Evangelio de Cristo”⁸¹.

92. Está claro que nuestra creciente comprensión mutua y nuestro nivel de acuerdo cada vez mayor sobre cuestiones de ministerio no excluyen el hecho de que queden entre nosotros campos de fuerte divergencia que necesitan aun un estudio y una discusión ulteriores. La ‘conferencia cristiana’ en la que los laicos, unidos a los ministros ordenados, discernen con autoridad la voluntad de Dios y la verdad del Evangelio, ocupa un papel central en la enseñanza metodista. Los católicos consideran como esenciales ciertos aspectos de doctrina así como ciertos elementos eclesiales que para ellos deberían figurar entre lo que debemos compartir para estar en comunión plena y para ser plenamente la Iglesia de Cristo. Estos elementos incluyen una interpretación precisa de la naturaleza sacramental de la ordenación, el papel magisterial del episcopado en la sucesión apostólica, la ‘certeza’ afirmada de algunos actos normativos de enseñanza y el papel del ministerio petrino.

RECONOCIDO EN LA FRACCIÓN DEL PAN

93. Las primeras comunidades cristianas se caracterizaban por su devoción “a la enseñanza de los apóstoles y a la comunión fraterna, a la fracción del pan y a la oración” (Hech 2,42). Reunirse para la fracción del pan (La Santa Cena, la

⁸¹ *Decir la verdad en el amor*, n. 81.

Eucaristía, la Misa) era entonces, y sigue siendo ahora para nuestras dos comuniones un signo e instrumento esencial, un sacramento de lo que somos en cuanto Iglesia de Cristo. Es precisamente en el momento de la Eucaristía, cuando cumplimos lo que Cristo nos dijo que hicieran en memoria suya, celebramos el misterio de la fe.

94. Ciertamente quedan por resolver cuestiones de mayor importancia antes de que católicos y metodistas puedan concederse mutuamente el pleno reconocimiento de sus respectivas celebraciones de la eucaristía. Estas cuestiones afectan a la naturaleza y la validez del ministerio de los que presiden la eucaristía, el significado exacto de la eucaristía como 'memorial' sacramental de la muerte y de la resurrección salvadora de Cristo, el modo particular en que Cristo está presente en la sagrada comunión y el vínculo entre comunión eucarística y comunión eclesial. Es esencial profundizar en el estudio de estas cuestiones. Metodistas y católicos están no obstante ya de acuerdo en que cuando celebramos la eucaristía, escuchamos de un modo renovado la Palabra de Dios que nos es dirigida; penetramos juntos más profundamente en el misterio salvífico de Cristo; nos reencontramos de nuevo con Cristo de un modo que garantiza su presencia viva en el corazón de la Iglesia; recibimos la unción del amor transformador que es el Santo Espíritu de Dios y nos convertimos más realmente en el Cuerpo de Cristo; somos enviados juntos, en Cristo, para participar más profundamente en la obra de Dios en el mundo y compartimos este anticipo del banquete celeste. Cuando, llamados juntos por el Padre, celebramos la eucaristía, el Señor resucitado, por el poder del Santo Espíritu, hace de nosotros más plenamente lo que quiere que sea su Iglesia. Juntas, estas afirmaciones constituyen ya una amplia base a partir de la cual podemos hacer frente a las cuestiones que quedan pendientes, en la esperanza de que un día católicos y metodistas puedan reunirse en comunión plena en torno a la mesa del Señor.

EL VIAJE CONTINÚA

95. La Iglesia de Cristo es una comunidad en peregrinación, que camina del pecado hacia la santidad según nos lleva Dios por su gracia. Aunque somos todavía un pueblo errante,

que necesita constantemente arrepentimiento y renovación, confiamos en las promesas de Cristo y en la presencia transformadora del Espíritu Santo. Ponemos nuestra confianza en Cristo que dijo a su Iglesia: “mi gracia te basta, que mi fuerza se realiza en la flaqueza” (2Cor 12,9).

96. En el camino que les llevará a la plenitud del Reino de Dios, metodistas y católicos afirman su común convicción de que “la comunidad entera de creyentes es llamada junta por Dios nuestro Padre, colocada bajo el señorío del Cristo resucitado, unida a Cristo como su Cuerpo, y tiene al Espíritu Santo como fuente de su unidad de vida, de culto y de testimonio. En el designio del Padre para la Iglesia, cada uno de los creyentes debe participar en la misión del Hijo y del Espíritu Santo, aportando a toda la humanidad la efusión del amor de Dios que abarca todo y transforma todo”⁸².

CAPÍTULO III. PROFUNDIZAR Y AMPLIAR NUESTRO CONOCIMIENTO MUTUO

97. Ya en un estadio más antiguo de nuestro diálogo, católicos y metodistas reconocían necesitar “descubrir las realidades subyacentes sobre las que se fundan nuestras Iglesias y del que dan testimonio las características comunes de nuestra herencia”⁸³. El primer capítulo de este informe ha sondeado la historia de nuestras relaciones con el objetivo de poner a la luz algunas de las principales convicciones sobre la naturaleza y el fin de la Iglesia que han llevado a católicos y metodistas a apreciarse, pero con mayor frecuencia a criticarse unos a otros. Las polémicas permiten identificar cuáles son las prioridades aunque puedan arrojar a la sombra lo que nos es común. El nivel de acuerdo considerable que nuestro reciente diálogo ha alcanzado en algunos años, y que hemos resumido rápidamente en el segundo capítulo, muestra que de hecho católicos y metodistas tienen en común, sobre el tema de la Iglesia, numerosas convicciones y prioridades. Ha

⁸² *Decir la verdad en el amor*, n. 48; cf. CLP 2.1.12.

⁸³ Comisión mixta internacional de diálogo entre la Iglesia católica y el Consejo Metodista Mundial, *Relación de Dublín (1976)*, n. 17, en: A. González Montes, *enchiridion Oecumenicum*, vol. 1, Salamanca 1986.

llegado el momento de volver a la realidad concreta de cada uno de nosotros, de mirarse a los ojos y reconocer con amor y estima lo que vemos uno en el otro como verdaderamente de Cristo y del Evangelio y por consiguiente *de la Iglesia*. esto debería poner a la luz los dones que podemos ofrecernos unos a otros al servicio de Cristo en el mundo, y permitir un intercambio de dones que de alguna manera es todo diálogo ecuménico (cf. *UUS*). En nuestros esfuerzos para llegar a la comunión plena, “no debemos perder uno solo de los dones con los que el Espíritu Santo ha enriquecido a nuestras comunidades en su separación”⁸⁴. El Espíritu Santo es el verdadero dispensador de los dones que queremos intercambiar. Este capítulo pone a la luz de qué manera metodistas y católicos están en condiciones de reconocer el carácter eclesial del interlocutor; a continuación se hace una descripción de estos elementos y dones que cada uno, de modo apropiado, puede recibir del otro y dar al otro. En el capítulo IV se encontrarán propuestas prácticas para este intercambio.

98. Antes de dar cuenta de la visión que tenemos respectivamente unos de otros, será útil indicar algunos aspectos que, en este tiempo de gracia, están evolucionando, en beneficio de nuestra propia evaluación mutua. En primer lugar, el objetivo último del diálogo entre católicos y metodistas ha sido definido como “la comunión plena en la fe, la misión y la vida sacramental”⁸⁵. No son compartimentos estancos. Al contrario, la fe y la vida sacramental, comenzando por ellas, están íntimamente vinculadas de acuerdo con el antiguo principio *lex orandi, lex credendi*, (creemos como oramos). En realidad, una gran parte de la fe metodista se expresa en la liturgia y en los himnos (cf. Iglesia metodista británica, *A Catechism for the use of the people called Methodists* [CM] 68; *Called to Love and Praise* [CLP] 4,3,2) y no se ha traducido más ampliamente en otras formas. En algunos casos, esto permanece implícito. Por contra, una de las características de la teología escolástica medieval es que se ha alejado de sus vínculos litúrgicos. El Vaticano II ha reforzado sensiblemente los vínculos de la

⁸⁴ *Through Divine Love: The Church in each Place and all Places*. Diálogo americano entre la Iglesia metodista unida y la Iglesia católica.

⁸⁵ *Hacia una declaración sobre la Iglesia*, n. 20; cf. *La palabra de vida*, n. 4, 111.

teología católica tanto con la liturgia (SC 16) como con la Biblia (DV 24-26), puesto que los sacramentos son “sacramentos de la fe y ésta necesita la Palabra para nacer y alimentarse” (PO 4; cf. SC 24). El movimiento litúrgico ha influido profundamente en el conjunto de la familia cristiana en el curso del siglo XX, en particular en nuestras dos comuniones, y nos alegramos ahora de compartir una metodología fuertemente litúrgica en la formulación de nuestras profesiones de fe y en la enseñanza de la doctrina. Además, en ninguna de nuestras tradiciones la fe y la misión pueden estar separadas y este vínculo es una de las principales razones que explican por qué católicos y metodistas sienten con frecuencia una misma resonancia en la vida eclesial de sus respectivas comunidades, resonancia que ahora intentamos explorar y formular. Los católicos y los metodistas creen juntos que la Iglesia sobre la tierra “es misionera por su naturaleza” (Vaticano II, AG 2); es “una comunidad de culto y misión” (CLP 1.4.1). “La misión de la Iglesia es hacer discípulos de Cristo” (*The book of Discipline of the United Methodist Church*, 2004, § 120, p.87).

99. En lo que se refiere a la relación entre individuo y comunidad, habitualmente el punto de partida elegido por los católicos y los metodistas difiere de modo sustancial. Por su parte, los católicos parten de la comunidad, de la Iglesia entera, la esposa de Cristo, en cuya vida el individuo participa. Dicho de otro modo, la eclesiología católica va de la comunidad al individuo y atribuye más importancia al conjunto que a la suma de las partes. La gracia y la salvación de la que goza cada cristiano son una participación en la gracia y en la salvación que Cristo quiso para la Iglesia (Ep 5,25-27). Cada individuo es salvado por su incorporación en este todo más vasto, así como cada Iglesia local participa en el misterio de la Iglesia universal. La Iglesia no es una federación de Iglesias locales preexistentes como la comunidad no es tampoco la agrupación de individuos cristianos ya existentes. El metodismo, por su parte, tiene más bien la tendencia de poner el acento en el individuo, lo que es característico de sus raíces protestantes, y a afirmar que la Iglesia es un agrupamiento particular de individuos creyentes. En otros términos, la eclesiología metodista parte del individuo para ir a la comunidad y fundamentalmente considera el conjunto, al menos en el modo en que se manifiesta sobre la tierra, como la suma de sus partes. Esta aproximación, más existencial y episódica, y por su naturaleza se preocupa

menos de lo que lo hacen los católicos de consideraciones estructurales fundamentales, tales como la continuidad histórica y la sucesión apostólica, aunque no debe olvidarse el fuerte acento que los metodistas ponen en el principio conectivo. Muchas estructuras y prácticas metodistas “han nacido de cuestiones prácticas que conciernen al modo de vivir y dar a conocer el Evangelio” y los metodistas piensan que “las estructuras eclesiales son siempre al servicio de la misión”⁸⁶. Los católicos tienen el sentido del todo y ponen el acento en las acciones confiantes de la Iglesia en cuanto Iglesia, mientras que los metodistas tienen naturalmente tendencia a privilegiar el individuo y subrayan la seguridad de la salvación de cada fiel. Lejos de estar en conflicto, estos dos aspectos sobre los que cada uno por su parte insiste deberían ser percibidos como necesariamente complementarios. La Iglesia necesita precisamente estas estructuras que permiten a cada cristiano y cada Iglesia local encontrar su propia identidad en y a través de la comunión. Lo individual y lo colectivo, el individuo y la comunidad, acceden simultáneamente a su identidad en una vida que es modelada sobre la Trinidad.

100. El hecho de que los metodistas y los católicos tengan tendencia a adoptar vías diferentes para definir a la Iglesia está en relación con el punto que precede. Los metodistas imponen pocas condiciones y están poco inclinados a declarar “no-Iglesias” a otros grupos cristianos (CLP 2.4.9; 3.1.12; cf. § 24), mientras que los católicos tienen tendencia a sentir más claramente cuáles son las características eclesiales que faltan a los otros grupos cristianos por relación a lo que ellos mismos poseen. Recientemente se ha podido observar un neto abandono de estas dos posiciones. Vaticano II tenía una visión clara de lo que es esencial a la plenitud de la Iglesia (LG 14) y enseñaba que esta plenitud ha sido confiada a la Iglesia católica (UR 3). Sin embargo, el concilio adoptó también la idea de “elementos y bienes” de Iglesia que pueden existir en numerosas comunidades cristianas (UR 3, LG 8). Además, atribuyó fecundidad no sólo a estos elementos y bienes en cuanto tales, sino también a las “Iglesias y comunidades separadas *ipsae* en las que se pueden identificar y que “no están desprovistas de significación y valor en el misterio de la salvación” (UR, 3).

⁸⁶ *Through Divine Love*, 157-158.

De hecho, el papa Juan Pablo II enseñaba que “en la medida en que estos elementos se encuentran en las demás Comunidades cristianas, la única Iglesia de Cristo tiene una presencia operante en ellas” (UUS 11). Repetía igualmente, lo que es particularmente significativo para el objetivo que se ha fijado en este informe, que “Es necesario que los católicos reconozcan con gozo y aprecien los bienes verdaderamente cristianos, procedentes del patrimonio común, que se encuentran en nuestros hermanos separados” (UUS 47; cf. UR 4) y que pueden contribuir a la edificación de los propios católicos (UUS 48; cf. UR 4). Los metodistas se sentirían felices haciendo una declaración recíproca en el mismo sentido. Además, teniendo en mente las diferencias que existen entre nuestras comuniones que han sido mencionados antes, muchos metodistas sienten hoy la necesidad de una mayor valoración de las dimensiones sacramentales de sus propias estructuras y prácticas, que no son simplemente de naturaleza funcional”⁸⁷.

101. Uno de los rasgos distintivos de la doctrina católica sobre la Iglesia es el interés concedido a las estructuras visibles mientras que el metodismo ha puesto el acento en la dimensión espiritual, especialmente la santidad, más que en estructuras permanentes. Cuando reflexionan sobre la apostolicidad en cuanto característica de la Iglesia, los católicos tienen tendencia a pensar primero en la *sucesión apostólica* y los metodistas en *la misión*. A pesar de esta diferencia de acentuación, se observa una neta progresión hacia la convergencia. De hecho las Iglesias católica y metodista se preocupan hoy de estructuras *así como* de la santidad y la misión, y en particular de la relación existente entre ellas. Estamos de acuerdo en que las estructuras de la Iglesia deben efectivamente servir y la santidad de sus miembros y la misión de la Iglesia (CLP 4.7.10)⁸⁸.

⁸⁷ *Through Divine Love*, 146, 178.

⁸⁸ A propósito de la verdadera finalidad de las estructuras de la Iglesia, John Wesley pedía: “¿Cuál es el objetivo de todo orden eclesiástico?” y respondía inmediatamente a su cuestión en estos términos: “¿no es transferir las almas del poder de Satán a Dios y edificarlas en su temor y su amor? El orden tiene valor en la medida en que responde a estos fines; y si no responde no tiene valor” (Carta a John Smith, 25 de junio de 1746: *Works of John Wesley*, 26: 206). Más recientemente, después de haber preconizado el desarrollo en la Iglesia de una “espiritualidad de comu-

102. La noción de ‘sacramento’ es ideal para mantener juntos lo que es interior y lo que es exterior, lo visible y lo espiritual y los católicos y los metodistas han empezado unos y otros a hablar de la Iglesia de modo sacramental. Cristo es él mismo “el primer sacramento”⁸⁹. Sociedad de los que han sido incorporados a Cristo y alimentados por el Espíritu Santo que da la vida, “La Iglesia puede ser pensada de modo análogo en términos sacramentales”⁹⁰. “A la vez los metodistas unidos y los católicos proclaman que la Iglesia es ella misma sacramental pues es el medio y el signo de la presencia de Cristo en el mundo de hoy”⁹¹. Esta terminología tiene un lugar importante en el Vaticano II (LG 1,9,48; GS 42,45) y ella es también abundantemente utilizada en la declaración del metodismo británico, *Called to Love and Praise*: la Iglesia es “a la vez la creación de la Palabra de Dios y también el ‘misterio’ o ‘sacramento’ del amor de Dios para el mundo” (CLP 3.1.10); es “un sacramento o signo de la presencia inmutable de Cristo en el mundo” (CLP 2.1.1). Además, los metodistas y los católicos están de acuerdo en las dimensiones constitutivas de la sacramentalidad: “en cuanto agente de la misión de Dios, la Iglesia es signo, anticipo e instrumento del reino” (CLP 1.4.1; véase 3.1.7; 3.2.1).

103. Aquí en la tierra, la Iglesia en peregrinación vive de la gracia que nos atrae con toda la humanidad hacia nuestro destino; ella ya “prefigura y representa la vida del reino de Dios”, en particular cuando se reúne para celebrar la eucaristía (CLP 2.4.8; cf. SC 8). A lo largo de su peregrinación, los miembros de la Iglesia en la tierra están llamados a dar testimonio de la unidad, de la paz y de la reconciliación a las que Dios llama a todos los hombres. No debemos sólo ser *ejemplos* sino también *ministros* de estos dones ofrecidos al mundo. Los cristianos y sus comunidades están llamados a manifestar la *koinonia* como el signo y el anticipo del designio de Dios

nión” el papa Juan Pablo II declaraba francamente: “No nos hacemos ilusiones, sin este camino espiritual los medios exteriores de la comunión servirán para muy poco. Se convertirían en fachadas sin alma, máscaras de la comunión más que sus expresiones y sus caminos de crecimiento” (*Novo millennio ineunte* (2001), n. 43).

⁸⁹ *La Tradición apostólica*, n. 89; *La palabra de vida*, n. 94.

⁹⁰ *La palabra de vida*, n. 96.

⁹¹ *Through Divine Love*, n. 109.

para el mundo” (CLP 3.1.7), y también a servir para que se cumpla esta voluntad en el mundo. Dicho de otro modo, “la Iglesia como comunión es un sacramento para la salvación del mundo”⁹². Se puede considerar no sólo la eucaristía y el bautismo, sino también los otros ritos de la Iglesia que los católicos tienen como sacramentos, como íntimamente vinculados a la sacramentalidad global de la Iglesia. Nuestro acuerdo sobre este punto nos proporcionaría una base muy prometedora para una discusión fecunda sobre los sacramentos además del bautismo y de la eucaristía, sobre su naturaleza y su número.

104. La atención concedida a los sacramentos sugiere inmediatamente a nuestra reflexión otro tema, el de la relación entre la palabra y el sacramento en la Iglesia. Aquí también, constatamos en el cristianismo una polarización que sería bueno superar. Ante todo, católicos y metodistas están unidos en la fe trinitaria. El Dios Santo en quien creemos es el Padre, Hijo y Espíritu Santo. Jesucristo Nuestro Señor es el Hijo de Dios. Palabra encarnada, él es “la imagen del Dios invisible” (Col 1,15), “el misterio de la piedad” (1Tim 3,16), “el sacramento primordial”⁹³. Por consiguiente, no se pueden contemplar la palabra y el sacramento como pertenecientes a categorías separadas, tal como los protestantes y los católicos han tenido tendencia a hacerlo, lo que da lugar a continuación a muchas disputas y divisiones a pesar de la profunda unidad que encontraban en la persona de Cristo. Creemos que el Verbo encarnado es sacramental, que las escrituras son sacramentales y que los sacramentos que son “casos particulares de revelación del Misterio divino y de su efectividad en la vida de los fieles”⁹⁴ son todos proclamaciones de la Palabra (cf. 1Cor 11,26). En la celebración litúrgica de los sacramentos, la palabra y la acción van siempre a la par. “El misterio de la Palabra hecha carne y el misterio sacramental de la eucaristía orientan hacia una visión de la Iglesia fundada en la idea sacramental”⁹⁵.

⁹² Sínodo extraordinario para reflexionar sobre la herencia del Concilio 1985, Relación final, II D 1.

⁹³ *La palabra de vida*, n. 94-95.

⁹⁴ *Ibidem* 97.

⁹⁵ *Hacia una declaración sobre la Iglesia*, n. 10; cf. *supra*, n. 77.

105. En el curso de estos años de diálogo, católicos y metodistas han progresado en su conocimiento y estima recíprocos. Nos hemos explicado unos a otros y hemos descubierto todo lo que podemos profesar juntos. Este proceso prosigue y contempla también la posibilidad de descubrir que tenemos modos diferentes de afirmar lo mismo. Un ejemplo notable de esto es que, en y a través de estructuras eclesiales extremadamente diferentes, católicos y metodistas están profundamente comprometidos en vivir y manifestar la coherencia, la comunión y la interconexión de la Iglesia. “Los metodistas unidos y los católicos conciben el amor divino en el centro de la naturaleza y el objetivo de la Iglesia. Este amor lleva al creyente a entrar en asociación, en conexión o en comunión con otros creyentes. La significación de esta comunión o conexión se expresa a través de las estructuras de la Iglesia”⁹⁶. Definirnos frente al otro nos ayuda a *reconocernos* unos a otros y esta importante noción tiene aquí dos significados. En estos tiempos de ecumenismo, el ‘reconocimiento’ interviene cuando una Iglesia acepta la verdad cristiana de la enseñanza y las acciones de otra Iglesia, como por ejemplo cuando una Iglesia ‘reconoce’ un bautismo no celebrado en su seno. Pero esto tiene otro significado, más fundamental. Cuando católicos y metodistas explican de qué modo sus respectivas estructuras están vinculadas al carácter interconectivo de la Iglesia, entonces somos capaces de ‘reconocer’ lo que significan la terminología y los títulos de unos y otros. ‘Ahora comprendo’ es la reacción que sigue a este tipo de reconocimiento; es el preludio indispensable a un reconocimiento más oficial, cuando la cuestión que se ha comprendido ahora se somete a una evaluación.

106. Católicos y metodistas desean actuar de modo que lo que ellos creen sea más fácilmente reconocible de una y otra parte, y evidentemente a los ojos del mundo en general. Esto implica una determinación a modificar eventualmente algunos de sus modos de actuar y de expresarse. La Iglesia católica manifiesta el deseo en su enseñanza sobre la colegialidad episcopal en el Concilio Vaticano II (LG 22). Esto tiene inmensas consecuencias estructurales y ha sido un medio vital de expresar la naturaleza de la Iglesia como comunión,

⁹⁶ *Through Divine Love*, n. 55.

que una comprensión monárquica del papado había relegado antes a la sombra. Por su parte, los metodistas han admitido la necesidad de reflexionar de modo más profundo sus propias estructuras, en primer lugar en razón de la historia muy particular del metodismo y del modo bastante poco común en el que ha tomado forma a través de una autonomía eclesial creciente con relación a la Iglesia de Inglaterra. “La estructura eclesial de la disciplina” del metodismo “nacieron en gran parte de los resultados de una serie de experiencias *ad hoc*”⁹⁷; algunas de estas formas primitivas eran claramente consideradas como ‘extraordinarias’ (CLP 4.2.4; 4.2.6; 4/12/12). Los metodistas afirman y los católicos reconocen de buen grado, la gracia y la fecundidad de las que se impregnó el ministerio metodista desde sus inicios. Sin embargo, de una y otra parte, estimamos que se presenta hoy en la búsqueda de nuestro objetivo, que es la comunión plena y visible de nuestras Iglesias, una ocasión de situar el ministerio metodista en un marco más reconocible de sucesión apostólica. Por ejemplo, varias Iglesias metodistas se han declarado dispuestas a tomar seriamente en consideración “el episcopado histórico” así como la primacía en la Iglesia⁹⁸. De hecho, los metodistas no excluyen ningún desarrollo que pueda ser “compatible con su carácter y capaz de reforzar la unidad y la eficacia de la misión de la Iglesia” (CLP 4,6,11; 4.6.9).

EL INTERCAMBIO DE DONES: PERSPECTIVA METODISTA

107. Los metodistas reconocen a los católicos como sus hermanos cristianos que comparten con ellos los símbolos históricos y una fe trinitaria común, en mayor grado que lo que esto se admitía en el pasado. De modo característico, los metodistas definen la Iglesia como sigue: “la Iglesia es la comunidad de todos los verdaderos creyentes que se sitúan bajo el señorío de Cristo. Es la fraternidad salvada y salvadora en el seno de la cual la Palabra es anunciada por personas que han sido llamadas por Dios, y donde los sacramentos son debidamente administrados según la enseñanza de Cristo” (*The Book of Dis-*

⁹⁷ CLP 4.7.9; *Through Divine Love*, n. 157-158.

⁹⁸ Cf. Conferencia metodista británica, *What Sort of Bishops?*, 2005.

cipline of the United Methodist Church 2004, p.21, Preámbulo a la constitución; cf. CLP 2.4.9). De acuerdo con esta definición los metodistas pueden reconocer a la Iglesia católica como una Iglesia verdadera. Por muy evidente que esto pueda parecer, es necesario subrayarlo bien pues los metodistas no siempre han reconocido a la Iglesia católica de un modo tan positivo. “Mientras John Wesley y los primeros metodistas reconocían que la fe cristiana podía estar presente en la vida de los católicos tomados individualmente, sólo hace poco tiempo que los metodistas se han inclinado más a reconocer a la Iglesia católica como una institución para el bien espiritual de sus miembros”⁹⁹. Así los metodistas reconocen que la Iglesia católica es ella misma un medio de gracia con vistas a la salvación.

108. Correlativamente, los metodistas reconocen que los ministros ordenados de la Iglesia católica son agentes de Dios y ejercen, en la gracia, un ministerio fecundo. Más precisamente, reconocen a los sacerdotes católicos como presbíteros de la Iglesia una, santa, católica y apostólica, que ejercen un ministerio auténtico de la palabra y los sacramentos. Igualmente, reconocen que los diáconos católicos ejercen un ministerio diaconal en la Iglesia, aunque sea necesario un diálogo más activo en lo que concierne a la naturaleza del diaconado. Actualmente, los metodistas no reconocen un ministerio episcopal distinto del presbiterado, aunque algunas Iglesias metodistas eligen presbíteros para realizar el oficio de obispos y otras se hayan declarado dispuestas a aceptar el ministerio episcopal en interés de la unidad cristiana. No obstante, los metodistas reconocen que los obispos católicos ejercen la *episcopé* de un modo que corresponde a las formas individuales y colectivas de supervisión en el metodismo.

109. En lo que concierne a los sacramentos, los metodistas reconocen el bautismo en la Iglesia católica como una entrada en la Iglesia una, santa, católica y apostólica y no administran ni el bautismo, ni el “bautismo condicional” a los católicos que eligen convertirse en metodistas. Los metodistas reconocen también que cuando los católicos celebran la eucaristía, Cristo mismo está objetivamente presente. Además, los metodistas encuentran en la doctrina católica sobre la eucaristía una semejanza con su propia enseñanza en los himnos de los her-

⁹⁹ *La tradición apostólica*, n. 100; cf. supra, nn. 36, 43.

manos Wesley. Reconocen además que cuando los católicos celebran otros ritos y celebraciones, Dios está presente y actúa en estos medios de gracia. “Los metodistas, aun empleando la palabra ‘sacramento’ sólo para los dos ritos de los que los evangelios dan cuenta de la institución por Cristo, no niegan el carácter sacramental de otros ritos”¹⁰⁰.

110. Más allá de estas afirmaciones fundamentales sobre la naturaleza eclesial de la Iglesia católica, los metodistas reconocen que los católicos conceden importancia a elementos y dones eclesiales particulares a los que los metodistas conceden un valor similar: frecuentación regular del culto, medios de gracia instituidos o prudenciales, participación frecuente en la sagrada comunión, el bautismo en cuanto relación de alianza que implica un compromiso en la comunidad de fe, una gran estima por el ministerio ordenado, la santidad personal como don y obra del Espíritu Santo. Además, metodistas y católicos tienen una misma comprensión de la santidad en términos de santificación o de participación en la naturaleza divina (2Pe 1,4). Como escribió Charles Wesley, los cristianos “son transformados de gloria en gloria, hasta que tengan su lugar en el cielo”¹⁰¹. Paralelamente a la santidad personal, los católicos muestran su preocupación por la justicia y la paz, lo que los metodistas reconocen como un elemento de santidad social.

111. Gracias al diálogo bilateral, los metodistas están más en condiciones de apreciar algunos otros elementos y dones eclesiales de la Iglesia católica que han sido en el curso de la historia fuente de disputas entre católicos y protestantes. En algunos casos, los metodistas están cada vez más abiertos a una recepción de estos elementos eclesiales como dones de la Iglesia católica, que profundizarían y harían más visible su comunión, real, pero imperfecto, con los católicos. Fundamentalmente, la diversidad en la unidad de la Iglesia católica representa uno de estos elementos; otra cosa es su expresión concreta de la universalidad de la Iglesia. Concediendo un gran valor a la insistencia de Wesley en el sacramento de la Santa Cena, los metodistas ganarían teniendo una teología de la eucaristía más elaborada, tal como se encuentra en la doc-

¹⁰⁰ *Hacia una declaración sobre la Iglesia*, n. 13.

¹⁰¹ *Hymno love divine, all love excelling (hymns & psalms, n. 267)*.

trina católica¹⁰². Algunas formas de devoción presentes en la Iglesia católica están ausentes del metodismo en razón de querellas heredadas de la Reforma. Reconociendo que algunos cuestionamientos protestantes han sido resueltos por recientes reformas en el catolicismo, y en virtud de una mejor comprensión gracias al diálogo teológico, los metodistas podrían en el futuro desear adoptar algunas de estas devociones prácticas (por ejemplo el *Via crucis*). La veneración católica de María es otro ejemplo, mediante la continuación del diálogo sobre los dogmas marianos recientes. Una conciencia creciente de la comunión de los santos y de la continuidad de la Iglesia en el tiempo, el uso sacramental de las cosas materiales y el ministerio sacramental junto a los enfermos y moribundos son otros tantos elementos y dones eclesiales que los católicos podrían recibir con aprovechamiento de los católicos.

112. Los metodistas han tenido tendencia a tomar en consideración la historia de la Iglesia de modo episódico, fijándose en ciertas ocasiones extraordinarias en que la acción del Espíritu Santo se ha manifestado en el curso de acontecimientos particulares. En consecuencia, los metodistas han dejado de lado con frecuencia largos períodos de la historia cristiana en los que el Espíritu Santo ha guiado a la Iglesia por medios más ordinarios. Los metodistas reconocen ahora que los quince siglos anteriores a la Reforma constituyen una historia común con los católicos. Por otra parte, los metodistas admiten la importancia de redescubrir en beneficio del tiempo presente la providencia de Dios par a la Iglesia en los tiempos más antiguos y que las querellas de la Reforma y sus secuelas han mantenido durante largo tiempo a la sombra. De ahí el hecho de que los metodistas reconozcan que el colegio episcopal y la sucesión histórica de los obispos en la Iglesia católica son signos (pero no necesariamente una garantía) de la unidad de la Iglesia en el espacio y en el tiempo. Para servir a la unidad en la Iglesia, los metodistas británicos, considerando adoptar el episcopado, aceptan “recibir el signo de la sucesión episcopal a condición de que sus interlocutores ecuménicos que comparten este signo con la Iglesia metodista, (a) reconocen que esta última ha formado y forma parte

¹⁰² Cf. Iglesia Metodista de Gran Bretaña, *His Presence makes the Feast*, 2003, n. 11.

de la Iglesia una, santa, católica y apostólica y (b) que admiten que existen diversas interpretaciones del sentido exacto de este signo”¹⁰³. Desde el punto de vista histórico, la *episcopé* en el metodismo ha sido ejercida sobre todo de modo colectivo, incluso en las regiones del mundo en que el metodismo posee obispos. No obstante, los metodistas reconocen cada vez más el valor de la *episcopé* ejercida de modo adecuado por personas individuales en el contexto de un ministerio colegial de supervisión. Así los metodistas están dispuestos a acoger puntos de vista para ellos nuevos que proceden de la tradición apostólica con relación al ejercicio de formas individuales de *episcopé* con vistas a la edificación del Cuerpo de Cristo.

113. En una cierta medida, el ministerio petrino del Obispo de Roma constituye menos un obstáculo a la unidad entre metodistas y católicos de lo que era antes. “Los metodistas aceptan que todo lo que se requiere con razón para la unidad de toda la Iglesia de Cristo debe ser, por el mismo hecho, la voluntad de Dios para su Iglesia. Una primacía universal podría muy bien ser hogar y ministerio de la unidad de toda la Iglesia”¹⁰⁴. Por un lado, “los metodistas no podrían aceptar todos los aspectos del ministerio pontifical tal como se ejerce actualmente; pero estarían más dispuestos con relación a una primacía universal concebida sobre todo como un ministerio de servicio y de unidad, más que como una sede en la que se ejercería la autoridad” (CLOP 4.6.11). Los metodistas del mundo entero han respondido de modo positivo a la invitación de Juan Pablo II a entablar un diálogo sobre el ejercicio petrino del obispo de Roma (UUS 96). Frente a la situación de crisis actual relativa a la autoridad en la Iglesia cristiana, los metodistas podrían reconocer la importancia de un ministerio petrino al servicio de la unidad. En particular, podría suceder que estuviesen dispuestos a acoger, con garantías adecuadas, un ministerio petrino que sería colegialmente ejercido por el colegio de obispos y que representaría una autoridad final de decisión en la Iglesia, al menos en lo que concierne a las cuestiones esenciales de la fe.

¹⁰³ Conferencia metodista británica, *Episcopé and Episcopacy*, 2000, n. 114.

¹⁰⁴ *Hacia una declaración sobre la Iglesia*, n. 58.

114. Para John Wesley el movimiento metodista ha sido suscitado por Dios para “difundir la santidad de la Escritura a lo largo del país” y los metodistas lo consideran como “parte de la Iglesia universal de Cristo” *The Book of Discipline of the United Methodist Church* 2004, § 101, p.43, ‘Afirmaciones cristianas básicas’; cf. *British Methodist Deed of Union*, § 4, así como (*The Constitutional Practice and Discipline of the Methodist Church* 2005). En la providencia divina, la misión histórica del metodismo ha sido posible gracias a elementos y dones eclesiales que, aunque pertenecen exclusivamente a los metodistas, son característicos de su sistema y su disciplina. Animados por la descripción del diálogo ecuménico como “intercambio de dones” por Juan Pablo II (UUS 28), los metodistas invitan a los católicos a acoger de nuevo de su herencia común algunos elementos y dones eclesiales que actualmente son más fácilmente identificables en el metodismo que en la Iglesia católica.

115. Algunos de estos elementos y dones eclesiales provienen de orígenes “corporativos” del metodismo. Por ejemplo, el metodismo está dotado de un principio ‘conectivo’ por el que las asambleas o Iglesias locales están visiblemente unidas en una comunión, velando las unas por las otras en el amor a través de su Conferencia. Los metodistas permanecen vinculados a la ‘conferencia cristiana’ comprendida como instrumento de discernimiento de la voluntad de Dios sobre la Iglesia, a la vez como agente de la autoridad y como signo inicial de recepción. Otra consecuencia de los orígenes corporativos del metodismo es el papel preminente que juegan los laicos en la Iglesia. El metodismo ha dependido siempre de la contribución de predicadores laicos cualificados, y el papel ejercido por los laicos en puestos de responsabilidad sigue siendo un rasgo característico de las Iglesias metodistas locales. Por otra parte, por su bautismo están habilitados para tomar parte activa, junto a los ministros ordenados, en el ejercicio de la autoridad en la Iglesia. Desde un punto de vista teológico, la confianza que los metodistas tienen en la contribución aportada por los laicos se funda en la convicción de que el Espíritu Santo distribuye generosamente sus dones sobre todo el pueblo de Dios por el bien del ministerio y de la misión de la Iglesia. por obediencia al Espíritu Santo, la comunidad cristiana está llamada por Dios a utilizar los dones espirituales de los laicos. Los metodistas invitan a los

católicos a preguntarse si la experiencia metodista, que de modo fecundo reconoce el ministerio y la misión de los laicos habilitados por el Espíritu Santo en su servicio, podría enriquecer su propia visión y apreciación de los dones espirituales concedidos a los laicos.

116. Aun reconociendo la contribución de los laicos a la vida de la Iglesia, el metodismo británico ordena por la oración y la imposición de monos a los que reconoce haber sido llamados por Cristo al ministerio como “administradores de la casa de Dios y pastores de su rebaño” (*British Methodist Deed of Union*, § 4). En el ministerio de todos los bautizados, la Iglesia metodista unida ordena también hombres y mujeres para un ministerio de la palabra y de los sacramentos (*The Book of Discipline of the United Methodist Church* 2005, § 125, p.89; § 332, p. 230). La reflexión teológica ha llevado a los metodistas a concluir que la misión de la Iglesia es obra de todo el pueblo de Dios, laicos y ordenados juntos. En los primeros años del movimiento y aún más recientemente, las mujeres han aportado su contribución plena a la misión y al ministerio del metodismo. Hoy los metodistas no limitan a los hombres o a las mujeres ningún ministerio ni ninguna función en la Iglesias, seguros de que esto sería contrario a la voluntad de Dios tal como la disciernen en las Escrituras. Los metodistas invitan a los católicos a considerar cómo la experiencia y la práctica metodistas del ministerio ordenado podrían contribuir a su interpretación del ministerio de la Iglesia.

117. Los metodistas son particularmente sensibles a la necesidad de encontrar expresiones nuevas de la fe apostólica con el fin de adaptar la evangelización a una sociedad en cambio. Como consecuencia de esta perspectiva misionera, los metodistas adoptan una actitud ligera y pragmática frente a estructuras eclesiasísticas. Por eso la historia del metodismo da testimonio de la convicción que en cada generación Dios puede inspirar, y de hecho inspira, de formas diversas del ministerio con vistas a objetivos particulares. Los metodistas invitan a los católicos a considerar si su propia actividad misionera no podría sacar provecho de una ligereza y un pragmatismo mayores.

118. Igualmente, un aspecto significativo de la misión histórica del metodismo ha sido su insistencia en la importancia crucial de la experiencia personal de Jesucristo y de su amor

redentor. De cualquier otra manera que se pueda describir, la Iglesia es una comunidad de cristianos que la experiencia personal de Jesucristo obliga a unirse a otros cristianos para el culto, la fraternidad, la misión y el servicio en el mundo. Los metodistas invitan a los católicos a considerar cómo esta misma preocupación y las formas que adopta, podrían contribuir a su propio ministerio pastoral y a su misión.

119. La visión misionera y soteriológica del metodismo le lleva a sentir sin cesar un impulso interior que le incita a buscar una comunión cada vez mayor con los otros cristianos. Además de su deseo de unidad, los metodistas están dotados de una voluntad firme de compromiso en el ecumenismo y de una capacidad de dialogar y colaborar pacientemente con sus hermanos cristianos. Los metodistas son interlocutores de otros cristianos en el seno de Iglesias unidas y 'unificantes', sobre todo en Australia, Canadá, India, Estados Unidos y en Zambia; esto refleja su voluntad de sacrificar su identidad eclesial particular aunque desde hace tiempo querida a la búsqueda de la unidad cristiana. Los metodistas invitan a los católicos a considerar cómo su propio compromiso a favor de la unidad de los cristianos podría influir de modo semejante en su concepción de su identidad particular y su disposición a establecer una distinción entre lo que es modificable y lo que permanece esencial.

120. El culto y la espiritualidad de los metodistas poseen un rasgo característico. A pesar del valor que conceden a la sagrada comunión, los metodistas en su culto acentúan más el ministerio de la Palabra. Escuchan la lectura de las Sagradas Escrituras y la proclamación del Evangelio con el vivo sentimiento de que Dios está presente y actúa en ellos hoy. Así la lectura de las Escrituras y la predicación evangélica siguen siendo los aspectos que marcan el culto metodista. El uso litúrgico del canto colectivo es igualmente característico del metodismo y los himnos de Charles Wesley forman un *corpus* de teología práctica para el pueblo metodista. Otras formas de culto utilizadas por los metodistas tienen su origen en el *agape* de los Hermanos moravos y en las formas de renovación de la Alianza propias de los Puritanos. Estos últimos años, el movimiento litúrgico ha ejercido influencia sobre la forma y el contenido del culto metodista según las líneas ecuménicas convergentes. La vida devocional de los metodistas está igual-

mente caracterizada por algunos aspectos históricos que la han hecho más fecunda. Se concede una atención particular a la lectura y el estudio de la Biblia, así como a los encuentros con otros creyentes en pequeños grupos fraternos de oración espontánea y de ayuda pastoral mutua. La experiencia de la 'seguridad de la salvación' es un aspecto precioso de la piedad metodista; no es necesariamente vista como una garantía de perseverancia que suprimiría la necesidad de esperar, sino como un don concedido por el Espíritu Santo de una convicción interior de haber recibido la gracia salvífica. Los metodistas invitan a los católicos a estudiar cómo estos elementos y dones eclesiales podrían enriquecer su propio culto y espiritualidad.

EL INTERCAMBIO DE DONES: PERSPECTIVA CATÓLICA

121. En armonía con la enseñanza del Concilio Vaticano II en su decreto sobre el ecumenismo (UR 3; cf. supra n.4), los católicos reconocen con gozo el papel y la importancia de las Iglesias metodistas en el misterio de la salvación. Estiman que el Espíritu de Cristo los ha utilizado y sigue haciéndolo, como medios de salvación que obtienen su eficacia en la plenitud de la gracia y de la verdad que, según los católicos, han sido confiados a la Iglesia católica. Aprecian muchos aspectos de la fe y de la práctica metodista y están cerca de los metodistas en su búsqueda de la santidad, su compromiso en la misión y su convicción de que la comunión y la relación con los otros es el signo de una vida verdadera en Cristo. Estos puntos asumen un carácter central para el metodismo y son igualmente preciosos para los católicos. De alguna manera, esbozan el modelo de nuestra unidad futura.

122. Los católicos ven en los metodistas una fe trinitaria vigorosa y una fuerte vinculación a la persona del Verbo encarnado, que nos llama a una santidad que sea 'amor perfecto' y por tanto 'social', modelado sobre la vida trinitaria de Dios. La unidad de la Iglesia tiene pues la forma de una conectividad, muy bien expresada en los metodistas por la expresión "protegerse unos a otros en el amor". La santidad, comprendida como una vida conforme al Evangelio, está íntimamente vinculada a la unidad y la unidad toma la forma de la comunión. Los metodistas están visiblemente unidos en una comunión, signo de la vida divina y del amor divino. El

metodismo, desde sus orígenes, insiste en la importancia de formar pequeños grupos con vistas al ejercicio del servicio mutuo y de la disciplina común, lo que encuentra un eco en la Iglesia católica que atribuye un valor creciente a la formación de pequeñas comunidades cristianas en su seno. Además, los metodistas tienen una fuerte vocación a la misión y a la responsabilidad social y ponen en práctica el amor de Dios de un modo concreto, manifestando una real solicitud hacia los necesitados de este mundo. La comunión se expresa también por una concepción colegial del ministerio, que reúne a la de la Iglesia católica donde los sacerdotes forman un *presbyterium* en torno a su obispo en una Iglesia local (SC 41; LG 28) y donde los obispos constituyen un colegio con el Papa (LG 22). De muchos modos los ministerios metodistas actúan juntos para cumplir su misión, a través de los circuitos, distritos y consejos de obispos. Los metodistas tienen la firme convicción de que un cristiano bautizado no está nunca solo, un ministro no está nunca solo, un obispo no está nunca solo.

123. Los católicos están enteramente de acuerdo con los metodistas en su convicción de que la santidad implica la conversión y la transformación, “cambiando de gloria en gloria”. Dada la controversia del tiempo de la Reforma entre católicos y protestantes en el tema de la cooperación en la gracia, es inmensamente significativo que católicos y metodistas estén perfectamente de acuerdo en esta cuestión. Los metodistas creen, como los católicos, que cooperamos verdaderamente con la gracia y participamos en la vida de Dios. Dios obra a través de la comunidad de la Iglesia y las personas que forman parte de ella, ministros y laicos. Esto podría proporcionar la base de una reflexión común profunda sobre el concepto de sacramentalidad. Además aun reconociendo sólo el bautismo y la eucaristía como sacramentos, los metodistas consideraban los otros ritos en los que los católicos reconocen sacramentos, como, de alguna manera, de naturaleza sacramental. Es llamativo que los católicos canten con convicción himnos metodistas que expresan una fe eucarística; esto indica el alcance de nuestra comprensión común de la eucaristía. Juntos creemos que la recepción piadosa de la santa comunión está en el centro de la vida de la fe.

124. Dios actúa en el mundo a través de nosotros. La Iglesia es esencialmente misionera en cuanto agente de la

misión de amor de Dios. El compromiso metodista en el evangelismo y la historia de las misiones metodistas suscitan la admiración de los católicos, que tienen ellos mismos un compromiso misionero y una historia análogas. Los metodistas se comprometen con celo por la salvación de todos. Uno se acuerda de la celebre expresión de John Wesley que decía: “considero al mundo entero como mi parroquia”¹⁰⁵. Uno de los primeros pioneros de la renovación de la teología católica en el Concilio Vaticano II y el compromiso ecuménico de la Iglesia católica, el Padre Yves Congar, O.P. se inspiró en las palabras para el título de uno de sus libros sobre la naturaleza y la amplitud de la salvación que él tituló *Vaste monde, ma paroisse*¹⁰⁶.

125. Jesús oró para que sus discípulos sean uno para que el mundo pueda creer (cf. Jn 17,21). Uno de los rasgos que marcan el metodismo en el curso de los cien últimos años ha sido su creciente unidad interna, sin duda influida por las necesidades de la misión. Los católicos ven en ello, así como en el profundo deseo de los metodistas de una curación de las heridas del pasado, notables signos de gracia y de autenticidad. Además, desde su origen los metodistas han estado a la vanguardia del movimiento ecuménico moderno. El trabajo de pionero que realizó John R. Mott merece ser citado de modo especial; él es también un signo de la gracia. La Iglesia católica ha entrado en el movimiento ecuménico en el curso del Concilio Vaticano II y se ha comprometido de modo irreversible a buscar la unidad de los cristianos (UUS 3); esta elección no es un apéndice cualquiera, sino un aspecto intrínseco de la realización de la plenitud de la catolicidad (cf. UR 4). Católicos y metodistas, con este compromiso, alcanzan una profunda armonía.

126. En todos estos campos que son cruciales para la vida de la Iglesia, católicos y metodistas no dejarían de fortalecerse unos a otros en la plena comunión de nuestras Iglesias. Contribuiríamos a nuestra edificación recíproca construyéndonos unos a otros en Cristo por el poder del Espíritu Santo.

¹⁰⁵ Carta a James Harvey (cf. Diario de John Wesley, 11 de junio de 1739).

¹⁰⁶ Yves Congar, *Vaste monde ma paroisse*, Témoignage Chrétien, Paris 1959.

Los católicos pueden decir sin dudar que obtendrían provecho de esta comunión. Podemos también identificar ogros puntos específicos que potencialmente podrían ser un aporte fructífero. Los católicos pueden aprender algo del amor y la asiduidad con la que los metodistas se consagran a la lectura de las Escrituras, de su sentimiento profundo de que Dios nos habla entonces personalmente. Podrían también aprovechar el fervor con el que los metodistas cantan su fe en himnos gozosos que expresan lo que está en el corazón mismo de la fe cristiana. Por otra parte, los católicos tienen mucho que aprender de la interpretación y de la práctica metodista del ministerio de los laicos, fundado sobre el bautismo y el sacerdocio de todos los fieles; tienen también mucho que reflexionar sobre el lugar de los laicos en el gobierno de la Iglesia. La percepción del bautismo como ‘alianza’ que puede ser regularmente renovada, como es el caso en los metodistas, es válido y conforme a las Escrituras.

127. El don de Jean y Charles Wesley, hombres fuera de lo común y próximos a Dios, honrados juntos como héroes de la fe cristiana, sería motivo de gozo y de acción de gracias. Los Wesleyanos ‘viven’ hoy, por así decirlo, a través de la Iglesia metodista y a través de ella sus dones son transmitidos a la Iglesia entera. Orar de modo que ‘se caliente el corazón’, como hacían los Wesleyanos puede servir de ejemplo para los católicos, de la misma manera que puede ser profundamente edificante para ellos la importancia que los Wesleyanos atribuyen a la recepción frecuente de la santa comunión. Con ocasión de una celebración metodista del tricentenario del nacimiento de John Wesley, el Presidente del Pontificio Consejo para la unidad de los cristianos, el Cardenal Walter Kasper, declaraba: “De la misma manera que vosotros seguís volviéndoos hacia el ministerio de John Wesley para encontrar inspiración y orientación, podemos buscar y encontrar en él el celo evangélico, la búsqueda de la santidad, el cuidado de los pobres, las virtudes y la bondad que hemos aprendido a reconocer y a respetar en vosotros. Tenemos todos de qué estar profundamente agradecidos por todo esto”¹⁰⁷.

¹⁰⁷ Cardenal Walter Kasper, *Homilía a la Iglesia metodista de Roma*, 22 de junio de 2003.

128. A los católicos que reconocen de buen grado los dones que desearían recibir de los metodistas, les gustaría a su vez saber que poseen ellos mismos dones que los metodistas desearían acoger. En primer lugar, la Iglesia católica posee una eclesiología desarrollada, rica por una larga tradición de reflexión eclesiológica y saca ventaja de los documentos del Concilio Vaticano II sobre la Iglesia. En el centro de esta eclesiología se encuentran la manifestación visible de dos dimensiones de la comunión, es decir, la comunión a través del espacio que se expresa en la colegialidad de los obispos, y la comunión a través de la historia, que se ha beneficiado de una continuidad en el tiempo y ha podido realizarse gracias a la sucesión apostólica de los obispos. Se pueden ver dos dimensiones de conexión y a la tradición católica le gusta considerar que los obispos como puntos nodales de la tela de la comunión eclesial en Cristo, que engloba espacio y tiempo. Los católicos invitan a los metodistas que no tienen obispos a reflexionar sobre este modo tradicional de expresar la conexión, y se sentirían felices examinando con los metodistas que prevén el ministerio episcopal cómo perciben la responsabilidad colegial que sus obispos ya asumen.

129. En el marco del colegio episcopal, los católicos invitan también a los metodistas a tomar en consideración una eventual aceptación del ministerio petrino. Con relación a esto, les gustaría poder discutir con los metodistas, conforme a la invitación del Papa Juan Pablo II cuando propuso un diálogo con los responsables eclesiales y los teólogos de las otras Iglesias sobre las formas que el ministerio petrino podrían tomar con el fin de ser reconocido como “servicio de amor” por todos los cristianos (UUS 95-96). Los católicos están convencidos de que la Iglesia necesita un punto de convergencia universal para su servicio pastoral y que Cristo instituyó él mismo este ministerio en la primacía de Pedro entre los apóstoles. Como muchos cristianos hoy, los metodistas comienzan a comprender la importancia de una cohesión global más vasta de su expresión. Los católicos invitan a los metodistas a reflexionar sobre las posibilidades que tendría el ministerio petrino de cumplir este objetivo. Puede ser útil para afrontar la cuestión del ejercicio personal del ministerio petrino por el Papa a través de la comprensión del ejercicio colectivo del gobierno por el conjunto del colegio de los obispos, cuyo centro y jefe es él.

130. Los católicos invitan a los metodistas a examinar de nuevo las doctrinas que, en el tormentoso período de la Reforma, fueron eliminadas del pensamiento y la vida protestantes en lugar de ser simplemente reformadas y desembarazadas de sus excesos. De primera importancia serían en efecto el examen del aspecto *sacrificial* de la eucaristía y la interpretación como *sacerdocio* del ministerio ordenado. En el Concilio Vaticano II y en los años que siguieron, la Iglesia católica ha intentado formular su doctrina sobre estas cuestiones de modo claro y sobre la base de textos bíblicos, siendo consciente de las incomprendiones y disputas del pasado y en el deseo de instaurar un diálogo constructivo con los cristianos de otras tradiciones. Una parte del don que a los católicos les gustaría ofrecer a los metodistas en cuanto a estas cuestiones no es otra que esta nueva formulación de la doctrina católica.

131. El Vaticano II enseña que, por los sacramentos, y más especialmente por el bautismo y la eucaristía, estamos “unidos, de un modo misterioso y real al Cristo sufriente y glorificado” (LG 7). Dicho de otro modo, estamos sacramentalmente unidos a Cristo, en cuanto a su cuerpo, en el acto eminente y único de su sacrificio por el que entró en la gloria¹⁰⁸. No podría haber repetición de este acto que tuvo lugar una vez por todas (Hb 10,10). No obstante, la eucaristía tiene un carácter sacrificial pues Cristo está allí verdaderamente presente en el acto mismo del don supremo de sí a su Padre. La presencia sacramental de Cristo mismo es al mismo tiempo presencia sacramental de su sacrificio pues Cristo que está presente es él mismo el que entró en el santuario una vez por todas, ofreciendo su propia sangre para una liberación definitiva (Hb 9,12)¹⁰⁹. Permanece para la eternidad, posee un sacerdocio exclusivo e intercede por nosotros (Hb 7,24-25). Los católicos lamentan toda impresión desagradable que podrían haber suscitado por la repetición del sacrificio de Cristo en el curso de la misa; sin embargo, rechazan también toda reacción excesiva que niega todo carácter sacrificial en la eucaristía. En el sentido de lo que se ha indicado antes, aprueban la declaración del texto de Lima, de Fe y Constitución, según la cual la

¹⁰⁸ Cf. Juan Pablo II, Encíclica *Ecclesia de Eucharistia* (2003), nn. 11, 12, 15.

¹⁰⁹ *Ibidem* 3.

eucaristía es “el sacramento del sacrificio único de Cristo, que vive para siempre para interceder por nosotros”¹¹⁰.

132. A partir del mismo fundamento bíblico, los católicos afirman que no hay más que un sacerdocio en el plan divino de salvación, el de Jesucristo mismo, que es confiado a toda la Iglesia que es su cuerpo. El Vaticano II enseña que toda celebración litúrgica es “una obra de Cristo sacerdote y de su cuerpo” (SC 7), y que existen en la Iglesia dos participaciones en este único sacerdocio que son “dependientes unas de otras”: el sacerdocio real de todos los fieles y el ministerio sacerdotal de los que son llamados y ordenados para representar a Cristo en medio de su pueblo, actuando en nombre y en la persona de Cristo para preparar el sacrificio eucarístico y ofrecerlo a Dios en nombre de todo el pueblo (LG 10). Esta formulación más reciente comporta un ‘reanclaje’ importante del concepto de sacerdocio que va más allá de las disputas de la reforma, que con frecuencia privilegiaban o el ministerio sacerdotal o el sacerdocio de los laicos. Las dudas de la Reforma a propósito del ministerio sacerdotal estaban estrechamente vinculadas a sus reticencias con relación al aspecto sacrificial de la eucaristía, porque es el sacerdote el que ofrece el sacrificio. Estas dos cuestiones deben ser, pues, abordadas juntas. Los católicos creen que, puesto que no hay más que un solo sacrificio, sólo hay un sacerdote, Cristo los que se llaman ‘sacerdotes’ no son más que representantes del Cristo sacerdote en medio del pueblo sacerdotal. A través de ellos, Cristo-sacerdote está sacramentalmente presente para servir a su pueblo. Los católicos acogen de buen grado la afirmación del texto de Lima que dice que los ministros ordenados “son los representantes de Jesucristo ante la comunidad” y aprecian esta otra afirmación según la cual es “apropiado llamar a los ministros ordenados sacerdotes porque realizan un servicio sacerdotal particular consolidando y construyendo, por la palabra y los sacramentos, el sacerdocio real y profético de los fieles”¹¹¹. Los católicos creen que “cuando alguien bautiza, es Cristo mismo quien bautiza” e igualmente que “es él el que habla cuando se leen en la Iglesia las Sagradas Escrituras” (SC 7). La persona que actúa verdaderamente

¹¹⁰ *BEM*, Eucaristía 8.

¹¹¹ *BEM*, Ministerio 11, 17.

para nuestra salvación por el poder del Espíritu Santo es siempre Cristo, conforme a su última promesa: “Yo estoy con vosotros hasta el fin de los tiempos” (Mt 28,20). La confianza que los católicos sitúan en el poder que actúa en todos los sacramentos está a fin de cuentas afianzada en esta promesa que, de hecho, da origen a todo un conjunto sacramental. Aunque el Señor no está ya presente de modo visible, está verdaderamente presente de innumerables modos y los actos clave en el curso de los cuales uno proclama y se abandona a su presencia se llaman ‘sacramentos’. Los católicos creen que cuando la Iglesia ordena a los que actuarán oficialmente en nombre de Cristo entre su pueblo, estas ordenaciones tienen una importancia tan decisiva que son, ellas mismas sacramentos, tiempos de oración y de confianza absoluta en la presencia activa de Cristo que es fiel a su promesa.

133. Los católicos y los metodistas están de acuerdo en reconocer que “el ministerio en la Iglesia cristiana deriva del ministerio de Cristo” (*The book of Discipline of the United Methodist Church*, 2004, § 301, p.194); reconocen también la preocupación profunda con la que los metodistas tratan la cuestión del ‘sacerdocio’ (cf. CLP 4.5.1; 4.5.6; 4.5.9; 4.5.11). La fórmula del *Deed of Union* de los metodistas de Gran Bretaña: “La Iglesia metodista profesa la doctrina del sacerdocio de todos los creyentes y por consiguiente, ella cree que no existe sacerdocio que pertenezca exclusivamente a un orden particular o a una clase” parece a los ojos de los católicos conservar la marca de la ‘rivalidad’ que la Reforma veía entre el sacerdocio real y el ministerio sacerdotal. Sin embargo, la reciente declaración de los metodistas británicos, según la cual el oficio de un ministro ordenado “consiste en permitir al conjunto del ministerio de la Iglesia hacer efectiva la presencia de Cristo en la predicación, los sacramentos, la disciplina eclesial y la actividad pastoral” (CLP 4.5.11), refleja el arraigamiento del sacerdocio en Cristo, condición que a los católicos les gustaría poder situar como base de todo acercamiento ecuménico.

134. A los católicos les gustaría también poder compartir con los metodistas su confianza absoluta en la acción de Cristo a través del ministerio de la palabra y del sacramento. Cualesquiera que sean la debilidad y el estado de pecado del ministro, la acción salvífica de Dios a través de Cristo por el poder del Espíritu Santo no queda nunca anulada. Cuando Cristo dijo

a sus discípulos: “Yo estoy con vosotros todos los días”, ofrece una garantía con la que podemos contar. Debemos estar vigilantes y no ser nunca presuntuosos, pero la vigilancia no debe hacer disminuir nuestra esperanza, nuestra certeza y nuestra confianza. Los católicos invitan a los metodistas a preguntarse si su confianza tradicional en el don por el Espíritu Santo de la seguridad de la salvación (CM 18) no podría aplicarse a la Iglesia en su conjunto. ¿No puede tener la Iglesia una seguridad *colectiva*, particularmente en lo que concierne a las acciones litúrgicas de sus ministros ordenados y los ministros ordenados no podrían tener también un papel que jugar en la formulación de la seguridad de la Iglesia? Estas cuestiones han sido ya planteadas hace veinte años, cuando católicos y metodistas se pusieron de acuerdo “sobre la necesidad de una forma de autoridad para tener una certeza más allá de toda duda con relación a la acción de Dios en la medida en que esto es decisivo para nuestra salvación”¹¹²; éstas vuelven a presentarse ahora con una cierta urgencia.

135. Además, los católicos quisieran sugerir a los metodistas que la cuestión controvertida de la ‘infallibilidad’ puede ser considerada a partir de esta misma confianza en la acción propia de Cristo en la palabra y en el sacramento. Así como los católicos creen que Cristo de modo infalible purifica, alimenta a su pueblo y le perdona a través de las administraciones sacramentales de su Iglesia y de sus ministros, creen igualmente que él puede *ofrecer una enseñanza* infalible a su pueblo. No sólo lo hace cuando las Escrituras son proclamadas (cf. SC 7, en el n. 33 supra), pues tal proclamación está siempre en verdad infalible, pero puede hacerlo por la enseñanza de la Iglesia sobre una cuestión de importancia vital. Así como existen condiciones claramente especificadas para una celebración correcta del bautismo, de la eucaristía y de otros sacramentos, que, una vez realizados, permiten a la Iglesia creer sin ninguna duda que Cristo está presente y actúa en ella, igualmente deben necesariamente existir condiciones particulares para el reconocimiento de su presencia y de su acción en momentos decisivos de la enseñanza. Una lectura atenta de la definición de la infalibilidad pontificia por el Concilio Vaticano I muestra que fueron precisadas

¹¹² *Hacia una declaración sobre la Iglesia*, n. 75.

condiciones muy específicas para el ejercicio por el Papa de “la infalibilidad con la que el divino Redentor quiso dotar a su Iglesia cuando define la doctrina sobre fe y moral” (DS 3074). El Papa debe hablar *ex cathedra* en cuanto “pastor y doctor de todos los cristianos”, y definir “en virtud de su suprema autoridad apostólica que una doctrina en materia de fe y moral debe ser sostenida por toda la Iglesia” (DS 3074). Se deduce claramente de los términos de esta definición que la seguridad fundamental así expresada incide sobre la infalibilidad dada por Dios a la Iglesia misma que es “columna y sostén de la verdad” (1Tim 3,15).

CONCLUSIÓN

136. El capítulo anterior indicaba ‘cinco campos de importante divergencia’ (§ 92) entre católicos y metodistas, a saber: 1) el papel de los laicos en la enseñanza normativa, 2) la naturaleza sacramental de la ordenación, 3) el episcopado en la sucesión apostólica, 4) la ‘seguridad’ de algunos actos normativos de enseñanza (p.e. la infalibilidad) y 5) el lugar y el papel del ministerio petrino. La comisión de diálogo estima que una aproximación sacramental a la Iglesia, tema ya abordado por la relación de Nairobi 8cf. § 104) y desarrollado de modo más exhaustivo en las relaciones que siguieron y hoy en este informe, abre amplias perspectivas de progreso sobre todas estas cuestiones.

137. En lo que concierne a las cuatro ‘marcas’ o atributos tradicionales de la Iglesia, este capítulo ha intentado mostrar que una reconciliación de los metodistas y los católicos comporta grandes ventajas potenciales para las dos comunidades:

- a) Es importante señalar que dos Iglesias que se unen aportan una a la otra el don de la *unidad*. En el caso presente, dos aspectos diferentes de la unidad se asociarían de modo fecundo, el primero, estructural e histórico, y el segundo, espiritual y escatológico. La Iglesia católica cree que la unidad que Cristo ha conferido desde el principio a su Iglesia “subsiste en la Iglesia católica” (UR 4, véase UUS 11), especialmente en virtud de la permanencia en ella del ministerio petrino. En un sentido, pues, a través de este signo

esencial de unidad visible, la Iglesia católica puede ofrecer el don de la unidad a la Iglesia metodista. Por otra parte, los metodistas conciben la unidad ante todo como una unidad espiritual del cuerpo de Cristo, que los cristianos deben esforzarse por hacer más visible en el mundo, pero que quedará imperfectamente realizado hasta el último día. Esta insistencia escatológica es importante; recuerda a los católicos que la unidad es también una *vocación*, que debe inspirarnos e impulsarnos a realizarla cada vez más cada día.

- b) La importancia que los metodistas y los católicos conceden a la santidad significa que seríamos muy solidarios unos con otros y nos animaríamos en nuestro modo de vivir este rasgo distintivo de la Iglesia y en nuestro esfuerzo con vistas a su cumplimiento. Tendríamos también el gozo de compartir el rico ejemplo de inspiración de nuestros santos.
- c) Las divisiones de los cristianos impiden a la Iglesia realizar “la plenitud de la *catolicidad* que le es propia” (UR 4, -lo que nosotros subrayamos-, cf. § 29). El firme compromiso de los metodistas y los católicos en el ecumenismo muestra nuestro deseo común de una *catolicidad* cada vez mayor y este compromiso y este deseo se encontrarían reforzados por nuestra unidad. En armonía con su doble significado, la *catolicidad* de los católicos y de los metodistas sería realizada por nuestra unidad: alcanzaría mayor profundidad y coherencia de fe y gozaría de un vigor nuevo y de una envergadura más amplia.
- d) Los metodistas pueden recibir de los católicos un signo vital de *apostolicidad*: la sucesión apostólica de los obispos. Sin embargo los católicos tienen mucho que ganar del compromiso en la misión apostólica que es una característica precisa de la identidad metodista.

La puesta de relieve recíproca de la unidad, de la santidad, de la *catolicidad*, de la *apostolicidad* de cada uno a través de la unidad católica-metodista sería la realización más lograda de la celebre declaración de John Wesley que afir-

maba que protestantes y católicos deberían “ayudarse unos a otros en todo lo que, en nuestra común opinión, conduce al Reino”¹¹³.

138. Los miembros de nuestra Comisión, tanto los católicos como los metodistas, son profundamente conscientes de beber en la herencia común anteriormente mencionada (cf. § 100), y querer recordar unos a otros los elementos de este patrimonio que es nuestro y que, todos, hemos descuidado. Nadie *posee* este tesoro: nosotros tenemos la custodia unos para los otros y para el mundo entero. Porque todo nos viene de Dios que es amor (1Jn 4,8) y que en Cristo ha derramado su amor por nosotros, es imperativo que nos convirtamos todos a una igual generosidad con los dones de Dios, que no es otra cosa que una participación en su propia generosidad. Esperamos que este informe pueda participar de la generosidad de Dios y que sepa inspirar una amplia y mutua generosidad entre nuestras Iglesias en su intento común de participar cada vez más en los dones divinos: Dios quiere que su pueblo goce de ellos y que los lleve al mundo. Juntos, hacemos de buen grado nuestra la visión de la unidad que el Papa Juan Pablo II describía así: “La plena unidad se realizará cuando todos participen de la plenitud de medios de salvación que Cristo ha confiado a su Iglesia”. (UUS 86).

CAPÍTULO IV. PRINCIPIOS Y PROPUESTAS PARA EL DESARROLLO FUTURO DE LAS RELACIONES ENTRE CATÓLICOS Y METODISTAS

139. Al comienzo de su pontificado, el Papa Benedicto XVI anunció claramente su compromiso en la reconstrucción de la plena unidad visible de la Iglesia:

Alimentados y sostenidos por la Eucaristía, los católicos no pueden menos de sentirse impulsados a la plena unidad que Cristo deseó tan ardientemente en el Cenáculo. El Sucesor de Pedro sabe que tiene que hacerse cargo de modo muy particular de este supremo deseo del divino Maestro, pues a

¹¹³ Carta a un católico; cf. *La palabra de vida*, n. 36.

él se le ha confiado la misión de confirmar a los hermanos (cf. *Lc* 22, 32)¹¹⁴.

Por tanto, con plena conciencia, al inicio de su ministerio en la Iglesia de Roma que Pedro regó con su sangre, su actual Sucesor asume como compromiso prioritario trabajar con el máximo empeño en el restablecimiento de la unidad plena y visible de todos los discípulos de Cristo. Esta es su voluntad y este es su apremiante deber. Es consciente de que para ello no bastan las manifestaciones de buenos sentimientos. Hacen falta gestos concretos que penetren en los espíritus y sacudan las conciencias, impulsando a cada uno a la conversión interior, que es el fundamento de todo progreso en el camino del ecumenismo¹¹⁵.

Los metodistas han aprendido muy bien por su propia experiencia ecuménica que sólo las buenas intenciones no bastan para hacer avanzar la causa de la unidad cristiana. Se hacen eco de la convicción del Papa Benedicto XVI de que “se necesitan gestos concretos que penetren las almas y renueven las conciencias” para que tengan lugar verdaderamente progresos en el campo del ecumenismo.

140. Con el fin de que las relaciones entre católicos y metodistas se desarrollen ulteriormente, nuestras dos comuniones deben realizar gestos a la vez realistas y apropiados a nuestra época. Aunque los católicos y los metodistas, en camino hacia la plena comunión, tengan todavía que resolver ciertas cuestiones doctrinales, ahora es posible, tomando como base los capítulos precedentes de este informe, identificar una serie de gestos concretos que facilitarán una profundización de la comunión entre nosotros. Se puede adoptar el principio de la ‘unidad por etapas’. Católicos y metodistas están llamados a realizar juntos, paso a paso, este viaje ecuménico, viviendo tan plenamente como sea posible el grado de unidad que comparten ya, tomando las medidas adecuadas para alcanzar la etapa siguiente.

¹¹⁴ Homilía del Papa Benedicto XVI como conclusión de su primera celebración eucarística con los miembros del colegio de cardenales, Capilla Sixtina, 20 de abril de 2005, 5

¹¹⁵ *Ibidem*

141. Católicos y metodistas han franqueado las etapas iniciales de sus relaciones y constatan hoy que tienen un número considerable de elementos en común; desde el punto de vista eclesial, no viven ya aislados unos de otros. El Capítulo II de este informe analiza el amplio acuerdo que nos une en el tema de la naturaleza y la misión de la Iglesia. El Capítulo III marca un progreso significativo de nuestro diálogo porque hemos podido enumerar, por primera vez, lo que reconocemos unos en otros como de naturaleza verdaderamente eclesial. Además, nos ha sido posible identificar diversos elementos y valores eclesiales que podrían incluirse en un intercambio fructífero de dones entre nuestras dos comuniones. Apoyándonos en las bases establecidas en los capítulos II y III, nos es posible ahora emitir un cierto número de recomendaciones específicas para ayudarnos a llegar a la etapa siguiente en el camino de la plena unidad visible de la Iglesia.

142. Las recomendaciones contenidas en los próximos párrafos de este capítulo interesan a católicos y metodistas a todos los niveles de la vida eclesial, pero se dirigen especialmente a los siguientes grupos:

- 1) conferencias episcopales regionales y nacionales y cada Iglesia metodista autónoma;
- 2) obispos católicos y metodistas y sus equivalentes;
- 3) teólogos de nuestras dos comuniones;
- 4) personas que en nuestras dos comuniones son directamente responsables de la formación de los ministros;
- 5) comisiones nacionales de diálogo católico-metodista en Gran Bretaña, Nueva Zelanda, Estados Unidos de América y otras comisiones de diálogo.

Estas recomendaciones no se dirigen a las parroquias católicas y a las Iglesias metodistas locales. Un informe internacional no puede tomar en cuenta la enorme variedad de circunstancias locales que afectan a las relaciones entre católicos y metodistas en las diferentes partes del mundo. Las recomendaciones que convienen a una situación pueden ser impracticables en otra. Según el principio de subsidiaridad, los grupos a quienes se dirige directamente este informe

están mejor situados para traducir estas recomendaciones generales en dispositivos concretos propios a su situación. Así, los gestos concretos a los que se nos ha invitado al comienzo de este capítulo se cumplirán más eficazmente a través de nuestras dos comuniones.

PRINCIPIOS GENERALES

143. Antes de detenernos en las recomendaciones específicas, es posible formular un cierto número de principios generales que podrían servirnos de guía en las relaciones católico-metodistas futuras y en nuestro esfuerzo de pasar de una etapa a otra en el camino de la plena unidad visible. Algunos de estos principios podrán parecer evidentes; no obstante, es necesario mencionarlos porque, en algunas partes del mundo, las relaciones entre católicos y metodistas todavía son vistas con la sospecha e incomprensión que citamos en el Capítulo I de este informe, actitud que nuestro diálogo ha denunciado como no justificada.

144. Los principios generales siguientes se basan en el acuerdo ya existente entre católicos y metodistas sobre la naturaleza y misión de la Iglesia, sobre lo que reconocemos unos en los otros como de naturaleza verdaderamente eclesial:

- 1) El diálogo entre católicos y metodistas descansa sobre el fundamento de nuestro bautismo común en el cuerpo de Cristo, que estamos llamados a hacer visible en nuestra vida eclesial.
- 2) Católicos y metodistas se han comprometido a buscar llegar a “la plena comunión en la fe, la misión y la vida sacramental”¹¹⁶.
- 3) Los católicos reconocen a los metodistas como sus hermanos en Cristo, y las Iglesias metodistas como comunidades eclesiales en las que la gracia de la salvación está presente y actúa.

¹¹⁶ *Hacia una declaración sobre la Iglesia*, n. 20.

- 4) Los metodistas reconocen a los católicos como sus hermanos en Cristo, y las Iglesias católicas como comunidades eclesiales en las que la gracia de la salvación está presente y actúa.
- 5) Católicos y metodistas respetan la vida eclesial y la disciplina unos de otros, los instrumentos a través de los cuales se ejercen la autoridad y sus ministerios ordenados; manifiestan, por consiguiente, la cortesía que es debida a todos los niveles de sus relaciones.
- 6) Católicos y metodistas se comprometen a encontrar los modos de hacer más visible su comunión real, aunque imperfecta, en el cuerpo de Cristo.
- 7) A fin de que la Iglesia pueda cumplir su misión en el mundo, católicos y metodistas reconocen su deber de compartir sus recursos allí donde esto es posible.
- 8) El esfuerzo de establecer relaciones más estrechas entre católicos y metodistas es compatible con otras posibilidades ecuménicas para los dos interlocutores, en función de las circunstancias y los desafíos que se encuentren en cada lugar.
- 9) En sus relaciones con los metodistas, los católicos deben hacer uso lo más ampliamente posible de las instrucciones dadas en su legislación ecuménica, pero esto no debe ser en detrimento de los principios de la disciplina metodista.
- 10) En sus relaciones con los católicos, los metodistas deben hacer uso lo más ampliamente posible de las instrucciones dadas en el Directorio ecuménico, pero esto no debe ser en detrimento de los principios de la disciplina católica.
- 11) Los católicos y los metodistas tienen unos y otros dones que compartir. Estos dones no son propiedad de nadie, sino que son conservados para el bien de la Iglesia una, santa, católica y apostólica, y para su misión en el mundo. Intercambiando sus dones unos con otros, católicos y metodistas los recibirán como procedentes del Espíritu Santo.
- 12) La comunión plena entre católicos y metodistas “dependerá también de un nuevo acto creativo de

reconciliación, revelador de la actividad a la vez múltiple y unitaria del Espíritu Santo a través de los siglos. Será necesario un acto común de sumisión a la Palabra soberana de Dios”¹¹⁷

145. En algunos lugares, estos principios podrán parecer excesivamente restrictivos; por otra parte, podrá parecer que permiten más que lo que hasta ahora era considerado en el campo de lo posible. Sin embargo, reflejan el nivel actual de acuerdo y de reconocimiento mutuo entre nuestras dos comuniones. Como tales, constituyen un marco seguro en el que comprometer acciones prácticas hoy y mañana conversaciones, oficiales o no, entre católicos y metodistas, a todos los niveles y en todas las situaciones. Los grupos a los que el presente informe se dirige expresamente están pues invitados a aplicar estos principios generales en la puesta en práctica de estas recomendaciones.

PROPUESTAS PRÁCTICAS

146. Sobre la base de los capítulos precedentes de este informe y en el marco de los principios generales citados, es posible ahora emitir un cierto número de recomendaciones específicas, que permitirán profundizar en las relaciones entre católicos y metodistas y nos permitirán pasar a la etapa siguiente en el camino de la unidad plena visible. Estas recomendaciones son fundamentalmente de tres tipos:

- a) propuestas para hacer más evidente en la práctica el actual grado de fe común entre católicos y metodistas sobre la naturaleza y la misión de la Iglesia, como se indicó en el Capítulo II;
- b) propuestas que se fundan sobre lo que los católicos y los metodistas reconocen unos en otros como verdaderamente de carácter eclesial, como se afirmó en el capítulo II;

¹¹⁷ *La Tradición apostólica*, n. 94.

- c) propuestas con vistas al intercambio mutuo de dones y valores eclesiales entre católicos y metodistas, tal como se desea en el Capítulo III.

147. Por comodidad, hemos clasificado estas propuestas en tres grupos que corresponden al triple objetivo del diálogo entre católicos y metodistas: hacia la comunión plena en la fe, en la vida sacramental y en la misión. Sin embargo, es inevitable que en ciertos puntos de estos subgrupos se pisen ligeramente unos a otros, los diversos aspectos de la Iglesia al no poder ser aislados en compartimentos estancos. Pero, cualquiera que sea el resultado de esta clasificación, las propuestas contenidas en estos tres subgrupos son concretas y útiles. Católicos y metodistas, y más especialmente los grupos particulares a los que se dirige este informe, son invitados a preguntarse si y cómo pueden ser aplicadas en la situación que les es propia.

HACIA LA PLENA COMUNIÓN EN LA FE

148. Se han hecho progresos sustanciales en el curso de nuestro diálogo durante los cuarenta últimos años; pero todavía quedan algunos aspectos clave de la doctrina cristiana sobre los que católicos y metodistas no se ponen totalmente de acuerdo. Es necesario que el diálogo teológico prosiga para que estas diferencias se resuelvan. No obstante, las propuestas presentadas en esta sección tiene como objetivo llegar a acciones específicas que se basan sobre lo que podemos afirmar ya juntos. Tales acciones permitirán a los católicos y a los metodistas progresar hacia la etapa siguiente de su búsqueda de la comunión plena en la fe, ayudándolos a identificar y franquear los obstáculos que quedan.

A. Propuestas fundadas en el grado actual de fe común

149. En la práctica, católicos y metodistas podrían de muchos modos destacar más claramente el alto grado de acuerdo que caracteriza su fe común sobre la naturaleza y la misión de la Iglesia. Con este fin, católicos y metodistas son invitados a estudiar más en detalle las implicaciones prácticas de lo que sigue:

- 1) reconocimiento de que la Iglesia es a la vez una comunidad visible y una fraternidad invisible (§ 48);
- 2) descripción de la Iglesia como pueblo en peregrinación que vive de la fe, y consideración unos de otros como compañeros de peregrinación (§ 49);
- 3) afirmación de que Dios permanece fielmente presente en la Iglesia a través de todas las generaciones (§ 50);
- 4) convicción expresada de que lo que nos une es más que lo que nos divide (§ 63);
- 5) descripción de la Iglesia como 'sacramento' o medio de gracia (§ 77);
- 6) respeto mutuo en cuanto interlocutores de estructuras ecuménicas regionales y de comisiones de diálogo (§ 91).

B. Propuestas fundadas en el grado actual de reconocimiento mutuo

150. Sobre la base de lo que hemos podido reconocer y apreciar unos en otros como de naturaleza verdaderamente eclesial, católicos y metodistas son invitados a continuar su debate sobre la vía providencial que Dios ha reservado a la Iglesia, concentrándose en los siguientes puntos:

- 1) el proceso según el cual el canon de la escritura ha sido establecido en la Iglesia, los símbolos históricos formulados y las estructuras eclesiales desarrollados en el curso de los primeros siglos cristianos (§ 107);
- 2) los quince siglos de historia común antes de la Reforma y la obra de Dios en la Iglesia durante este período (§ 112);
- 3) el ministerio del pueblo de Dios tomado en su conjunto, laicos y ministros ordenados (§ 116);
- 4) el sacerdocio del ministerio ordenado en relación con el sacerdocio real de la Iglesia (§ 132);

- 5) el episcopado como forma de gobierno en la Iglesia y signo de la sucesión en la fe y la vida apostólicas (§ 108);
- 6) la naturaleza y el ejercicio del ministerio diaconal en la Iglesia (§ 108).

C. Propuestas para un intercambio mutuo de dones

151. Con vistas a un intercambio mutuo de dones y valores eclesiales, los católicos son invitados a concentrar su atención en:

- 1) su identidad eclesial, con el fin de distinguir entre lo que es esencial y lo que puede ser modificado o abandonado para servir mejor a la unidad cristiana (§ 115);
- 2) el papel de los laicos en la dirección en el seno de la Iglesia y su participación en el ejercicio de la autoridad en virtud de su bautismo (§ 115);
- 3) la ‘conferencia cristiana’ como instrumento de autoridad y de recepción en la Iglesia (§ 115);
- 4) la contribución de las mujeres al ministerio de la Iglesia (§ 116);
- 5) las formas personales y colectivas de ‘seguridad’ e infalibilidad del Papa en el contexto de la seguridad colectiva de la Iglesia (§§ 134-135).

152. Con vistas a un intercambio mutuo de dones y de valores eclesiales, los metodistas son invitados a concentrar su atención en:

- 1) su identidad eclesial, con el fin de distinguir entre lo que es esencial y lo que puede ser modificado y abandonado para servir mejor a la unidad cristiana (§ 119);
- 2) la sucesión episcopal en el curso de los siglos y el ejercicio personal de la *episcopé* en el seno de un ministerio colegial de supervisión (§ 112);

- 3) el ejercicio de la primacía universal al servicio de la unidad y como expresión de la universalidad de la Iglesia (§§ 113, 129);
- 4) el ministerio petrino del Obispo de Roma como autoridad que tiene poder de decisión final en la Iglesia (§ 113);
- 5) las formas personales y colectivas de la 'seguridad' y la infalibilidad del Papa en el contexto de la seguridad colectiva de la Iglesia (134-135).

HACIA UNA COMUNIÓN PLENA EN LA VIDA SACRAMENTAL

153. Católicos y metodistas están de acuerdo en que la Iglesia misma es un medio de gracia y es de naturaleza sacramental (§ 76-77). La vida sacramental de la Iglesia engloba toda la vida litúrgica y espiritual del pueblo de Dios. Mientras que la comunión plena en la fe es una condición esencial de la comunión plena en la vida sacramental, existen estos Dios intermedios en el camino que lleva a esta meta. Católicos y metodistas gozan ya de una comunión real, aunque imperfecta, fundada sobre su bautismo común en el cuerpo de Cristo. Las propuestas presentadas en esta sección tienen como fin profundizar en esta comunión.

A. Propuestas fundadas en el grado actual de fe común

154. Católicos y metodistas disponen de diversas posibilidades para poner más de relieve en la práctica su grado actual de fe común en lo que concierne a la vida sacramental de la Iglesia. Por ejemplo:

- 1) subrayar la importancia de nuestro bautismo común constituiría una expresión más tangible de nuestra convicción común de que la Iglesia es una *koinonia* en la Santísima Trinidad (§§ 51, 53);
- 2) buscar con mayor frecuencia la ocasión de orar juntos y participar en retiros espirituales testimoniaría nuestra común convicción de que la llamada a la santidad es intrínseca a la llamada a ser la Iglesia (§ 56);

- 3) un serio examen de conciencia daría un fundamento más sólido a nuestra percepción común de que una reforma permanente, la purificación y la renovación pertenecen a la naturaleza misma de la Iglesia (§ 50);
- 4) la naturaleza 'conectiva' de la Iglesia debería ser puesta más de relieve en nuestras respectivas estructuras eclesiales (§ 60);
- 5) manifestar más respeto hacia la vida eclesial del otro, hacia los instrumentos de ejercicio de la autoridad y las estructuras de las que dispone como medios de gracia para la salvación (§ 91).

B. Propuestas fundadas en el grado actual de reconocimiento mutuo

155. Sobre la base de los elementos que hemos podido reconocer y apreciar unos en otros como de naturaleza verdaderamente eclesial, católicos y metodistas son invitados a considerar lo siguiente:

- 1) El bautismo común, por agua y en el nombre de la Trinidad, que comparten católicos y metodistas, tiene para nuestra vida eclesial implicaciones significativas que merecen ser exploradas de modo más profundo¹¹⁸.
- 2) Puesto que católicos y metodistas reconocen cada uno la validez del bautismo del otro, basta que las personas presenten su certificado de bautismo como piden ser acogidas en la otra comunión.
- 3) Cuando la celebración de un bautismo, un matrimonio, de funerales o cualquier otra función en la Iglesia metodista entraña la participación de fieles católicos, por ejemplo cuando se trata de una familia mixta, conviene que sea invitado a participar de modo apropiado en la ceremonia y su preparación

¹¹⁸ Cf. Grupo mixto de trabajo entre el Consejo Ecuménico de las Iglesias y la Iglesia católica, *Implicaciones eclesiológicas y ecuménicas de un bautismo común* (2005).

un sacerdote católico, en el respeto a la práctica constitucional y de la disciplina de la Conferencia metodista interesada y las normas del *Directorio ecuménico* católico, interpretadas por la Conferencia episcopal del país.

- 4) Cuando la celebración de un bautismo, un matrimonio, funerales o cualquier otra función en una Iglesia católica entraña la participación de fieles metodistas, por ejemplo cuando se trata de una familia mixta, conviene que un ministro metodista sea invitado a participar de modo apropiado en la ceremonia y su preparación, en el respeto a las normas del *Directorio ecuménico* católico, interpretadas por la Conferencia episcopal local y de la práctica constitucional y la disciplina de la Conferencia metodista interesada.
- 5) Cuando católicos y metodistas asisten a la celebración de la eucaristía unos en las Iglesias de los otros, pueden aproximarse para recibir una bendición, con el fin de participar en la gracia que está presente y actúa en la eucaristía.
- 6) Se podría entablar un debate fecundo sobre la naturaleza de los sacramentos en general y el sacramento del orden en particular (§ 103, 132).
- 7) Inspirándose en las tradiciones wesleyanas y católicas, los metodistas podrían formular útilmente una teología más rica de la eucaristía haciendo especialmente referencia a su naturaleza sacrificial, al 'memorial' sacramental de la muerte y de la resurrección salíficas de Cristo, a la presencia real de Cristo en la eucaristía, al ministerio de los que lo presiden y a los vínculos que existen entre la comunión eucarística y la comunión eclesial (§ 109, 131-132; cf. § 93).
- 8) Podría ser útil que los católicos examinen de modo más profundo las condiciones citadas por el *Directorio Ecuménico*, de acuerdo con las cuales los metodistas que lo piden individualmente podrían ser autorizados de modo excepcional a recibir la eucaristía en la Iglesia católica en ocasiones particulares.

- 9) Los católicos podrían también reflexionar sobre el modo de aplicar a favor de los metodistas en todos los territorios y tan ampliamente como sea posible, las disposiciones ecuménicas presentadas en el *Directorio Ecuménico*, respetando las restricciones generales del *Directorio* y la enseñanza católica oficial.
- 10) Podría ser útil que católicos y metodistas participen en un estudio común de la relación de Lima del Consejo Ecuménico de las Iglesias, *Bautismo, Eucaristía y Ministerio*, en particular en lo que se relaciona con estas cuestiones.

C. Propuestas para un intercambio mutuo de dones

156. Con vistas a un intercambio mutuo de dones y valores eclesiales, los católicos son animados a:

- 1) Invitar a los metodistas a hacer la experiencia de diversas formas de culto y de devoción espiritual en la Iglesia católica (§ 111);
- 2) explorar los límites del pluralismo eclesial autorizado en la Iglesia (§ 117);
- 3) apreciar la contribución aportada a la vida de la Iglesia por pequeños grupos que se reúnen para fraternizar, orar y ayudarse pastoralmente unos a otros (§ 120);
- 4) concebir los medios más eficaces que favorezcan el estudio de la biblia por parte de los laicos y una lectura personal de las Escrituras (§ 126);
- 5) promover la predicación evangélica y el canto colectivo de himnos en el culto cristiano (§ 120);
- 6) reflexionar a ejemplo y testimonio de John y Charles Wesley e inspirarse en ellos (§ 127):

157. Con vistas a un intercambio mutuo de dones y valores eclesiales, los metodistas son animados a:

- 1) invitar a los católicos a hacer la experiencia de las diferentes formas de culto y de devoción espiritual del metodismo (§ 120);

- 2) explorar los límites del pluralismo eclesial autorizado en la Iglesia (§ 111);
- 3) promover el ministerio sacramental de la Iglesia junto a los enfermos y moribundos, y el uso sacramental de objetos materiales (§ 111);
- 4) considerar la posibilidad de celebrar la eucaristía cada semana durante el culto del domingo;
- 5) estudiar bajo todos sus aspectos las formas católicas de devoción, tales como el *Via crucis* y la veneración a la Virgen María (§ 111);
- 6) reflexionar a ejemplo y testimonio de los santos a través de los siglos e inspirarse en ellos (cf. § 127).

HACIA UNA PLENA COMUNIÓN EN LA MISIÓN

158. En ciertos aspectos, la misión de la Iglesia es el campo que plantea menos problemas en la búsqueda de un acercamiento entre católicos y metodistas, pues la comunión plena en la fe no es necesaria para la misión común. El nivel actual de acuerdo entre nuestras dos comuniones permite ya a los católicos y metodistas trabajar juntos de numerosas y variadas maneras como compañeros en la misión, aunque esto no sea siempre plenamente comprendido y apreciado en algunos lugares. Incluso en las partes del mundo en que católicos y metodistas mantienen relaciones cordiales, la colaboración en la misión de la Iglesia todavía no ha recurrido a todas sus potencialidades. Esta última parte contiene sugerencias que apuntan a ampliar el campo de acción común de los católicos y los metodistas en la misión de la Iglesia.

A. Propuestas que se basan en el grado actual de fe común

159.

- 1) Reconocer que los ministerios y las estructuras eclesiales de unos y otros participan ya en la misión de la Iglesia (§ 75);

- 2) colaborar en proyectos locales de evangelización ya sea de modo bilateral, o con otros interlocutores ecuménicos (§ 80);
- 3) desarrollar la interlocución en un vasto abanico de proyectos en el servicio a favor de los más desprotegidos de la sociedad, y en particular para los proyectos que exigen una acción social en el campo de la justicia y de la paz (§ 69);
- 4) encontrar los medios para permitir a todo el pueblo de Dios, laicos y ordenados mezclados, participar activamente en la misión de la Iglesia en el mundo (§ 80);
- 5) comprometerse en la misión común considerándola como un ministerio de *diakonia* en el mundo (§ 69.)

B. Propuestas que se basan en el grado actual de reconocimiento mutuo

160. Sobre la base de lo que podemos reconocer y apreciar unos en otros como de naturaleza verdaderamente eclesial, católicos y metodistas son invitados a considerar lo siguiente:

- 1) Existen ya casos en los que parroquias católicas e Iglesias metodistas locales utilizan las mismas estructuras para el culto y las demás actividades eclesiales. En ciertas partes del mundo, esta práctica podría ser contemplada más.
- 2) Allí donde católicos y metodistas están ya situados en escuelas, colegios, hospitales y otras instituciones, un intercambio a nivel de experiencias y de competencias podría revelarse beneficioso para todos.
- 3) En algunos lugares, gracias a su compromiso den las actividades de organismos de formación ecuménica y otros programas similares, católicos y metodistas son ya compañeros en la preparación para el ministerio. Sería útil que los responsables de la formación ecuménica de nuestra comunión actúen de modo que un mayor número de personas que se

preparan para el ministerio puedan acceder a estos programas de formación.

- 4) Las conferencias episcopales regionales y nacionales y las conferencias metodistas autónomas podrían igualmente tomar en consideración la posibilidad de presentar declaraciones comunes sobre temas de interés común, si es posible conjuntamente con otros interlocutores ecuménicos, en particular allí donde un testimonio común del Evangelio tendría un impacto mayor que declaraciones realizadas aisladamente por responsables de Iglesias.

C. Propuestas para un intercambio mutuo de dones

161. Con vistas a un intercambio mutuo de dones y de valores eclesiales los católicos son llamados a:

- 1) dar la posibilidad a los laicos de participar plena y activamente en la misión de la Iglesia (§ 115);
- 2) animar a los fieles a contribuir a la misión de la Iglesia siendo ellos mismos portadores del Evangelio (§ 117);
- 3) estudiar la diversidad de las estructuras eclesiales establecidas por Dios para hacer progresar la misión de la Iglesia (§ 117).

162. Con vistas a un intercambio mutuo de dones y de valores eclesiales los metodistas son llamados a:

- 1) tomar conciencia más profundamente del testimonio del evangelio que nos han dejado los santos de todos los tiempos y en todos los lugares (§ 111);
- 2) considerar a los obispos como nudos esenciales de la trama de la comunión con vistas a la misión en el mundo y en el tiempo (§ 128);
- 3) reconocer que las diversas formas de espiritualidad y de vida eclesial presentes en la Iglesia católica tienen como objetivo hacer progresar a los hombres y mujeres hacia la santidad (§ 111).

CONCLUSIÓN

163. Las propuestas concretas contenidas en este capítulo no cubren todas las potencialidades de una colaboración más intensa entre católicos y metodistas en la búsqueda de la “comunidad plena de fe, misión y vida sacramental”. Igualmente, no interesarán siempre en el mismo grado a los diferentes grupos a los que se dirige este informe. Sin embargo, estas propuestas constituyen un conjunto coherente de ‘gestos concretos’ que ayudarán a nuestras dos comuniones a llegar a la etapa siguiente de su peregrinación hacia la unidad plena y visible. Cada uno de los interesados juzgará cómo aplicar mejor estas propuestas en el contexto que le es propio.

164. Aunque este informe es el fruto de un diálogo teológico entre el Consejo metodista mundial y la Iglesia católica, su contenido puede sin embargo interesar a un auditorio más amplio. Los católicos y los metodistas esperan que su esfuerzo común, del que es fruto este documento, será útil para todo el movimiento ecuménico. Ojalá pueda contribuir, con la ayuda del Espíritu Santo, a la reconciliación de todas las comunidades cristianas en la Iglesia una, santa, católica y apostólica.

ENVÍO

2 Corintios 5,17-6,1

“Por tanto, el que está en Cristo, es una nueva creación: pasó lo viejo, todo es nuevo. Y todo proviene de Dios, que nos reconcilió consigo por Cristo y nos confió el ministerio de la reconciliación porque en Cristo estaba Dios reconciliando el mundo consigo, no tomando en cuenta las trasgresiones de los hombres, sino poniendo en nosotros la palabra de la reconciliación. Somos pues, embajadores de Cristo, como si Dios exhortara por medio de nosotros. En nombre de Cristo os suplicamos: reconciliaos con Dios. A quien no conoció pecado, le hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en él.

Y como cooperadores suyos que somos, os exhortamos a que no recibáis en vano la gracia de Dios”.

165. La cristiandad nació en medio de tensiones políticas y sociales. La cristiandad primitiva buscó trascender este

entorno violento, y crear una nueva identidad fundada en Cristo. San Pablo habla de la nueva creación por Dios y del acto divino de reconciliación. Sus palabras nos han hablado con poder en esta octava fase de nuestro diálogo. En el Capítulo I, hemos abordado con franqueza la cuestión de las incomprensiones y de los rechazos recíprocos que han marcado nuestra historia; los hemos reconocido y nos han llevado a intentar trascenderlos.

166. En el contexto cultural de la Iglesia primitiva, en que los papeles sociales justificaban a menudo la violencia, Pablo apelaba a los cristianos a revestirse de nuevos que se fundaban en la reconciliación y en una identidad nueva. Apelaba a una transformación de su identidad común. No fundándose ya en el parentesco o la pertenencia étnica, la identidad cristiana debía sin embargo poseer la misma cohesión que los grupos precedentes. Los miembros de las comunidades fundadas por Pablo estaban unidos unos a otros en una comunidad reconciliada, establecida sobre la nueva creación en Cristo. En nuestro diálogo, esta esperanza de reconciliación y la creación de una nueva identidad entre nosotros han sido el centro de nuestro trabajo, como ya se dijo en el Capítulo II.

167. Lo mismo que Pablo actúa con todas sus fuerzas para el nacimiento de una nueva identidad en Cristo, nosotros hemos sido llamados en nuestra peregrinación ecuménica a redescubrir la relación reconciliada en Cristo que nos une. Buscamos superar las formas actuales de nuestras identidades eclesiales individuales para evolucionar hacia una comunión reconciliada y transformada. Esta comunidad se realiza a través de nuestra recíproca estima. Responde a la misma llamada de Cristo y está provista de los mismos dones del Espíritu. Así, gracias a nuestro diálogo, hemos escuchado la llamada a comprometernos en un intercambio de dones, como se explicó en el Capítulo III.

168. La reconciliación con Dios en Cristo nos orienta hacia el sentido escatológico de la reconciliación de nuestras dos Iglesias. La muerte y la resurrección de Jesús, son, según Pablo, acontecimientos escatológicos; por ellos el tiempo futuro penetra nuestro espacio temporal humano. Los que ahora sonda Cristo han accedido por su muerte y su resurrección, a una vida nueva en Dios. Nuestras Iglesias están llamadas a realizar la naturaleza escatológica de su relación.

De la misma manera que hemos sido reconciliados en Cristo, también vamos hacia los Tiempos futuros que han sido creados para nosotros. Igualmente Dios nos llama en Cristo a llevar a cabo plenamente esta nueva creación.

169. Como Pablo indica, en la reconciliación hay una nueva creación. Hay continuidad y discontinuidad con el pasado. Cuando Jesús resucita, es el que era antes y sin embargo ha tomado una forma nueva. La humanidad en Cristo sigue siendo la humanidad y sin embargo una nueva creación se ha verificado en cada creyente y en la comunidad nueva reconciliada. En cuanto Iglesias, hemos escuchado esta llamada a ser una comunidad nueva. Dios nos ha reconciliado con él en Cristo. Por la reconciliación, una relación basada en la hostilidad y el odio cede su plaza a una relación de paz.

170. Por Cristo, Dios ha reconciliado al mundo con él y nos ha confiado a nosotros el ministerio de reconciliación. Los cristianos están llamados a seguir a Pablo proclamando y viviendo el milagro de la reconciliación de Dios con la humanidad. Los cristianos están llamados a una vida de alabanza que abarca toda nuestra vida en sus aspectos prácticos, éticos, religiosos, políticos e intelectuales. Lo hemos experimentado durante nuestro diálogo.

171. Somos embajadores de Cristo. El compromiso misionero de nuestras Iglesias nos exhorta a ir hacia delante. El apóstol no tiene un mensaje propio, actúa en nombre de Cristo. Es su esclavo y vive también para aquellos a los que se dirige su ministerio. Además, Cristo pronuncia en y a través de Pablo la palabra verdadera de reconciliación. Por la humanidad, incluidos nosotros, Cristo se pone en el lugar de los que se han alejado de Dios. Por la gracia que nos ha sido dado en Cristo, estamos ligados a Dios por una relación que se dice 'justa'. Es el mensaje que desean proclamar nuestras Iglesias con su reconciliación. Ella es el testimonio que ofrecemos al mundo. En esto somos embajadores.

MIEMBROS DE LA COMISIÓN

Metodistas

Revdo. Dr. Geoffrey Wainwright (USA), co-presidente
Revdo. Dr. George Freeman (Consejo metodista mundial), co-secretario
Revdo. David Chapman (Inglaterra)
Revdo. Pr. James Haire (Australia)
Obispo Scott J. Jones (USA)
Sra. Gilliam Kingston (Irlanda)
Revdo. Pr. Helmut Nausner (Austria)
Obispo Zablon Nthamburi (Kenia)

Católicos

Obispo Michael Putney (Australia) co-presidente
Padre Donald Bolen (Pontificio Consejo para a unidad de los cristianos) co-secretario
Obispo Michael Evans (Inglaterra)
Sor Dr. Lorelei F. Fuchs (USA)
Padre Dr. Paul McPartlan (Inglaterra/USA)
Padre Pr. Gorge Tavard (USA)
Cardenal Peter Turkson (Ghana)
Arzobispo James Weisgerber (Canadá)

Asistentes del secretariado

Sra. Roma Wyatt, Oficina del Consejo metodista mundial (Lake Junaluska, Carolina del Norte, USA)
Sra. Giovana Ramon, Pontificio Consejo para la unidad de los cristianos (Roma)

COMISIÓN PARA LAS RELACIONES RELIGIOSAS CON EL JUDAÍSMO

Declaración Conjunta

De la 19 Reunión del Comité

de la Unión Internacional Católico-Judía

*El Cabo (África del Sur) 4-7 de noviembre de 2006**

El Comité de la unión internacional católico-judía (CLI) ha tenido su 19ª reunión del 4 al 7 de noviembre de 2006 en El Cabo (África del Sur), bajo la invitación de la archidiócesis de El Cabo y del Consejo de El Cabo de la cámara de diputados judíos de África del Sur. Era la primera vez que la reunión tenía lugar en el continente africano. El diálogo tenía por tema principal: *“Devolver su dignidad a la imagen divina”: perspectivas judías y católicas sobre los servicios médicos en particular en el contexto de la pandemia del Sida*. La elección del tema revela el compromiso del CLI para hacer evolucionar este diálogo de un diálogo puro hacia un diálogo de acción conjunta, necesidad que había ya aparecido en el curso de la 18ª reunión en Buenos Aires. La elección del lugar del presente encuentro, África del Sur, ha puesto de relieve la presencia dinámica de comunidades católicas y judías así

* Traducción del Prof. Dr. Fernando Rodríguez Garrapucho. Texto original en francés, tomado de: Conseil Pontifical pour la Promotion de l'Unité des Chrétiens, *Service d'Information* n.123 (2006/ III-IV) 134-137.

como sus reacciones e iniciativas respectivas con relación a la pandemia del Sida.

Se trataba de la primera reunión del CLI tras la celebración del 40 aniversario de la Declaración histórica del Concilio Vaticano II *Nostra Aetate*, que transformó de forma significativa las relaciones entre la Iglesia católica y el pueblo judío. En el curso de este último año diversas celebraciones han tenido lugar por todas partes en el mundo, así como una declaración oficial en Roma organizada por la Comisión de la Santa Sede para las relaciones religiosas con el judaísmo. Los participantes en el CLI se han declarado muy satisfechos en cuanto al nivel y a la extensión de estas conmemoraciones, que testimonian el compromiso de ambas partes para promover la relación bilateral, única en su género, existente entre ellos. Los participantes han afirmado la importancia de educar a los miembros de sus comunidades respectivas en las transformaciones positivas llevadas a cabo en las relaciones judíos-católicos con la promulgación de *Nostra Aetate* hace ya 41 años. Esta tarea concierne tanto a las comunidades católicas –en particular en los países en vías de desarrollo y regiones de rápido crecimiento, como África, Asia y América latina donde las comunidades judías no están siempre presentes– como a las comunidades judías en Israel o por todo el mundo, donde a veces se tiene poco contacto con los cristianos.

Desde de nuestro último encuentro, el diálogo católico-judío ha perdido uno de sus defensores principales con la muerte del papa Juan Pablo II. En esta ocasión, hemos querido recordar con respeto la contribución histórica que el papa Juan Pablo II a aportado a lo largo de su pontificado a la promoción del diálogo entre la Iglesia y el pueblo judío, y entre la Santa Sede y el Estado de Israel. Los participantes en el CLI se sienten felices al constatar la eficacia creciente del diálogo, comprendida la Comisión

pontificia para las relaciones religiosas con el judaísmo y el gran Rabinato de Israel, que atestigua la necesidad experimentada por ambas partes de reforzar un intercambio sincero y fructuoso sobre las grandes cuestiones que conciernen a la fe religiosa en las circunstancias mundiales actuales.

La 19ª reunión comenzó con una ceremonia pública organizada por la alcaldesa de El Cabo, la señora Helen Zile,

y en la cual estuvieron presentes personalidades sudafricanas nacionales, regionales y locales, así como personalidades religiosas locales. Además de los dos co-presidentes del CLI, el cardenal Walter Kasper y el rabino David Rosen, estuvieron igualmente presentes el gran rabino de Israel, Yonah Metzger, el presidente del comité internacional judío para consultas interreligiosas, el rabino Israel Singer, el presidente de la conferencia episcopal católica sudafricana, el cardenal Wilfrid Fox Napier, el gran rabino de África del Sur, Warren Goldstein, la Presidente del consejo de El Cabo de la cámara de diputados judíos de África del Sur, señora Moonyeen Castle, y el primer ministro de El Cabo Occidental, M. Ebrahim Rasool, que pronunció un discurso durante la sesión de apertura. El vice-presidente de África del Sur, M. Phumzile Mlambo Ngcuka, se dirigió también a la asamblea a lo largo de la primera sesión plenaria. Las deliberaciones se centraron en las prioridades que se desprenden de la afirmación común de que todos los pueblos han sido creados a imagen de Dios. Por otra parte, la vulnerabilidad misma del enfermo necesita de una atención particular por nuestra parte. De hecho, cuidar a los enfermos y llevar ayuda a los más desposeídos es percibido como la más alta exaltación de los atributos divinos.

Además de profundizar nuestro conocimiento de los valores principales de nuestras herencias respectivas enraizadas en un patrimonio bíblico común, las intervenciones y las discusiones se han centrado sobre las responsabilidades específicas en lo que concierne al Sida. Ciertas cuestiones, por tanto, se han abordado, como la educación, los tratamientos, los cuidados en particular a los huérfanos y personas afectadas por el Sida, y la necesidad de eliminar su estigmatización y su marginación.

Reconociendo que nuestras respectivas tradiciones pueden diferir en la resolución de eventuales estrategias para la prevención del Sida y de las situaciones de desastre que derivan de él, nos unimos sin reserva y lanzamos una llamada de atención a fin de que los cuidados paliativos sean accesibles a todos sin restricción y que sea dada una atención particular a los que sufren, están amenazados y son víctimas de esta trágica pandemia. Esta llamada se dirige especialmente a los

gobernantes y a todos los que tienen el poder, los medios y las influencias para responder a ello en concreto.

Una gran parte de nuestros diálogos se concentró en las razones de la tendencia a estigmatizar a las personas afectadas y sobre la necesidad de una enseñanza religiosa que subraye la inviolabilidad de la dignidad humana, pues toda persona ha sido creada a imagen de Dios. Esta dignidad no puede ser perdida o retirada en ninguna circunstancia, cualquiera que sea la situación personal de los individuos. La realidad de millones de huérfanos, en particular en África subsahariana, se ha de considerar como una llamada urgente a la comunidad internacional para que preste una mayor atención al desarrollo económico y social de los países afectados.

Igualmente, los participantes han visitado algunos centros donde se realizan iniciativas concretas en la región de El Cabo, trabajando la Iglesia católica y la comunidad judía para identificar los mejores medios y los más eficaces para afrontar juntos el desafío de la pandemia.

El CLI después se ha dedicado a tratar cuestiones específicas surgidas de las deliberaciones de la 18ª reunión, a saber: la necesidad de alargar e intensificar la cooperación entre nuestras dos comunidades, de condenar y de reaccionar contra el antisemitismo que experimenta un nuevo impulso, contra el fanatismo y el terrorismo. En esta ocasión han sido recordadas las palabras del papa Juan Pablo II: “El antisemitismo es un pecado contra Dios y contra la humanidad”.

Los delegados han decidido adoptar un vasto programa educativo para hacer conocer los desarrollos significativos que se han verificado en las relaciones judeo-católicas desde el Concilio Vaticano II. Se han comprometido a llevar a adelante estos esfuerzos educativos en el seno de las dos comunidades, judía y católica, y a movilizar sus recursos y sus organizaciones religiosas y comunitarias para hacer de este programa una parte significativa de sus acuerdos comunes y respectivos. Están de acuerdo en la necesidad de elaborar programas diferentes según las categorías de edad, los contextos culturales a los cuales se dirigen las dos comunidades religiosas en cuestión, y reconocen que la educación es la única clave que puede abrir las puertas a un respeto mutuo y

a la autoridad moral conjunta que está en la base de su relación.

Los delegados del CLI han deplorado el crecimiento de la retórica radical fundamentalista, a menudo enmascarada por la terminología empleada y el sentimiento religioso, y han decidido actuar a favor de un diálogo multilateral interreligioso serio. Se han comprometido a trabajar juntos en el sentido indicado por el papa Benedicto XVI para un diálogo interreligioso fructuoso que promueva un respeto auténtico entre las culturas y las religiones. En este contexto, el CLI ha examinado los medios para instaurar un diálogo trilateral entre judíos, cristianos y musulmanes que nace de la constatación de que si nosotros tenemos el deber de oponernos a un uso violento y nocivo de la religión, y de combatir los influjos extremistas, esto exige que hagamos una llamada a las figuras moderadas dominantes de cada cultura, y le demos la posibilidad de ser escuchadas.

Mientras somos confrontados con el terror de la oleada del Sida y de la pobreza, nos encontramos también frente al terror de la violencia y del odio humanos. En este contexto, condenamos la negación del Holocausto y reafirmamos el derecho del Estado judío a vivir con seguridad y paz.

Frente a la violencia creciente en el mundo, los delegados del CLI han reiterado su compromiso de trabajar por la justicia y por la paz, en particular en Oriente medio. Nuestras herencias religiosas nos ofrecen los principios y la motivación para hacer lo que está en nuestra mano con tal de superar el terrorismo y la violencia que nos circundan a través de una defensa vigorosa y de la promoción de la dignidad de la seguridad y de la libertad de cada ser humano.

Estamos convencidos de que es profundizando en nuestra comprensión y nuestra cooperación mutua, dejando que ellas desborden el cuadro de nuestra relación bilateral, como nosotros podemos convertirnos en una fuerza que obra el bien, restituyendo su dignidad a la Imagen Divina en nuestro mundo.

PARTICIPANTES

Participantes católicos

Internacional

Cardenal Walter Kasper (Santa Sede)
Cardenal Javier Lozano Barragán (Santa Sede)
Cardenal Theodore McCarrick (Estados Unidos)
S. Exc. Mons. Brian Farrel (Santa Sede)
S. Exc. Mons. Stanislaw Gadecki (Polonia)
S. Exc. Mons. William Murphy (Estados Unidos)
Padre Norbert Hofmann SDB (Santa Sede)
Padre Patrick Desbois (Francia)
Padre Pier Francesco Fumigalli (Italia)
Padre Christian Rutishauser, SJ (Suiza)
Padre Eberhard Schockenhoff (Alemania)
Dr. Joseph Sievers (Italia)
Padre Robert Vitillo (Suiza)
Dr. Eugene Fisher (Estados Unidos)
Dr. Hans Hermann Henrix (Alemania)
África del Sur
Cardenal Wilfrid Fox Mapier (África del Sur)
S. Exc. Mons. Lawrence Patrick Henry (África del Sur)
S. Exc. Mons. George Daniel (África del Sur)
S. Exc. Mons. Kevin Douling (África del Sur)
S. Exc. Mons. Oswald Hirmer (África del Sur)
S. Exc. Mons. Paul Khumalo (África del Sur)
S. Exc. Mons. Frank Nubuasah (Botsuana)
Padre Vincent Brennan (África del Sur)
Padre Craigh Laubscher (África del Sur)
Padre Meter-John Pearson (África del Sur)
Sor Alison Munro (África del Sur)
Sor Rally Duigan (África del Sur)

Participantes judíos

Richard Berkman, Comité judío americano, Consejo de los Gobernadores (Estados Unidos)
William Bram, Consejo de los Gobernadores de B'nai B'rith (Estados Unidos)

Gran Rabino Warren Goldstein, Gran Rabino de África del Sur

Embajador Shmuel Hadas, ex-embajador de Israel ante la Santa Sede (Israel)

Judith Hertz, Copresidente de la comisión de Asuntos interreligiosos, Union of Reform Judaism (Estados Unidos)

Rabino Richard Marker, Alto funcionario y Profesor NYU Centro para la filantropía; Delegado de la Asamblea rabínica (Estados Unidos)

Gran Rabino Yonah Metzger, Gran Rabino de Israel

David Michaels, Director de Asuntos intercomunales B'nai B'rith (Estados Unidos)

Eliseo Neuman, Director del *Africa Institute*, Comité judío americano (Estados Unidos)

Seymour Reich, Conferencia de Presidentes de las principales organizaciones judías americanas, B'nai B'rith (Estados Unidos)

Gran Rabino David Rosen, Presidente del IJCIC, Director internacional de Asuntos interreligiosos, Comité judío americano

Pr Michael Rudolph, Escuela de salud pública, Universidad de Witwatersrand (África del Sur)

Solly Sacks, Director general del World Mizrahi (Israel)

Moshe Schliesser, Asistente del gran Rabino Metzger (Israel)

Gran Rabino Michael Schudrich, Gran Rabino de Polonia

Brian Siegal, Secretariado del IJCIC, Director asociado del Comité judío americano (Florida, Estados Unidos)

Rabino Israel Singer, Presidente del IJCIC, presidente del Congreso judío mundial (Policy Council) (Estados Unidos)

Rabino Henry Sobel, Congreso judío mundial, Director de asuntos interreligiosos del Congreso judío de América latina.

Oded Wiemer, Director general, Gran rabinato de Israel.

*Discurso del Santo Padre Benedicto XVI
a una delegación de la "Liga anti-difamación"
Ciudad del Vaticano 12 de octubre de 2006*

Queridos amigos:

Me alegro de recibir en el Vaticano a la delegación de la Liga anti-difamación. En numerosas ocasiones ustedes hicieron visita a mi predecesor Juan Pablo II, y me siento feliz de poder continuar con encuentros de grupos que representan al pueblo judío.

En el mundo de hoy los responsables religiosos, políticos, universitarios y económicos se encuentran con seriedad ante el desafío de fortalecer el diálogo entre los pueblos y las culturas. Para hacerlo de manera eficaz, nos es necesario profundizar en nuestra comprensión recíproca y consagrarnos juntos a la edificación de una sociedad basada siempre en la justicia y la paz.

Tenemos necesidad de conocernos mejor los unos a los otros y, reforzados por este descubrimiento mutuo, construir relaciones que no sean de simple tolerancia, sino de respeto auténtico. En efecto, los judíos, los cristianos y los musulmanes comparten numerosas convicciones comunes, y existen numerosos dominios de compromiso humanitario y social en los cuales podemos y debemos cooperar.

La Declaración del Concilio Vaticano II *Nostra Aetate* nos recuerda que las raíces judías del cristianismo exigen de nosotros que superemos los conflictos del pasado y creemos nuevos lazos de amistad y de colaboración. Ella afirma, en particular, que la Iglesia deplora toda forma de odio y de persecución contra los judíos, y toda clase de antisemitismo en todo tiempo y de cualquier origen (cf. *Nostra Aetate*, 4).

Los cuatro decenios que han pasado desde esta Declaración han producido numerosos resultados positivos y testimonian igualmente unos primeros pasos, puede ser todavía demasiado titubeantes, hacia un diálogo más abierto sobre los temas religiosos.

Es precisamente a través de un tal nivel de intercambio y de diálogo sinceros como encontraremos las bases y la motivación para una relación sólida y benéfica.

Pueda el Eterno, Nuestro Padre que está en los cielos, bendecir todos los esfuerzos desplegados con vistas a eliminar de nuestro mundo todo uso impropio de la religión como una excusa para el odio y la violencia. Que él os bendiga a todos, así como a vuestras familias y a vuestras comunidades.

*Discurso del Santo Padre Benedicto XVI a los miembros
de la delegación de la "B'nai B'rith International"*

Ciudad del Vaticano 18 de diciembre de 2006

Queridos amigos:

Estoy contento de saludar a vuestra delegación del B'nai B'rith International con ocasión de su visita al Vaticano. Con motivo de la promulgación de la Declaración del Concilio Vaticano II *Nostra Aetate*, en 1965, los responsables del B'nai B'rith Internacional vinieron de visita a la Santa Sede en varias ocasiones.

Hoy, en el espíritu de comprensión, de respeto y de aprecio mutuo que está desarrollándose en nuestras comunidades, os deseo seáis bienvenidos, y a través de vosotros, saludo a todos los que representáis.

Mucho es lo que se ha hecho en el curso de estos cuatro últimos decenios de relaciones entre judíos y católicos, y debemos dar gracias a Dios por la significativa transformación que ha tenido lugar sobre la base de nuestro patrimonio espiritual común. Es esta rica herencia de fe lo que permite a nuestras comunidades no solamente entrar en diálogo, sino igualmente ser compañeros de cara a una obra conjunta para el bien de la familia humana. Nuestro mundo en dificultad tiene necesidad del testimonio de personas de buena voluntad, inspirada por la verdad, revelada en la primera página de las Escrituras, según la cual todos los hombres y mujeres

son creados a imagen de Dios (cf. Gn 1, 26-27) y poseen por tanto una dignidad y un valor inalienables.

Los judíos y los cristianos están llamados a trabajar juntos por la sanación del mundo, promoviendo los valores espirituales y morales enraizados en nuestras convicciones religiosas. Si nosotros damos un ejemplo claro de cooperación fructuosa, nuestra voz, respondiendo a las necesidades de la familia humana, será mucho más convincente.

Con ocasión de vuestra visita, reitero mi esperanza y mi oración incansables por la paz en Tierra Santa. La paz no puede ser conseguida si ella no se convierte a la vez en preocupación de judíos, cristianos y musulmanes, preocupación expresada en un diálogo interreligioso auténtico y hecha de gestos concretos de reconciliación.

Todos los creyentes están llamados a mostrar que no es el odio ni la violencia, sino la comprensión y la cooperación pacífica lo que abre la puerta a un futuro de justicia y de paz, que representan la promesa y el don de Dios.

En este tiempo santo, invoco cordialmente sobre vosotros y vuestras familias una abundancia de Bendiciones divinas. ¡Shalom alechem!